

NIEVES HIDALGO

Lili, la intrépida
hija del duque



Selecta

Lili, la intrépida hija del duque

Nieves Hidalgo

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Capítulo 1

Hatfield Manor. Londres. 1818

—¡Hasta aquí has llegado, Lili! —vociferó el duque de Hatfield, palmeando la mesa de su despacho.

La muchacha dio un brinco, lo miró con los ojos abiertos como platos y hasta retrocedió un paso. Nunca vio a su padre tan exaltado, ni siquiera cuando sus tíos Alan y Vincent perpetraron algún escándalo.

Reconocía que su última salida, que solo Dios sabía cómo había llegado a sus oídos, fue una locura. Pero no más que otras que llevó a cabo con anterioridad. Claro que, de esas, su padre no tenía noticias; solo su dama de compañía y su cochero estaban al tanto de sus idas y venidas, y morirían antes de revelarlo.

Bueno, ellos y el maldito Patrick, con el que había tenido la desgracia de darse de bruces en un par de ocasiones. Esperaba, al menos, que aquel borrico no se fuera de la lengua, o acabaría metida en un convento.

Fuera como fuese, no pensaba dejar de lado sus actividades: ayudar a la gente que malvivía en Whitechapel y redactar octavillas subversivas, que exigían mejoras al Gobierno. Firmar aquellos panfletos que empapelaban Londres de cuando en cuando con una única inicial, «P», había hecho suponer a todos que se trataba de un hombre. Le fastidiaba tener que utilizar la primera letra de su segundo nombre, Phillippa, pero no podía hacer otra cosa. Por dos razones: porque a nadie le interesaba lo que pudiera pensar una mujer, y porque hubiera supuesto no solo el convento, sino acabar entre rejas. Prefería luchar en la sombra.

—Vete a tu cuarto ahora mismo. —Oyó que decía su padre—. Desde este momento tienes prohibida la salida de Hatfield Manor.

—¿Me estás encerrando en casa? —Se indignó.

—Llámalo como quieras.

—No es justo.

—Lo que no es justo es que acabes matando a tu madre de un disgusto.

—No he hecho nada malo, yo solo...

—Tú solo has tenido la estúpida idea de marcharte de casa en plena noche para ir a uno de los barrios más peligrosos de Londres. ¡Whitechapel! ¡Por todos los infiernos! ¿En qué demonios

estabas pensando?

—¿Me hubieras permitido ir por las buenas?

—¡Desde luego que no!

—Ahí lo tienes. De haberte pedido permiso, te habrías negado en redondo.

—Hay otros modos de ayudar.

—Los tíos y tú intentáis que el Parlamento redacte leyes para paliar la explotación infantil, lo sé. Pero te recuerdo, papá, que las mujeres ni pinchamos ni cortamos en esta sociedad; nuestra firma no sirve para nada, no se nos escucha, así que de poco serviría que lo gritara. Yo me valgo de otros medios.

—Colabora en obras de caridad con algún grupo de damas.

—¿Te refieres a pensar en cómo reunir ropas, alimentos o dinero, mientras tomo el té con pastas en un elegante salón, rodeada de lujos, soportando a mujeres que no tienen más que pájaros en la cabeza? —Soltó un bufido nada femenino.

Lord Hatfield entrecerró los ojos y clavó la mirada en su hija. ¿Qué había hecho mal para que Dios lo castigara con un heredero díscolo y una hija loca de remate? A Julian podía pasarle por alto ciertas cosas, al fin y al cabo, no era más que un muchacho que aún estaba en el colegio. Pero Lilitiana tenía ya edad para comportarse con prudencia, buscar un marido y darle nietos. Por el contrario, se interesaba lo justo por los eventos sociales, había desestimado todas y cada una de las ofertas matrimoniales desde su presentación y, por si fuera poco, visitaba los barrios bajos. Colarse en algún local de baja estofa para ser testigo de una partida de dados hasta le había resultado gracioso cuando se enteró de esas andanzas. Porque habían llegado a sus oídos, claro. Todos los Chambers fueron siempre propensos a hacer algún disparate de vez en cuando y él intentaba no menoscabar la libertad de Lili por el hecho de haber nacido mujer; además, en ocasiones anteriores, había tenido como carabina a Vincent o a Alan, sus tíos. No es que aquellos dos fueran unos santos, pero sabía que Lili estaba a salvo con cualquiera de ellos.

Ahora bien, escaparse por la noche para ir a Whitechapel era una chifladura que no iba a pasar por alto por mucho que Michael, el cochero, en quien confiaba plenamente, hubiera guardado sus espaldas.

Inspiró hondo para calmarse. Acababa de perder los estribos ante su hija y ese no era su modo de actuar. Había sido un niño revoltoso, como todos, pero no irreflexivo ni atolondrado. La muerte de su padre, obligándole a hacerse cargo de la herencia familiar y de dos hermanos menores, echó sobre sus hombros una responsabilidad que no esperaba tan pronto. Pocas veces, desde que asumiera el ducado, se permitió dejarse llevar por la cólera. Sin embargo, la insensatez de Lili lo había sacado de sus casillas, y lo lamentaba.

—A tu cuarto —repitió sentándose y dando un vistazo a los documentos que tenía sobre la mesa, finalizando así aquella conversación.

La muchacha irguió el mentón y apretó los labios. Hubiera querido seguir con la discusión, hacer ver a su padre que estaba equivocado, que nada tenía de malo ayudar a las pobres gentes

que vivían en la miseria. Pero no era el momento, así que dio media vuelta y salió de allí con la sangre bulléndole en las venas.

Corrió escaleras arriba, empujó la puerta de su dormitorio y la cerró con ímpetu, echando luego el pestillo. Se sentó frente al espejo de la coqueta, sacó una cuartilla del cajón derecho y mojó la pluma en el tintero. P iba a redactar una nueva octavilla subversiva. Procurando, como siempre, realizar trazos más masculinos, comenzó a escribir.

Antes de acabar la primera frase, se quedó pensativa. ¿Quién demonios le habría ido a su padre con el cuento? Descartó de inmediato a su nueva amiga, la pupila de su tío Alan; no podía haber sido Barbara puesto que la acompañó en su visita y tenía que perder tanto como ella. Era posible que, al haber aparecido con la pequeña Betsy en brazos, su tío hubiera sacado sus propias conclusiones viéndola a ella como la instigadora de aquella aventura nocturna. Pero dudaba de que él le hubiera ido con el chisme a su padre, aunque sí le habría echado una buena bronca de haberla tenido enfrente. Claro que, por mucho escándalo que le hubiera montado, no podría quitarle la satisfacción de haber ayudado a salvar a Betsy. Dejar a la niña en casa de Samuel y Bertha, enferma como estaba, hubiera sido condenarla a morir; aunque eran dos personas maravillosas, que anteponían el bienestar de los niños que tenían a su cuidado al suyo propio, no podían hacer más de lo que ya hacían, que era mucho. Al menos, los pequeños a los que acogían no acababan vendidos a minas o fábricas, ni tenían que prostituirse.

Barbara Ross había sido muy valiente llevándose a Betsy con ella. Rezaba para que su tío Alan no le hiciera pagar su buena obra.[1]

Flora Pitt, su dama de compañía, ni siquiera se había enterado de su escapada en aquella ocasión. Y a Michael, su cochero y hombre de confianza, que hacía las veces de guardaespaldas en sus incursiones, ni se le pasaría por la cabeza delatarla.

Entonces, ¿quién había ido con el chivatazo a su padre?

Solo se le vino un nombre a la cabeza como posible soplón: Patrick Farraday. El condenado vizconde de Weymouth, futuro conde de Hardstone.

Conocía a Patrick desde siempre, puesto que su propiedad lindaba con Hatfield Manor y ella había sido compañera de juegos de su hermana pequeña, Elisa. Recordar a su amiga de la infancia siempre le provocaba un tironcito en el corazón; seguía echándola de menos.

Con cuatro años, ella iba siempre detrás de aquel muchacho alto, flacucho y de preciosos ojos verdes, que ya tenía doce y algún grano en la cara; con ocho, lo elevó a la categoría de héroe; a los trece, estaba perdidamente enamorada de él; a los catorce, se dio cuenta de que los hombres, todos, eran unos lelos que preferían perder el tiempo en decir frases bonitas a una chica y besarla a escondidas, en lugar de hacer cosas más interesantes, como competir en una carrera a caballo. Luego, Patrick se alistó para ir a una guerra de verdad contra Napoleón y acabaron por perder el contacto. Supo de él por las noticias que llegaban a Hatfield Manor gracias a sus padres, los condes de Hardstone, y hasta temió por su vida, pero nunca quiso reconocer que lo echaba de menos. Al acabar la contienda y regresar a Inglaterra, lo normal hubiera sido que eligiera a una

dama y contrajera matrimonio. Sin embargo, Patrick decidió que no le interesaba casarse. No era extraño que el conde estuviera enojado y que, cada dos por tres, padre e hijo discutieran sobre ese punto, haciendo que Patrick pasara más tiempo en la ciudad que en Hardstone Manor.

Fuera como fuese, en los últimos días se había dado de bruces con él en más de una ocasión. A veces, cuando hacía una de sus extrañas salidas, le parecía sentir su aliento en el cogote.

—Si me entero de que has sido tú el soplón, Patrick, te saco esos bonitos ojos que tienes — prometió en voz alta a la imagen que se reflejaba en el espejo.

Capítulo 2

Weymouth pasó el brazo izquierdo por encima del respaldo del asiento que ocupaba, se mojó los labios en la inmejorable bebida que les sirvieran y guardó silencio.

No le gustaba nada, pero nada, la propuesta que acababan de hacerle. Por él, hubiera seguido los pasos de Lilita Chambers hasta el mismísimo infierno, porque le tenían intrigado sus idas y venidas, nada lógicas en una dama de buena cuna. Pero acceder a lo que le estaban pidiendo, era muy distinto.

Evocando la imagen de la muchacha, admitió que no era extraño que los hombres se sintieran atraídos por aquella loca de remate. Se había convertido en una belleza. Loca, eso sí, pero belleza, al fin y al cabo. Hasta se le podían perdonar sus excentricidades con tal de contemplar esos ojos de gata que llevaban a más de uno por la calle de la amargura.

Cuando se fue de Inglaterra, ella era aún una adolescente con más pájaros en la cabeza que grillos en una noche de verano; nada en Lili destacaba de modo especial, salvo aquel cabello que parecía estar hecho con rayos de luna. En ese tiempo tampoco era demasiado bonita: flaca como una vara, sin preocuparse por los peinados de moda ni por llevar bonitos vestidos, como cualquier joven de la alta sociedad. En más de una ocasión la vio con ropa usada porque, según decía ella, para montar por Hatfield Manor no necesitaba ponerse un carísimo traje de amazona.

—La ropa elegante la dejo para cuando tenga que asistir a tediosas veladas —dijo en cierta ocasión—. Y, gracias a Dios, aún falta un tiempo para mi presentación en sociedad.

Recordaba esas palabras como si las hubiera escuchado ese mismo día. Se había reído de su modo de pensar, imaginando que, al cabo de un par de años, cambiaría de idea. Todas las mujeres soñaban con ser presentadas en la corte, con su puesta de largo, con bailes y caballeros que les obsequiaran flores o bombones, que desgranasen requiebros en sus oídos. Resumiendo: con un marido. No Lili. Ella seguía utilizando ropa gastada, incluso pantalones masculinos, para montar a caballo por la propiedad. Lo que era peor, según su padre: parecía decidida a no aceptar a ningún hombre de los muchos que habían intentado cortejarla.

—Bien, ¿qué me dices?

Patrick suspiró, se acabó la copa y la dejó sobre la mesa que tenía al lado. No sabía qué contestar. Por un lado, deseaba ayudar al duque de Hatfield porque lo estimaba, era amigo de su familia desde que él recordaba y siempre lo trató como a un hijo. Por otra parte, se encontraba en

la encrucijada de figonear en la vida de Lili, y no sería extraño que ella le abriera la cabeza en el momento más insospechado.

—Excelencia, yo...

—¡Déjate de excelencia ni de narices, Patrick! —protestó Conrad, dejando también su copa—. Estamos solos. Y te estoy pidiendo un favor.

—Que implica vigilar nada menos que a Lili, pegándome a ella.

—Que implica vigilar a mi hija, sí.

—Usted sabe muy bien cómo las gasta; no va a admitirlo.

—No me vas a decir ahora que te asusta enfrentarte a una muchacha.

—Su hija no es una muchacha cualquiera, Hatfield, y usted lo sabe. Es una gata salvaje.

—Tiene genio, no puedo negarlo.

—¿Genio? ¡Ja!

Conrad Chambers entendía la disyuntiva en la que se encontraba el joven, pero no le quedaba más remedio que pedirle ayuda. Después de haberse enterado de las salidas de Lili, no podía arriesgarse a que continuara con ellas sin alguien que la protegiese. Porque continuaría, de eso no le cabía la menor duda. Los barrios bajos eran peligrosos, y ella, demasiado bonita para no acabar en manos de cualquier desaprensivo. No quería ni pensar lo que podría sucederle.

—No puedo tenerla siempre encerrada —dijo con voz quejumbrosa, casi de derrota.

—Debería meterla en su cuarto y tirar la llave. ¿No se lo ha pensado?

Conrad se quedó mirando a su vecino y acabó por echarse a reír.

—No sería mala idea. Desde luego que no lo sería, muchacho. Lo malo es que me echaría a mi esposa encima. Me arriesgo a luchar contra una; contra las dos, ni loco.

Patrick sonrió y acabó por ceder, con condiciones.

—Ella debe aceptar que la acompañe, de otro modo no cuente conmigo.

—Podrías vigilarla a distancia.

—Lili tiene ojos en la nuca, jamás he podido sorprenderla y me temo que, no se ofenda, al igual que las brujas, ha desarrollado ese sexto sentido con los años. No transijo en eso, señor: o ella acepta mi compañía, aunque sea a disgusto, o no hay trato.

Conrad chascó la lengua y asintió:

—Me encargaré de que así sea, puedes estar seguro.

Capítulo 3

Suzanne echó un rápido vistazo al libro que estaba sobre la coqueta, lo que no pasó desapercibido para Lili.

—Si quieres, puedo prestártelo.

La muchacha se encogió de hombros y ayudó a su joven ama a ponerse la capa.

—Aún no sé leer muy bien, milady.

—Acabarás por hacerlo; hasta entonces, si quieres, podemos leerlo juntas, un capítulo cada noche, antes de irnos a la cama. Es apasionante.

—¿De qué trata?

—De un doctor que crea un cuerpo con partes de otros cadáveres.[2]

Suzanne puso cara de horror y movió la mano derecha, como si quisiera alejar a los fantasmas.

—Deje, deje, milady.

—Como quieras. Pero te advierto que te perderás una historia fascinante. ¿Ha llegado ya mi carcelero? —preguntó con acritud mientras se cerraba el broche de la capa elegida para salir.

—¿Puedo decirle que esa prenda no le sienta bien?

—Puedes. Pero es la que llevaré.

Suzanne asintió. Ya estaba acostumbrada a que su señora le pidiese cuidar del rancio vestuario que guardaba en su armario, y que solía usar de vez en cuando, como si fueran sus mejores trajes.

—Hace un buen rato que lord Weymouth espera abajo, milady —contestó por fin—. No sé por qué le tiene tanta ojeriza, es un caballero guapísimo.

Liliana enarcó las cejas y se quedó mirando a su criada hasta que ella se ruborizó.

—Lo es. Pero eso no implica que yo deba de soportarlo pegado a mi trasero cada vez que salgo.

—¡Milady, por Dios!

—¡A mi trasero! —repitió Liliana con más énfasis, haciéndose con los paquetes que había sobre la cama, antes de que a la criada le diese tiempo a ayudarla. Se le calentaba la sangre de solo pensar que, una vez más, debería soportar la presencia de Patrick. Hacía quince días que no podía realizar sus habituales salidas sin llevarlo de escolta, y esa tarde tendría que volver a aguantarlo. Su padre la había dado a elegir: o con Weymouth de escolta o en casa. Por supuesto, no le quedó otra opción que claudicar. Lamentó su salida de tono porque su criada no tenía la

culpa—. Lo siento, pero me desquicia todo este asunto; ojalá me lo pudiera quitar de encima.

—Ojalá usted, milady, fuera algo más sensata. Discúlpeme, por favor —rectificó de inmediato Suzanne al ver el gesto de estupor de la muchacha—, no quiero que piense que me meto en sus asuntos, no soy quién para hacerlo. Es solo que temo por usted.

Liliana sonrió entonces y su gesto se dulcificó.

—Sabes que te lo agradezco, pero no tienes por qué inquietarte; sé muy bien lo que hago —manifestó antes de salir.

La criada se quedó con los ojos fijos en la madera.

—Que sabe bien lo que hace, dice. Y yo soy la Reina Virgen —rezongó, empezando a recoger el cuarto.

Patrick iba y venía por el impresionante vestíbulo de Hatfield Manor con las manos a la espalda. Empezaba a impacientarse, no le agradaba esperar, y ya hacía más de media hora que el reloj de pared diera las cinco. Con total seguridad, Liliana le estaba haciendo aguardar adrede. De cualquier otra mujer lo hubiera tomado como un acto de coquetería. De Liliana Chambers, no; ella lo hacía por incordiarlo.

«¡Maldita la hora en que permití que Hatfield me convenciera para escoltar a esta descerebrada!».

De todos modos, reconocía que las incursiones de la muchacha le venían bien para sus propios fines, puesto que, por petición del Gobierno, investigaba quién podría estar detrás de los panfletos subversivos que inundaban Londres cada poco tiempo. Acabaría por dar con el impresor. Otra cosa sería qué hacer con él, porque, en el fondo, le sabía mal tener que arrestarlo. Sin embargo, era su obligación. Y es que Prinny no salía bien parado en esos pasquines y estaba que echaba espuma por la boca.

—Si se dedicara a pensar en su pueblo, en lugar de en sus juergas, otro gallo le cantaría —murmuró entre dientes.

—¿Decía, lord Weymouth?

Se volvió al escuchar la voz de Liliana. Abrió la boca para responder, pero se quedó así, con ella abierta, por unos segundos. Sus ojos verdes se achicaron hasta convertirse en dos ranuras. No podía creer lo que veía. ¿Dónde diablos tenía previsto ir para haberse vestido como si fuera una institutriz?

—Milady.

La hija del duque acabó de bajar la escalera, se acercó a él y le puso los paquetes en las manos.

—Supongo que no le importa cargar con esto, ¿verdad? ¿O no entra en su trabajo de carcelero?

Patrick suspiró. La dama llegaba en plan belicoso, al parecer. Pues lo lamentaba por ella, pero aquella tarde no estaba dispuesto a soportar su sarcasmo; la discusión con su padre, a cuenta de su posible matrimonio con la hija de unos conocidos, había avinagrado su humor.

—¿Dónde se supone que vamos? —preguntó mientras se dirigían al carruaje que los esperaba, por descontado con la señora Pitt pisándoles los talones a modo de carabina—. ¿Tal vez debería

haberme puesto otra ropa, para estar acorde con tu disfraz?

Liliana se acomodó junto a su dama de compañía, esperó a que él ocupase el asiento de enfrente y dejase los bultos a un lado, y dio orden de partir al cochero.

—Explicar los motivos de vestir así esta tarde, a un individuo sin capacidad para ponerse en el lugar de los demás, sería bastante aburrido, milord —repuso, negándose a tutearle, como hacía él.

—A eso se le llama empatía, querida. Y tú no eres la más indicada para decir si tengo o no.

—¿Va a darme ahora clases de vocabulario?

—Podría. —Ella hizo un gesto despectivo—. Bien, ¿cuál es nuestro destino hoy?

—Newgate.

—¿Cómo?!

—Además de fastidioso, sordo como una tapia.

Flora se mordió los labios para disimular una sonrisa, y pareció muy interesada en lo que veía desde la ventanilla.

—No pensarás entrar en la prisión, ¿verdad? Dime que he escuchado mal.

—¡Vaya! Si resulta que no está usted mal del oído.

—Liliana...

—Para usted, lady Liliana.

—Déjate de tonterías, te conozco desde que tenía que limpiarte la nariz.

—¡Usted nunca me ha limpiado la nariz!

—Además de tarada, olvidadiza —imitó él su apostilla.

A ella le desagradó el comentario porque, no solo acababa de insultarla, sino que daba a entender que nunca la había considerado más que una niña, un estorbo. Claro que también ella lo había menospreciado hacía un momento.

«Donde las dan, las toman» admitió, recordando lo que decía su bisabuela.

—Es jueves —contestó de todos modos—. Y los jueves, unas cuantas damas nos turnamos para ir a enseñar a leer a las reclusas. Hoy, me toca a mí.

—Cuando tu padre me pidió que te escoltara, no imaginé que íbamos a terminar visitando la cárcel. ¿Por eso te has vestido así? Pues déjame decirte que esa capa te sienta como un tiro.

—Cuando mi querido padre tuvo la «brillante» idea de imponerme su compañía, lord Weymouth, no pensé que me resultaría tan insoportable —protestó ella—. Y sí, me he puesto ropa usada; me parece inadecuado lucir bien ante unas mujeres que nada tienen.

—Así que resulto insoportable.

—Insufrible, fastidioso, molesto... Ya ve que no me son necesarias clases de vocabulario, al menos de sinónimos. Lo siento si le incomoda, pero me enseñaron a decir las cosas a la cara.

Patrick se mordió la lengua. Si le seguía el juego, iban a enzarzarse en otra discusión, y ya habían mantenido unas cuantas. Se retrepó en el asiento, cerró los ojos y se propuso no entrar al trapo. Liliana quería guerra y él no estaba dispuesto a secundarla.

—Solo espero que no estemos dentro demasiado tiempo.

—No se preocupe, estará libre de mi presencia antes de la hora de la cena; podrá acudir sin problemas a uno de esos clubes que visitan los caballeros —afirmó Lili con ironía—. Pero le advierto que pasado mañana tengo previsto ir a una casa de acogida en Whitechapel.

—¡Santo Dios! —gimió Patrick, arrancando una risita a Flora Pitt.

Capítulo 4

Habían dejado al cochero y a Flora cómodamente sentados en un local cercano a la prisión, a la espera de que acabaran su visita.

No era la primera vez que Patrick pisaba aquellos sucios suelos. Tampoco era lugar para ser visitado por una dama, pero Lili le demostró, apenas traspasar la entrada, que conocía aquellos muros como su propia casa. Saludó a los vigilantes de la puerta, se fue directa hacia la zona en la que se encontraban encarceladas las mujeres, y les franquearon el paso a las dependencias como si todos asumieran que ella era portadora de un salvoconducto. Era posible que lo tuviera, nunca había conocido a una mujer tan enredadora como Lili. Hasta era factible que hubiera conseguido permiso del mismísimo regente.

A pesar de conocer los entresijos de la prisión, volvió a asaltarle una desazón. Los olores nauseabundos, las súplicas de algunas condenadas, los exabruptos de los guardianes pidiendo silencio, los llantos... Apretó los dientes, hizo un esfuerzo por evadirse de la miseria que les rodeaba y aceleró el paso; Liliana se le había adelantado. Cuando la alcanzó de nuevo, ella lo esperaba junto a una reja, con los brazos cruzados y dando golpecitos en el suelo con la punta de su zapato derecho, sin disimular su fastidio.

—Aquí no quiero su presencia, Weymouth —avisó—. Deme esos paquetes.

Patrick se los tendió, intentando no prestar atención a la mujer que, agarrada a los barrotes, tenía los ojos clavados en él, se había bajado el escote de su mugrienta blusa hasta casi enseñarle los pechos y movía su lengua de forma obscena.

—¡Coño con el regalo que nos ha traído hoy, milady! Pasa, príncipe, no tengas miedo. Sally te *pué* hacer un trabajo de primera si untas a ese mastodonte —señaló al carcelero—; dicen que soy la mejor haciendo mamad...

—¡Ya es suficiente, Sally! —cortó Liliana, mirándola con gesto irritado—. Además, te aseguro que no sería de tu agrado.

—¿Que no lo sería un pastel así? —dudó la otra un segundo—. Mire *usté* que lo dudo.

—A ver si prestas tanta atención a la clase de hoy como a mi acompañante.

Como respuesta al comentario de Lili, una nueva risotada de la reclusa que, tirándole a Patrick un beso con los labios, se subió el escote y abandonó la reja para seguir a la muchacha.

La hija de Hatfield se movió por la amplia y nauseabunda celda como si estuviera en su salón

de té, y él se asombró al escuchar que las presas iban saludándola por su nombre. Lili parecía tener una frase amable para cada una de aquellas mujeres, las trataba como a iguales y ellas parecían encantadas con su presencia. La vio quitarse la capa, que una de las reclusas colgó en un gancho de la pared, remangarse las mangas del discreto vestido marrón que llevaba debajo, y guardarse los guantes en el bolsillo de la amplia falda. Una de las reas le acercó un taburete bajo, Lili se acomodó en él y, de inmediato, las confinadas se sentaron en el suelo, a su alrededor. Al abrir los paquetes que llevaba, se escucharon exclamaciones entusiastas, y ella comenzó a repartir los ejemplares.

—Hoy vamos a leer *El ganso de oro*, de los hermanos Grimm.

—¿De qué trata, milady?

—De la codicia y la generosidad. Uno para cada dos. ¿Quieres empezar a leer tú, Iona?

—¿Para cuánto tienes? —interrumpió Weymouth alzando la voz.

Mientras ella estuviera ocupada, visitaría a Joshua Grey e intentaría sacarle la información que necesitaba. Tenía el convencimiento de que el muchacho no estaba directamente implicado en el secuestro de Isolda, la hija de Thomas Bronson, un adinerado comerciante. Pero sí que sabía más de lo que admitía. El caso había hecho correr ríos de tinta, los periódicos hacían mil y una conjeturas y, cuanto más tiempo pasaba, menos esperanzas tenían de encontrarla con vida.

Aquel asunto lo mantenía insomne porque le afectaba muy de cerca, le hacía revivir el dolor, la desesperación y el pánico. Elisa, su hermana pequeña, había sido secuestrada el mismo día de su sexto cumpleaños y, aunque pagaron un cuantioso rescate por ella, solo recuperaron su cadáver. Después de tantos años, aún escuchaba sollozar a su madre por las noches.

—Por mí, puede irse cuando quiera, milord —respondió Lili sin dirigirle una mirada, sacándole de sus lúgubres recuerdos—, no hace falta que espere.

—Media hora y estaré de vuelta.

—Hora y media —contradijo ella, y entonces sí volvió la cabeza.

Patrick fue a protestar, pero lo pensó mejor al ver la determinación en sus ojos claros. Echó un último vistazo al curioso grupo de lectoras y se encogió de hombros. Habló en voz baja con el carcelero, una moneda cambió de mano, y desanduvo el corredor, precedido por el otro, para dirigirse hacia la zona de la prisión ocupada por los hombres.

No pudo evitar darse la vuelta antes de doblar la esquina de la galería. En medio de la penumbra de la celda, Lili, en la que incidía un rayo de sol que penetraba por el alto ventanal enrejado, destacaba entre las demás como un diamante en medio de un montón de carbón.

—Si no fuera tan bonita la condenada... —murmuró en voz baja.

—Y chiflada —apuntilló el que le acompañaba, dejándole ver que le había escuchado—. A mí no se me ocurriría permitir a una hija mía entrar aquí; lo único que puede sacar es que le peguen cualquier enfermedad.

Capítulo 5

Joshua Grey se encontraba aislado en una celda oscura y maloliente, encadenado al muro. A Patrick le extrañó porque, según sus informes, había sido un reo ejemplar. Interrogó en silencio al guardián y este, tras un gesto de incomodidad, aseguró mientras aplicaba la llave a la cerradura:

—Armó camorra.

Patrick traspasó el umbral, se acercó al joven y examinó su estado. No sabía cómo había quedado el otro preso, pero él estaba hecho una pena. Lo lamentó de veras. Joshua no había cumplido aún los dieciocho años y ya había tirado su vida por el retrete. La primera vez que el chico pisó la cárcel fue a causa de un delito menor, no estuvo más de dos semanas entre rejas; para él, demasiado incluso, porque, según sus reglas morales, robar para comer no era una infracción como para pudrirse en aquella infecta institución. Su segundo delito, sin embargo, fue más grave: le echaron el guante al dejar una nota que lo relacionaba con la desaparición de Isolda Bronson; era muy posible que, si no colaboraba, acabara en la horca, apareciera la niña o no. Lamentaría que así fuera, pero nada podía hacer por impedirlo.

Hizo una seña al carcelero para que les dejara a solas, se quedó en medio de la celda, cruzó los brazos y no abrió la boca hasta escuchar que la puerta volvía a cerrarse.

—Podría sacarte de aquí con solo chascar los dedos. Lo sabes, ¿verdad?

—Entonces, chásquelos.

—Te han dejado hecho una piltrafa.

El único ojo que Grey podía abrir en ese momento se clavó en él; el otro, lucía hinchado y amoratado.

—Tampoco es que me importe no poder enamorar a las mujeres, patrón. —Se echó a reír, aunque eso le arrancó un gesto de dolor—. ¿A qué ha venido? Ya le dije que no voy a soltar prenda.

—¿Le has tomado el gustillo a esto de tener comida gratis?

—Está de guasa, ¿eh? Porque llamar «comida» a la mierda que nos dan... No soy ningún rajado, milord, no se confunda conmigo. Soy prudente. Si me voy de la lengua, apenas salga de estos puñeteros muros me encontraré sin ella, o con una navaja en las tripas. Puede que la vida no se haya portado del todo bien conmigo, pero no me gustaría perderla.

—¿Y si te digo que podrían pagarse tus servicios?

—¿Para comprarme una tumba?

—Para largarte de Londres y empezar de nuevo. Eres un crío y me sabe mal verte encerrado.

—No conoce a esos cabrones.

—Y tú, al parecer, no sabes lo que te puede acabar sucediendo aquí adentro. Si te has creado un enemigo, podrías encontrarte con esa navaja sin salir. No es la primera vez que pisas estos recintos, sabes cómo funcionan las cosas: algunos guardianes os venden artículos a cambio de dinero, pero también venden «favores», y uno de ellos podría ser dejar tu celda abierta para que tengas una visita indeseada.

Por la mirada del muchacho atravesó un relámpago de miedo. Claro que sabía que cualquiera de los carceleros estaría dispuesto a hacer la vista gorda si llegara el caso, no era tonto.

—Que vengan si tienen cojones.

—Un nombre, Grey, solo te pido eso y, a cambio, conseguiré que te dejen en libertad y tendrás una buena cantidad de dinero en el bolsillo. Si continúas empecinado en no hablar, acabarás colgado de una soga por cómplice en un secuestro.

—¡Maldita sea, no tengo nada que ver con eso!

—Puede que yo te crea, pero no lo hará el tribunal.

—No sé nada. Solo hice lo que me pidieron: entregar una nota.

—Que estaba relacionada con la desaparición de una niña.

—Le juro por lo más sagrado que nada tengo que ver con eso.

—¿Quién te mandó entregar la nota, Joshua? Dime su nombre. Si callas, vas a acabar ahorcado. No le debes nada al tipo que te ha metido en este embrollo.

—Lealtad. Al menos, me trataba como a una persona, no como los de su clase —afirmó con desprecio.

Patrick lo observó durante unos instantes. ¡Con qué ganas lo hubiera golpeado! Intuía que estaba a punto de quebrar su resistencia, pero se hacía el duro porque, en el mundo en el que se había criado, o se era insensible o se acababa muerto. De todos modos, no le engañaba: aunque Grey utilizaba palabras malsonantes y, a veces, la jerga de los barrios bajos, no podía disimular cierta educación.

—Piénsatelo, Joshua; hay dos vidas en juego: la de esa niña y la tuya.

El chico echó un vistazo a su alrededor. No era que le importara demasiado la porquería que inundaba el suelo de la celda, una mezcla de paja reseca y sus propios orines y excrementos, porque el cubo que le servía de letrina hacía días que no lo vaciaban. La casa en la que vivió siendo niño no había estado más limpia que aquel repugnante lugar, y después había dormido en cualquier portal o acequia. Hasta encontrar a la única persona que le había tendido una mano. Mark Whing lo sacó de la calle, lo cobijó en su casa y le enseñó a leer y escribir. Si aún le quedaban modales, aunque no quisiera demostrarlos delante de Weymouth, era gracias a aquel viejo profesor. Pero al pobre chiflado lo mataron una noche y a él lo acusaron de un crimen que no cometió. Hubo de escapar como un zorro perseguido, volver a ganarse el pan con pequeños

hurtos, y sí, terminó codeándose con lo peor de Londres. Pero el hombre para el que acabó trabajando lo trató bien. No podía traicionarlo. Además, de hacerlo, sí que estaría comprando un billete al otro mundo.

—Tu libertad y dinero —insistió el vizconde—. ¿Qué me dices?

—Que su oferta es buena, pero no me interesa.

—Si lo que temes es represalias, pierde cuidado, te pondremos protección.

—¿Protección? Si quieren matarme, lo harán; la jauría que pulula por ahí es capaz de arrancar las entrañas a su propia madre por unas monedas.

—Te asombrarías de la cantidad de cabrones con los que me he visto obligado a tratar, muchacho. Sé cómo es esa gentuza y hasta dónde pueden llegar, por eso no quiero que vuelvas a mezclarte con ellos. Estoy convencido de que nada tienes que ver con el secuestro, pero sí sabes quién te ordenó entregar esa nota. Quiero su nombre, Joshua. Se nos acaba el tiempo.

—No lo recuerdo.

—¡Condenado seas, chico! Te estás poniendo la soga al cuello tú solo. Te estoy dado la oportunidad de emprender una nueva vida y de salvar otra.

—Si tanto le importa mi futuro, sáqueme de aquí sin más.

—¡Si te importa a ti, habla de una puta vez! —bramó el vizconde—. No puedo creer que no te remuerda la conciencia. Si hubieras tenido una hermana...

—La tuve —cortó Joshua, que tiró con rabia de los grilletes que lo tenían encadenado al muro—. ¡La tuve, sí! Y la mataron cuando la borracha de mi madre dijo más de lo que convenía a los agentes. ¡Así que no me hable de conciencia! ¡Nadie la tuvo con July!

—Joshua...

—¡Guardia! —ladró el muchacho— ¡Saque de mi celda a este señoritingo!

Patrick apretó los puños contra los muslos para calmar la ira que lo consumía. Aquel chico era la clave para encontrar a Isolda, lo presentaría; conseguiría que hablara o no le haría falta caminar hasta el patíbulo, lo mataría él mismo. Por mucho que deseara sacarlo de Newgate, de darle una oportunidad, no podía anteponer su vida a la de la pequeña. No podía ni quería permitir que volviera a repetirse el episodio de Elisa.

—Como quieras —dijo, yendo hacia la salida—. Pero ten por seguro que volveremos a vernos. A ti tampoco te queda mucho más tiempo antes de que te ahorquen.

—No se moleste en volver, mi respuesta seguirá siendo la misma.

Patrick apretó los dientes al escuchar el chirrido de la llave que cerraba la celda. Dio un último vistazo al cuerpo encogido de Grey, recostado de nuevo en el muro, y se dijo que su trabajo, a veces, era una verdadera mierda. Hizo una seña al guardia, que lo siguió sin rechistar hasta que estuvieron lejos de la celda.

—¿Puedo contar con que mantenga los ojos bien abiertos? Necesito a ese chico vivo. —Le puso varias monedas más en la mano.

El dinero suponía casi el jornal de un mes, y el guardia se pasó la punta de la lengua por los

dientes superiores. Hacía un año que prestaba sus servicios en la prisión y, de no ser por los «extras» que sacaba de algunos condenados, como conseguirles bebida, no habría podido ahorrar ni un penique.

—Vaya sin cuidado —dijo, guardándose las monedas.

—Si es posible, que limpien esa cochiguera.

Capítulo 6

Era un caso perdido. Intentar hacer entender a su padre que no estaba dispuesto, de momento, a buscar esposa, empezaba a resultar cansino y desesperante.

Había olvidado ya las veces que, desde que regresara a Londres, habían tenido aquella conversación. Pero la persona terca que estaba ante él no atendía jamás a los argumentos del resto de mortales, solo a los suyos. Desde que tenía uso de razón había sido así: Barnaby Farraday disponía algo y los demás debían acatar sus decisiones como si fueran dogmas de fe.

Quería a su padre, lo respetaba porque no conocía a un hombre más honrado, pero era único para crísparle los nervios y conseguir sacarle de sus casillas. La discusión más sonada la tuvieron cuando, al regresar del ejército, decidió seguir prestando servicios al Gobierno. Acabó marchándose de Hardstone Manor con cajas destempladas, de donde estuvo ausente un mes completo, y aquella tarde estaba a un paso de volver a protagonizar una salida a lo grande. Si su progenitor volvía a repetirle, una sola vez más, que tenía obligaciones para con su título, no volvería a verle el pelo.

—Sé que estás ejerciendo de guardaespaldas de la hija de Hatfield.

Patrick respiró aliviado por el giro de la conversación.

—El duque me lo pidió como un favor personal.

—Esa muchacha acabará por meterse en un lío muy gordo —murmuró entre dientes el conde. Patrick no dijo nada porque, en eso, estaban de acuerdo—. Hay que atarla corto y Conrad no tiene agallas para hacerlo, la chica siempre hizo lo que le vino en gana, desde que andaba a gatas. Sin embargo, guiada de forma adecuada, Liliana podría llegar a ser una excelente vizcondesa. Es algo alocada, pero tiene un ilustre apellido y ha sido educada como una dama. —Guardó silencio unos segundos para atacar de nuevo—. ¿Te lo has planteado?

¡Ahí estaba otra vez el maldito tema!

Patrick golpeó el brazo del sillón que ocupaba y se levantó hecho una furia, dispuesto a soltar a su padre cuatro verdades. Por fortuna, su madre, viendo que el asunto empezaba a tomar un tinte beligerante, intervino como hacía siempre, con voz pausada. Con la mirada fija en el bastidor en el que bordaba desde hacía rato, sin mirar a ninguno de los dos, pidió:

—Barny, deja al muchacho en paz.

Lady Astrid era la única persona en el mundo que conseguía calmar a Hardstone cuando estaba

enrabietado. Próxima a los cincuenta años, seguía conservando un rostro sin arrugas, una silueta juvenil, y sus cabellos, recogido con pulcritud en un moño sobre la coronilla, apenas lucían canas. Sus ojos esmeraldas, sin embargo, habían perdido viveza desde la muerte de su hija. Barnaby Farraday seguía profundamente enamorado de ella. Si su esposa le pidiera que se despeñara por un acantilado, lo haría sin rechistar. En ese momento le estaba exigiendo que escondiera las uñas, y así lo hizo: la besó en la frente, echó una mirada admonitoria a su heredero y salió del salón.

Patrick se aguantó las ganas de demostrar cuánto le divertía la actitud de su padre, hasta que este hubo cerrado la puerta. Entonces, sí, sonrió de oreja a oreja mientras volvía a sentarse.

—No cantes victoria antes de tiempo, tunante; tu padre volverá a la carga.

—Lo sé. Pero, al menos, hoy dejará de darme la murga, y eso ya es mucho —declaró, abriendo el libro en el que estaba ocupado antes de la interrupción del conde.

Durante un buen rato, su madre y él permanecieron en silencio, cada uno dedicado a su entretenimiento. Patrick, sin embargo, olvidó el libro para observarla. Desde que él recordaba, esa costumbre era algo habitual entre ellos: lady Astrid leía o cosía, y él, entretanto, dibujaba; jamás se le dio demasiado bien, pero le gustaba. No hablaban, no les hacía falta, simplemente disfrutaban de la mutua compañía cuando se retiraban a aquella sala, como hicieran aquella tarde. No por compartir el silencio eran menos cercanos, todo lo contrario. Siempre encontró en su madre una persona afín a la que contar sus problemas. Ella le entendía, tal vez porque eran muy distintos.

—¿Por qué dice tu padre que Liliana se meterá un día en problemas? —preguntó la dama de pronto, alzando la vista de la costura.

—Porque es una cabeza de chorlito.

—Siempre me agradó esa muchacha. Recuerdo cuando se pasaba los días enteros aquí, en Hardstone Manor, y Hatfield tenía que enviar a alguien a buscarla. He oído decir que apoya las ideologías de la señora Fry.

—Si solo fuese eso...

—¿Es que hay algo más?

—No solo la segunda, madre, es que visita regularmente Newgate para enseñar a leer a las reclusas. ¡Imagínate!

Las oscuras cejas de la condesa de Hardstone formaron un arco perfecto. Dejó el bastidor a un lado y miró a su hijo a los ojos. Para alguien que no conociese al joven como ella, el comentario podría tratarse de un mero comadreo. Pero no lo era.

—Creía tener un hijo menos estirado.

—¿Por qué dices eso?

—Me ha parecido detectar cierta animadversión en tus apreciaciones. ¿Acaso te parece mal que algunas personas se preocupen de esas mujeres?

—Por supuesto que no, madre. —Se apresuró a contestar él—. Es solo que, si he de serte sincero, me preocupan sus actividades. Newgate no es el único lugar que frecuenta, también va a

Whitechapel.

—Escoltada, imagino.

—Ahí radica el problema. Si el duque ha pedido mi ayuda para protegerla, es porque se ha enterado de que va sola, con la única compañía de su cochero y de la señora Pitt, que de poca ayuda puede servirle. Michael es un hombre que impone y, con total seguridad, se dejaría matar por Lili, pero no conoce a la chusma de los barrios bajos.

—Y tú, sí —zanjó la condesa con el ceño fruncido.

—En efecto.

—Lo que a mí no me agrada en absoluto.

—Pensaba que esta tarde solo me tocaba un sermón, no dos.

—¡No seas insolente, Patrick! No te estoy recriminando nada, solo te doy mi opinión. Y en ese aspecto, debo dar la razón a tu padre: deberías dejar de jugar a policías y centrarte en el futuro.

—Lo haré cuando llegue el momento —aseguró. Se levantó y se acercó a ella para sentarse en el brazo del sillón que ocupaba y rodear sus hombros con un brazo—. No voy a dejarte sin nietos, madre. Te juro que, cuando encuentre a la esposa adecuada para convertirla en lady Weymouth, pondré todo de mi parte para que tengas, al menos, media docena de querubines agarrados a tus piernas.

—¡Serás descarado! —Ella sonrió y le golpeó el muslo. Se le ensanchó el corazón al imaginar a un par de niños correteando junto a ella—. De todos modos, dudo mucho que sea fácil encontrar a una dama que soporte tus... llamémoslas *aficiones detectivescas*.

—Lili lo haría encantada, te lo aseguro.

Apenas decirlo se quedó serio. Y helado. ¿Por qué demonios había pensado eso?

Le importaba un pimiento si su futura esposa aceptaba o no que trabajara para el Gobierno y colaborara en algunos casos con los *runners*; lo seguiría haciendo porque le gustaba. Sentía una innegable satisfacción ayudando a sacar de las calles a la escoria. Además, existían demasiados inútiles entre la alta sociedad: hombres que solo se preocupaban de sus trajes, sombreros y amantes, sin importarles lo que sucedía más allá de las puertas de sus brillantes salones y sus bien abastecidas mesas. Nunca más sería uno de ellos. Lo había sido antes de vivir el infierno de la guerra, antes de pelear con auténticos caballeros, aunque proviniesen de las capas más bajas o, incluso, se hubieran dedicado al pillaje; hombres que le demostraron que ser honorable no tenía nada que ver con la cuna en la que se había nacido.

—Ambos sois bastante singulares —dijo su madre—. Tal vez ella sería la persona perfecta para ti si, como dices, consentiría tus excentricidades.

—¡Ni por todo el oro del mundo!

No. No le importaba si su esposa aceptaba su modo de actuar. Buscaría una dama de gustos sencillos, de esas que nunca objetaban, argumentaban o discutían.

Y, desde luego, Liliana Chambers sería la última mujer en la tierra a la que elegiría por esposa.

Disgustado consigo mismo por dejar que la imagen de aquella muchacha se le metiera de nuevo

en la cabeza, dio un beso a su madre en la mejilla y se despidió.

Lady Hardstone se quedó mirando la puerta por la que él saliera a grandes zancadas, con una sonrisa en los labios.

—Cariño, ni siquiera sabes lo que quieres.

Capítulo 7

La brisa echaba su larga melena hacia atrás y ella instaba al caballo a ir más y más rápido. Siempre le había gustado sentir el aire en el rostro, la sensación placentera de gobernar a un buen potro, la libertad. Prefería aquello a soportar las aburridas reuniones a las que, a veces, se veía obligada a asistir para no desairar a su madre.

Sin darse cuenta, traspasó los límites de Hatfield Manor para internarse en las propiedades de los condes de Hardstone, con un único pensamiento en la cabeza: llegar hasta la colina a la que ella puso de nombre Cuerno del Diablo. Según había escuchado de niña, el primer conde de Hardstone era un sujeto sin principios, hasta que una noche de tormenta se encontró cara a cara con el mismísimo Señor de los Infiernos, quien le conminó a irse con él debido a sus pecados. Viendo su alma perdida para siempre, Ronald Farraday cambió por completo, convirtiéndose en un hombre temeroso de Dios. Pero, desde entonces, cada vez que había temporal, Lucifer esperaba sobre la colina a un alma descarriada a la que poder llevarse con él.

—Simples leyendas —dijo Lili en voz alta, a la vez que exhortaba a su montura a cabalgar más aprisa. Nunca la asustaron los cuentos de brujas ni de demonios, y la colina era uno de sus lugares preferidos por sus impresionantes vistas del valle.

A pesar de que la tarde había comenzado despejada, las nubes que cubrían el cielo se fueron haciendo más densas y, a medio camino hacia su meta, ya oscurecían el cielo. Tiró de las riendas para detener al caballo, dudando si continuar o volver grupas. Le agradaba cabalgar bajo la lluvia, pero no había previsto que estallara una tormenta.

Un relámpago atravesó la campiña y, poco después, el estrépito de un trueno hizo que su caballo, asustado, se alzara sobre sus patas traseras, a punto de derribarla. Consiguió calmarlo sin mayores dificultades y dio la vuelta, dejando la excursión para otro día.

A unas cien yardas del riachuelo que hacía frontera entre Hardstone Manor y las tierras de su padre, distinguió a un jinete que se acercaba por su costado derecho. Lo hubiera reconocido incluso a mil millas de distancia; aquella prestancia al montar, el modo de dominar aquel caballo negro, no podían ser más que de un hombre: el condenado Weymouth.

Maldijo para sus adentros, diciéndose que ya era mala suerte.

Patrick llegó a su altura justo cuando estalló otro relámpago. Bajo su luz, a ella le pareció un ser de leyenda, uno de esos caballeros medievales con los que soñaba cuando era niña, el héroe

del que se enamoró siendo una adolescente. Claro que ya no era una criatura, y Patrick estaba lejos de ser su paladín.

«En todo caso, es un grano en el culo», pensó.

—Vamos a tener una bonita tormenta —avisó él, paseando su mirada, con todo descaro, por el cuerpo de la muchacha que volvía, cómo no, a lucir pantalones.

—Por si no se ha dado cuenta, no estoy en un lugar peligroso, así que no hace falta su compañía, vizconde. ¿O es que está decidido a perseguirme? ¿Tengo que encontrarle incluso en mis propiedades?

—¡Dios me libre de ir detrás de ti! Te aseguro que tengo cosas más importantes que hacer. Pero, por si no te has dado cuenta tú, no estás en tus tierras, sino en las mías. E imagino que tengo todo el derecho del mundo a cabalgar por ellas.

Liliana sonrió como si le estuvieran clavando alfileres en los riñones, porque él tenía razón. Otra cosa era que lo reconociera.

—Ya regresaba. Debería hacer lo mismo si no quiere acabar como una sopa —murmuró entre dientes cuando las primeras gotas cayeron sobre ella, provocándole un escalofrío.

—Me gusta la lluvia.

—Lo sé.

Se quedaron mirándose a los ojos y, al unísono, se echaron a reír.

Como si el cielo hubiera escuchado a Patrick, se les vino encima un aguacero. En pocos segundos, ambos quedaron empapados, pero continuaban sonriendo. Weymouth se inclinó un poco para tomar las riendas del caballo de Lili, que piafaba aterrorizado, y tiró de él.

Lili no se resistió. El equino que montaba era un ejemplar joven, adquirido hacía solo unos días y, según parecía, algo impresionable. Era absurdo negarse a admitir la ayuda de Patrick porque, si el animal se ponía más nervioso, podía acabar en el suelo con algún hueso roto.

Sin querer acelerar a los caballos por miedo a que metieran las patas en alguno de los surcos que ya se abrían en el terreno a causa de la incesante lluvia, él condujo a las monturas fuera de la arboleda. Cualquiera sabía que debían ponerse a campo abierto, lejos de los pinos, para evitar que les alcanzase un rayo.

—¿Aún lo recuerdas? —preguntó Liliana, elevando la voz por encima del ruido de la lluvia, tuteándole sin ser consciente de hacerlo.

—Aún. Y todavía me duelen las costillas.

Patrick se refería a una noche, lejana en los años, en que ella le había pinchado de tal modo, tildándole incluso de cobardica, que accedió a acompañarla al Cuerno del Diablo. Liliana, que contaba entonces ocho años, se empeñó en que quería ver si era cierta la leyenda de Ronald Farraday. Patrick había intentado convencerla por todos los medios de que lo que se contaba eran solo paparruchadas, un cuento familiar, que su antepasado nunca pudo entrevistarse con Satanás y que, de ser capaz un mortal de llevar a cabo una proeza semejante, solo podía acabar yendo con Lucifer a los infiernos. No hubo modo de quitárselo de la cabeza y, temeroso de que ella decidiese

ir sola, cosa de la que era muy capaz a pesar de ser una cría, acabó accediendo a servirle de escolta.

La tormenta fue una de las peores que se recordaban en los contornos, y cuando, por fin, alcanzaron la colina, la incesante lluvia provocó un desprendimiento de tierra. Quedaron bloqueados, sin posibilidad de deshacer el camino y a merced de los elementos. Guarecidos ambos en una pequeña cueva, abrazados, muertos de frío, conteniendo ella las ganas de echarse a llorar, hubieron de pasar allí toda la noche. Tanto el duque como el padre de Patrick se unieron a la partida que salió en su búsqueda, aterrados ante la posibilidad de que se repitiera la desgracia de dos años antes, cuando desapareció la pequeña Elisa. Los encontraron al amanecer, cuando el cielo se cansó de empapar la tierra.

La bronca, lógicamente, fue monumental. Patrick se llevó la peor parte. A fin de cuentas, era el mayor de los dos, y debería haber evitado tamaña imprudencia.

Sin embargo, para ambos resultó toda una aventura, y recordarla derribó el muro que los separaba en esos momentos.

Apenas veían por dónde transitaban debido a la oscuridad que se había cernido sobre la campiña, y el torrente de agua que les estaba cayendo encima era cada vez más fuerte, hasta el punto de obligar a Liliana a pasarse una mano por el rostro a cada segundo. Los relámpagos les procuraban algo de luz cuando encendían el firmamento, pero los caballos estaban cada vez más excitados.

Lili miró a todos lados por ver si distinguía la cabaña del viejo Pete Somerset, al que en muchas ocasiones había visitado para llevarle un pastel de carne y una botella de whisky de la bodega de su padre. Pete había sido guardabosques de la familia Chambers cuando ella era pequeña y, al enviudar y retirarse debido a sus muchos años, no quiso alejarse de Hatfield Manor. Allí estaba enterrada su esposa y allí acabarían por enterrarlo a él, decía siempre. Su padre, que lo estimaba de veras, le cedió la cabaña y un par de acres de terreno. A ella le gustaba visitarlo de tarde en tarde porque el anciano, que conocía mil y una leyendas, la entretenía con seres fantásticos mientras escuchaba su ronca voz a la luz de la lumbre.

Fue en una de esas miradas, justo al descubrir los contornos de la cabaña, cuando estalló otro relámpago que iluminó el bosquecillo de abedules, la distorsionada figura de un hombre... y el cañón de un rifle.

Quiso gritar, advertir a Patrick, pero el pavor atenazó su garganta y quedó muda.

Muda, sí, pero no paralizada.

En el momento justo en que se escuchó un disparo, Liliana cayó sobre Patrick derribándolo del caballo, y ambos aterrizaron en el camino embarrado, en una confusión de brazos y piernas. Los caballos, despavoridos, emprendieron la huida.

Mientras intentaba incorporarse y quitarse el lodo del rostro para volver a mirar hacia la arboleda, escuchó la maldición de su compañero.

Patrick acabó por levantarse, tan enfangado como ella, se le escapó un gemido de dolor y se

llevó la mano al brazo izquierdo.

—¿Qué diablos...!

—¿Te han alcanzado? —preguntó ella, visiblemente preocupada, pasando sus manos por su cuerpo—. ¿Te han herido, Patrick?

Weymouth elevó las cejas y sus verdes ojos refulgieron como dos gemas.

—¿Ahora te preocupas por mi seguridad, cuando casi me rompes la crisma y has espantado a las monturas?

—¿Deja de portarte como un condenado idiota, Weymouth! Han estado a punto de matarte.

—¿A mí? —Se quitó el pañuelo del cuello para limpiar la herida de barro todo lo posible. Ella, a su vez, prescindió del suyo para ceñírselo al brazo—. ¿Quién me dice que ese disparo no iba destinado a ti, tesoro?

—Yo no tengo enemigos. Tú, muchos.

—¿Y qué diablos sabes tú si yo tengo...!

—Cállate y camina. La cabaña de Somerset está ahí mismo.

—De modo que sigue entre los vivos ese viejo carcamal.

—Sigue. Y con más agallas que muchos a los que conozco —ironizó mirándole de reojo.

—Los caballos...

—Olvídalos, Patrick —dijo, sujetándole por la cintura para ayudarle a caminar, viendo que su paso era inseguro.

—A ti es a quien tendría que olvidar —dijo él entre dientes.

Capítulo 8

El viejo Pete no preguntó nada cuando, al abrir la puerta, se encontró cara a cara con la pareja. Solo le hizo falta dar un rápido vistazo para saber que habían tenido dificultades. Se hizo a un lado, les permitió la entrada y cerró, apresurándose luego a encender un par de candiles más.

—¿En qué lío se ha metido ahora, milady?

Liliana torció el gesto y, sin decir palabra, ayudó a Patrick a tomar asiento en el desvencijado banco que se encontraba junto al hogar. ¿Por qué, cada vez que ocurría algún contratiempo, todo el mundo imaginaba que ella había sido la causante? Procedió a quitar la chaqueta al vizconde, y no pudo remediar un gesto de preocupación al ver la camisa manchada de sangre.

—Voy a necesitar trapos limpios, señor Somerset.

—Por supuesto —asintió el antiguo empleado—. ¿Es grave?

—No se preocupe por la vida de lord Weymouth, no se va a morir de esta —aseguro tras examinar la herida.

Patrick apretó los dientes cuando ella le quitó la camisa por encima de la cabeza, sin muchos miramientos.

—¿Es mucho pedirte que tengas un poco más de cuidado, Lili? El brazo, por si tienes alguna duda, es mío.

—Quejica —murmuró ella.

Desvió la mirada con rapidez porque verlo así, sin camisa, le aceleró los latidos del corazón. Patrick podía ser un auténtico incordio, podía estar enfadada con él por haber accedido a confabularse con su padre para que no pudiese moverse con libertad, podía desear que se cayera en un pozo y tardaran días en encontrarle... Pero no era tan necia como para negar que continuaba alterándola su presencia. Tampoco podía discutir que tenía un cuerpo magnífico, con hombros anchos, pectorales duros y estrecha cintura. No era de extrañar que muchas jovencitas tontuelas bebieran los vientos por él. Bueno, jovencitas y alguna que otra madurita a la que, por supuesto, no le importaría adornar la cabeza de su esposo con tal de acogerlo en su cama. Desde que era un muchacho había sido igual: él sonreía y las mujeres se lo rifaban.

«Pobre de la desdichada que vaya contigo al altar; va a acabar luciendo una buena cornamenta», pensó.

Pete puso junto a la muchacha lo solicitado, y una botella de whisky a modo de desinfectante.

Luego, se perdió en la dependencia adjunta, dejándolos a solas.

Lili examinó de nuevo la herida y empapó uno de los paños con el alcohol. Al limpiar la carne lacerada, notó que él daba un respingo y tensaba todo el cuerpo.

Controló el temblor de sus manos mientras llevaba a cabo la cura, que trató de hacer con suavidad. Tampoco era tan mala pécora como para causarle más dolor del que sabía que sufría, por mucho que él intentara disimularlo.

—La bala se ha llevado un pequeño trozo de carne, pero no reviste gravedad. Prepárate, voy a echar whisky —avisó, y esperó a que él inspirara aire antes de verter un buen chorro en el corte, que ella mantuvo abierto unos segundos, para desinfectarlo a conciencia. Oyó rechinar los dientes de Patrick y casi se apiadó de él—. Lo siento.

Weymouth estaba mareado. Era cierto que la herida no iba a matarlo, pero dolía, notaba que empezaba a perder la sensibilidad en el brazo y el escozor era un suplicio. Ahogó una palabrota y sacudió la cabeza para despejarse; se le empezaba a nublar la visión.

Debilitado o no, era muy consciente de la proximidad de Liliana, de sus pequeñas manos sobre su piel, del suave aroma que desprendía su cabello, del roce de los mechones que se habían soltado de su peinado, cada vez que se inclinaba sobre él.

—¿Cómo es posible que alguien que está sucia de barro de la cabeza a los pies huela tan bien?

Lili cruzó la mirada con él y arqueó una de sus rubísimas cejas.

«¿Lo he preguntado en voz alta? ¡Joder! Debo de estar más atontado de lo que creía».

—Por suerte, no hará falta coser la herida.

—A Dios gracias, porque no creo que la costura sea una de tus habilidades.

—No lo es. Pero tengo otras.

—Ya. Andar por callejuelas infectadas de rateros, codearse con la flor y nata de los barrios bajos, entrar en Newgate como si fuese el salón real...

—¿Alguna vez te han dicho que eres un cretino?

Pete, al entrar de nuevo en el cuarto, cortó la discusión de raíz.

—He dejado algo de ropa en la habitación. Siento que no sea tan elegante como la que llevan —comentó con cierto sarcasmo, echando un vistazo a las prendas masculinas de la muchacha—, pero está seca.

—Gracias, señor Somerset, es usted un tesoro.

—¿Cómo va eso?

—Listo —sonrió la joven, que hizo un nudo para fijar el vendaje—. ¿He de soñar con que también ha dejado algo de agua para lavarnos?

—Ni en sus mejores sueños, milady, permitiría que se pusiera la ropa de mi difunta Molly sobre tanto barro. ¿Puedo saber qué les ha sucedido?

—Dispararon a lord Weymouth —dijo ella.

—Dispararon a lady Liliana —aseguró él al mismo tiempo.

Se quedaron mirándose sin querer dar marcha atrás ninguno de los dos. Pete, por su parte, dejó

escapar un silbido entre los dientes.

—No es por molestar, pero ¿no son ya mayorcitos para seguir peleándose como cuando eran unos críos?

Liliana no quiso tomar el testigo. A ella jamás la habían atacado, nadie tenía motivos para hacerlo, así que no iba a dar su brazo a torcer. Dio un beso al viejo en la mejilla, agradeciéndole su ayuda, y se fue al otro cuarto.

Los ojos verdes de Patrick siguieron el contoneo de sus caderas sin disimulo alguno.

—Se ha convertido en una damita preciosa, ¿no es cierto, milord?

—Más bien en una penitencia —gruñó él. Tomó la botella y bebió un trago largo.

Apenas diez minutos después, Lili regresó y a Weymouth se le escapó una sonrisa divertida. La difunta Molly había sido una mujer de cierto peso, y el vestido le quedaba tan holgado que parecía un saco de patatas. El tono verdoso de la burda tela tampoco le iba demasiado bien a su cutis. Eso sí, Lili se había lavado el cabello, lo llevaba recogido en una coleta de caballo y, bajo la luz de los candiles, refulgía como si fuera de plata.

—Estás para enamorar —bromeó Patrick.

—No me interesa enamorar a nadie. Te he dejado suficiente agua en el cubo para que te quites toda esa mugre de encima —concluyó, yendo a sentarse junto a Somerset frente al fuego que acababa de avivar.

El vizconde contuvo el acceso de risa, se levantó y, con paso algo inseguro, se dirigió a la habitación.

Pete esperó a que cerrase la puerta antes de decir, en voz muy baja:

—¿La bala iba para él o para usted, milady? Porque no se han puesto de acuerdo.

—No veo quién querría dispararme.

—¿Cualquiera que sospechara lo que se trae entre manos, tal vez?

Liliana arrugó el ceño. Somerset sabía que era la autora de los pasquines agitadores porque él mismo le había facilitado la dirección, hacía tiempo, del hombre que podía ayudarle a imprimirlos y distribuirlos.

—Imposible. Samuel y su esposa no abrirían la boca, confío plenamente en ellos.

Afuera, escucharon el relincho de un caballo. Lili salió y tardó unos minutos en volver a entrar, de nuevo empapada. Se sacudió como un perro con pulgas y se acercó al fuego frotándose las manos.

—Era mi montura, la he atado en el cobertizo. Del caballo de Weymouth no hay ni rastro, espero que no haya caído a una zanja.

—No me refiero a ellos. —Somerset retomó la conversación—. Sé lo mucho que les ayuda para mantener a flote la casa de acogida, nos carteamos de vez en cuando. Por cierto, ¿es verdad que hace poco se llevó a una niña con usted?

—En realidad, fue Barbara, la pupila de mi tío, lord Maine, quien se hizo cargo de la niña. Estaba muy enferma.

El vejete fue a decir algo, pero escucharon un objeto que se estrellaba contra el suelo y una maldición, y Lili se levantó de inmediato, temiendo lo peor.

Patrick había tratado de apoyarse en la cómoda, aquejado de un repentino vahído; la torpeza de sus movimientos lo llevó a tirar una antigua pistola de colección que descansaba sobre ella y la peana en la que se sustentaba. Había conseguido, con fuerza de voluntad, quitarse las botas, los pantalones y los calzones. Lavarse, aunque el agua estaba fría, fue una bendición, pero, tras el esfuerzo, se sintió tan mareado que todo el cuarto comenzó a darle vueltas.

Y así lo encontró Lili cuando, asustada, abrió la puerta... y se quedó sin aliento. Patrick era atractivo vestido, asombroso a medio vestir, soberbio en su desnudez. No pudo, ni quiso, prohibirse echar un largo vistazo a su amplia espalda, a sus fuertes piernas... a sus increíbles y prietas nalgas, aunque se sonrojó por su propio descaro.

«¡Qué diablos! Esto no lo ve una todos los días».

Los segundos transcurrieron sin que ella se diera cuenta, hasta que escuchó el gemido del vizconde, justo antes de caer redondo al suelo.

Capítulo 9

El rayo de sol que se colaba a través de los cristales de la ventana, incidiendo en su cara, lo obligó a abrir los ojos. Parpadeó confundido hasta situarse. Se incorporó y soltó una palabrota de grueso calibre, cuando la herida del brazo, que tenía en cabestrillo, le dio un pinchazo.

—¿Cómo te encuentras? Mejor, imagino; alguien que rebuzna así, es que está recuperado.

No se molestó en responder a la pulla. Echó la sábana a un lado para levantarse de la cama... y, jurando de nuevo, volvió a cubrirse.

—¿¿Dónde demonios está mi ropa?!

—Tengo un oído finísimo, no hace falta que grites.

Patrick apretó los dientes para evitar que se le escapase otra blasfemia. ¡Estaba desnudo! ¡Desnudo, por el amor de Dios! Y Lili, sentada a los pies de la cama, lo miraba con una sonrisilla divertida que le hacía temer lo peor. Lo último que recordaba era haber sucumbido a un pozo negro que se lo tragaba. Luego, nada. ¿Quién lo había metido en el lecho? ¿Somerset? ¿Ella? Se le fue el color de las mejillas al imaginar que podía haber sido así. No se atrevió a preguntar; oídos que no escuchaban...

—¿Y los caballos?

—Tu jamelgo, no lo sé.

—¿Jamelgo? Saladino es uno de los mejores caballos que...

—... que te dejó tirado, ya —cortó ella.

Patrick se guardó la respuesta. No temía por el animal, estaba bien entrenado y, con seguridad, habría regresado al abrigo de las caballerizas de Hardstone Manor. Lo que le inquietaba era que Lili hubiese pasado allí la noche. El duque debería estar peinando Inglaterra para encontrarla. Tenía que acompañarla a Hatfield Manor sin pérdida de tiempo y explicarle a su padre lo sucedido.

—¿Quieres acercarme mi ropa, por favor?

—Deberías quedarte un poco más en la cama, no sería agradable que te desmayases de nuevo. —Se levantó, se acercó y le puso una mano en la frente—. No tienes fiebre.

Patrick, escuchándola, perdió más el color. Así que no había errado en sus apreciaciones, había sido Lili la que le auxiliara cuando perdió el conocimiento. Otro, en su lugar, se lo habría agradecido. No él, desde luego. Porque la actuación de aquella descarada muchacha solo podía

causarle problemas. Y gordos. Por mucho que Somerset ocupase la cabaña, si Hatfield sospechaba, solo sospechaba, que su hija le había atendido encontrándose en cueros, iba a arrastrarlo al altar con grilletas en los tobillos.

—Mi ropa, Lili.

Ella se encogió de hombros, salió y regresó con las prendas que dejase junto al hogar. Estaban aún algo húmedas. En lugar de entregárselas, se quedó mirándolo. Parecía encontrarse bastante bien.

—No entiendo las prisas. A Somerset no le importará que ocupes su cuarto unas horas más.

—Es tu padre quien me preocupa. Y tengo cosas que hacer.

—Mi padre ha ido a Croydon. A mamá le pareció bien que, tras avisar de lo sucedido, me quedara a velarte. No pongas cara de haber visto un fantasma, no podía desaparecer sin más; en cuanto remitió la tormenta, monté y me acerqué a casa para tranquilizarla.

—Y le has explicado que...

—Que te disparó un cazador furtivo. Puede que fuera uno, ¿verdad?

—Muy posible —afirmó, aunque maldito fuese si él conocía a un furtivo cazando en medio de una tormenta como la pasada.

—Así que me estás diciendo que a tu madre le ha parecido estupendo que su amada hija decidiera pasar la noche fuera de casa, en compañía de un hombre.

Lili lo miró como si fuera idiota.

—Mi madre te conoce desde que naciste, siempre has sido como otro hijo para ella. ¿En qué estás pensando?

—En que me puedes buscar la perpetua si te lo propones, en eso estoy pensando.

—¿Y de qué modo puedo yo busc...? —Sus ojos azules se convirtieron en dos rendijas que rezumaban cólera—. ¡Serás mezquino! ¿Acaso imaginas que puedo aprovechar la situación para pescarte?

—No serías la primera mujer que urde algo así para conseguir esposo.

Liliana abrió la boca dispuesta a rebatirle, pero volvió a cerrarla. Inspiró hondo para calmarse antes de cometer una locura y acabar con lo que no hizo el hombre que les disparó.

—Mi tío Alan me enseñó una cosa: no merece la pena gastar saliva en explicarle las cosas a un imbécil. Y tú, Weymouth, eres un completo necio —declaró, al tiempo que le tiraba sus ropas a la cara, saliendo después del cuarto hecha un basilisco.

Patrick saltó de la cama y se apresuró en vestirse como mejor pudo. Le irritaba temer lo que, aunque ella lo negase, pudiera acarrearles aquella noche. Lo considerara lady Hatfield o no como un hijo, no implicaba que se olvidasen las normas sociales y el decoro. Cualquier damisela, por un simple beso, podía verse envuelta en un escándalo, hasta era factible que las malas lenguas arrastrasen su nombre por el lodo; mucho más si la dama en cuestión pasaba una noche en compañía masculina. Los cotilleos no discernían si la infracción era debida a causas loables o no. Sin embargo, se le escapó una sonrisa mientras se acababa de abrochar la chaqueta. Desde luego

era imposible aburrirse al lado de Liliana.

Capítulo 10

Aquella noche el club estaba bastante animado.

Patrick echó una última mirada a la partida de whist que se llevaba a cabo en una de las mesas. No le interesaba en absoluto si lord Benson ganaba una fortuna o el vicio por el juego hacía perder hasta los calzones a lord Haven. No estaba allí por eso. Buscó entre los asistentes al hombre al que había ido a ver y acabó por descubrirlo al fondo de la sala, ocupando una de las mesas junto al ventanal. Torció el gesto al advertir quién era su acompañante.

Su relación con Kenneth Baker, vizconde de Maveric, por mucho que se negase a utilizar ese título[3], era cordial. Ambos tenían metas comunes y ya habían colaborado en un par de casos. La afabilidad, sin embargo, no asomaba tratándose de Alan Chambers, vizconde de Maine.

No siempre fue así. Cuando era un muchacho, el segundo hijo del difunto duque de Hatfield había sido un buen amigo, alguien en quien mirarse y apoyarse tras la muerte de su hermana. Incluso aprendió, bajo su tutela, a emplear los puños. Pero las cosas se torcieron, años después, por culpa de una mujer: Laura Brandauer. Ni Alan tenía demasiado interés en ella, ni él bebía los vientos por aquella viuda de cuerpo escultural, mirada lánguida y artes amatorias que ya hubiesen querido tener muchas meretrices. A pesar de todo, debido a la cabezonería de ambos, acabaron discutiendo. Una porfía estúpida que los distanció. Luego, cada uno tomó un camino distinto: Chambers se unió a la contienda contra Napoleón, y él ofreció sus servicios como espía, llevando a cabo sus operaciones en territorio francés. Volvieron a verse al regresar ambos a Inglaterra, pero, bien porque Maine continuaba sintiendo animosidad hacia él, bien porque él mismo no quería dar marcha atrás, continuaban sin hablarse. En un concurso de terquedad, quedarían en tablas.

Fuera como fuese, necesitaba entrevistarse con Sheringham aquella noche, de modo que fue hacia la pareja. Antes de poder acercarse, un sujeto se interpuso en su camino.

—Lord Weymouth, ¿me concede un minuto? —Patrick intentó recordar de qué lo conocía; le sonaba aquel rostro mofletado surcado de venillas rojas—. Espero que ese cabestrillo no implique nada de gravedad. Lo siento, no hemos sido presentados formalmente: Robert Sanders, mi padre es el conde de Silverstein. —Ofreció una mano que Patrick estrechó.

—Un placer. Lo siento, pero me esperan.

—Solo será un segundo. Estoy interesado en adquirir un buen caballo y me han dicho que usted

posee uno inmejorable.

—Si se refiere a Saladino, no podría pagarlo.

—Le aseguro que puedo hacerlo —afirmó Sanders, sus oscuros ojos convertidos en dos rendijas.

—Perdón. Me he expresado mal, le ruego que no tome mis palabras como un insulto. Quería decir que el caballo no está en venta, señor. Ahora, si me disculpa...

Se alejó hacia su objetivo sin poder ver el gesto furioso que desfiguró el rostro del otro.

—Weymouth —saludó el barón, que se levantó y le estrechó la mano a la vez que señalaba el cabestrillo que le inmovilizaba el brazo—. ¿Qué ha sucedido?

—Buenas noches, Sheringham. Un accidente sin mayor importancia.

—¿Qué quería ese tipo con el que hablabas?

—Una montura.

—¿Saladino? No estarás pensando en venderlo, ¿verdad? Si es así, tengo preferencia.

—Por descontado que no voy a venderlo. Aunque parecía muy interesado, tanto como para insinuarme que podría pagar cualquier precio.

—Seguro que sí. Me encantaría saber de dónde diablos saca el dinero. Su padre es rico, pero no lo suficiente como para hacer frente a tanto vicio, y él gasta a manos llenas.

—Me gustaría, si es posible, que hablemos un momento.

—¿Ni siquiera vas a saludarme?

La pregunta, con tintes de ironía, provenía de Maine.

—La última vez que lo intenté, me volviste la espalda.

—Lo hice, ¿verdad? —Se repantingó en el sillón y sonrió como un maldito corsario—. Admito haberme equivocado, si eso te alivia. El otro día y en el pasado. Vamos, siéntate, tomemos una copa y olvidemos viejas rencillas —invitó, señalando uno de los sillones—; lady Brandauer es agua pasada, hombre, no merecía que discutiéramos.

Patrick lo miró con cierta reticencia, pero acabó por ocupar el asiento. Sheringham hizo señas a uno de los camareros para que les trajera otra copa y, un minuto después, los tres debatían si era buena idea volver a dar una batida para buscar a la hija de Bronson.

—¿Qué hay de tu posible informador? —Quiso saber Sheringham.

—Se niega a decir ni media palabra. Le he ofrecido, incluso, sacarlo de prisión y darle dinero para que se marche de Londres, pero teme las represalias.

—Si no colabora, acabará en la horca.

—Lo sabe.

—Mándame aviso en cuanto sepas algo.

—Y a mí, si necesitas ayuda con Liliana —pidió Alan.

Aquel nombre agrió el gesto a Patrick. Hacía una semana que no se veían por culpa de la herida de su brazo. Siete días, ciento sesenta y ocho horas durante las cuales había evocado sus ojos, su cabello, su cimbreante cuerpo y la agudeza con que discutía. Lili era una mezcla explosiva de

dulzura y agresividad que lo desconcertaba: pura melaza unas veces, e insolente, otras; humana y pacífica mientras ayudaba a los demás, intransigente y belicosa ante las injusticias. Única.

Al menos, el contratiempo sufrido había conseguido que ella le prometiera no salir sola, esperar a que él se recuperase. Y eso, viniendo de Lili, ya era un milagro.

No se molestó en hacerse el despistado ante Maine, sabía que los Chambers no guardaban secretos entre ellos; el duque habría puesto a su hermano sobre aviso de que él hacía de guardaespaldas de la muchacha.

—Lo tengo todo controlado.

—¿Con Lili? ¡No me hagas reír, Weymouth! Ándate con mil ojos si no quieres que te la juegue, es una experta en burlar la vigilancia. Conrad está loco por encontrarle un marido, pero ¿qué hombre cabal iba a querer cargar con una fierecilla semejante?

—No es tan indomable. —No supo por qué, pero se vio en la obligación de defenderla.

—Y los marranos van de etiqueta —zanjó Alan al tiempo que se levantaba—. Daría mi vida por ella, pero es astuta como un zorro cuando quiere salirse con la suya, así que, repito: ten mil ojos. Caballeros, se me ha hecho tarde. Si me necesitáis para cualquier cosa, ya sabéis dónde encontrarme. —Estrechó la mano de ambos, pidió su capa y su sombrero y les deseó buenas noches.

A solas ya, Sheringham miró a Patrick con el ceño fruncido. No se le escapó que le brillaron los ojos al hablar de Liliana y deslizó con guasa:

—Preferiría volver a luchar contra el corso antes que tener que proteger a la sobrina de Maine.

Capítulo 11

La tranquilidad se acabó para Patrick dos días después, al recibir una nota que le indicaba que Liliana quería ir a visitar, por fin, la casa de acogida. Lo que significaba volver a tener que adentrarse en los arrabales. Nunca era prudente hacerlo; los agentes de la ley apenas se dejaban ver y las calles eran un ir y venir constante de gente nada recomendable. Mucho menos, hacerlo a la caída de la tarde, cuando muchas de las mujeres que se dedicaban al comercio de la carne iban a la búsqueda de clientes, y sus proxenetas las vigilaban a la entrada de las tabernas. A esas horas, la mayoría de los ruinosos negocios legales, regentados por personas que habían escapado de la miseria en zona rurales, ya habrían cerrado. Irrumpir en Whitechapel, de todos modos, fuera la hora que fuese, podía significar perder el cuello porque los cientos de indigentes que pululaban por sus calles buscaban cualquier víctima propicia para afanarle lo que llevara encima. A pesar de todo, no podía negarle a Lili que, con ropas vulgares, era más fácil pasar desapercibidos. También él se había internado en algunas ocasiones en el barrio vestido como un simple marinero.

No iban en el carruaje ducal, sino en otro más pequeño y sin distintivos; Patrick no tuvo que devanarse los sesos para adivinar que ese era el que utilizaba Lili en sus manejos. Michael hizo frenar a los caballos al inicio de Leman Street, esperó a que se apearan y volvió a ponerlos en marcha. Como según parecía hacer siempre el fiel cochero de Lili, aguardaría el regreso de la joven dando vueltas por el barrio, para no llamar la atención, pero atento a lo que sucediera. Iba armado, de manera que actuaría al mínimo atisbo de problema.

También él iba preparado para cualquier contingencia. Notaba la pistola en la parte trasera de su pantalón, oculta bajo la chaqueta y la capa, y era consciente del roce de la daga en su bota derecha. Así y todo, se sentía intranquilo. Porque no era su cuello el que se jugaba esa noche, era el de Liliana si las cosas se torcían.

Maldijo no tener las manos libres, pero no le había quedado otra que hacerse cargo de los bultos que llevaban, poco pesados pero voluminosos, que Liliana había hecho poner en el carruaje antes de salir de Hatfield Manor; se estaba convirtiendo en una costumbre que él ejerciera de porteador. Menos mal que había prescindido del cabestrillo y apenas le molestaba el brazo.

El edificio se caía de viejo y la puerta estaba astillada. Lili llamó, aplicando a ella los nudillos. Al cabo de un momento, descorrieron la diminuta ventanilla por la que se filtró la mortecina luz de un candil, volvieron a cerrarla y escucharon abrirse el pasador. Patrick se encontró entonces frente

a un sujeto alto, delgado, cuyo rostro poco amistoso cambió de inmediato al dirigirse a la muchacha.

—Milady. No la esperábamos esta noche.

—He traído algunas cosas —dijo ella, esbozando una sonrisa de oreja a oreja, a la vez que se internaba en un oscuro corredor—. ¿Va todo bien?

—Sus últimos regalos nos vinieron de maravilla, milady. Pero no debería venir por aquí, se lo he dicho muchas veces; se arriesga demasiado.

—Como ves, vengo bien acompañada. Él es... —miró de reojo el gesto avinagrado de Patrick— mi guardaespaldas.

—Un placer. Samuel Foster, a su servicio.

Cerró el portón y le liberó de parte de la carga para, después, guiarles hacia el interior. Atravesaron una habitación grande en la que había un buen número de jergones. La escasa luz que emanaba del quinqué apenas le dejó ver a Patrick quiénes los ocupaban, pero sí pudo distinguir a una mujer aún joven que, sentada en una vieja butaca, mecía sobre sus rodillas un pequeño cuerpo que lloriqueaba. Liliana la saludó alzando una mano y ella correspondió con una inclinación de cabeza.

Patrick se sintió como un intruso y se le contrajo un músculo de la cara. No era ajeno a las dificultades de gentes como aquellas, pero, cada vez que se daba de bruces con una imagen semejante, se lo llevaban los demonios.

Accedieron a un cuarto pequeño cuyo mobiliario se componía de un catre adosado al muro, una mesa redonda y dos sillas; en una de las paredes, varias estanterías llegaban hasta el desconchado techo. Foster dejó los paquetes en la mesa, desenvolvió el primero y asintió al ver las immaculadas sábanas dobladas. Tras ellos, entró la mujer que Patrick viera un momento antes.

—En el otro hay ropa para los chiquillos. —Oyó que le decía Lili.

—Es nuestro ángel salvador, milady.

—Mi acompañante te ayudará a colocar todo mientras Samuel me muestra cómo van los arreglos de la cocina. No te importa, ¿verdad, Weymouth?

En la casa no había cocina, se guisaba sobre unos hornillos colocados en uno de los rincones de la habitación principal. Pero eso Patrick lo desconocía, de modo que consintió porque no podía hacer otra cosa. No le gustaba un ápice perder a Liliana de vista, pero en aquella casa parecían estar a salvo. Samuel salió con ella a la zaga y él no tuvo más remedio que empezar a colocar la ropa de cama en las baldas más altas, según le iba indicando la mujer.

Weymouth nunca podría haber imaginado que Foster, tras meterse con Lili en un cuarto adyacente, hacía girar uno de los soportes adosados al muro para colocar los quinqués. Ella, entretanto, buscaba ya en el interior de su bolso. Un chasquido, la apertura de una puerta disimulada en el muro, y apareció otra habitación en la que ambos entraron. Él depositó la lamparilla que llevaba en la mano en otro soporte, clausurando el escondrijo en el que se encontraba una imprenta, tan vieja, que podía haber pertenecido al mismísimo Gutenberg.

—Si es posible, deberían distribuirse dentro de un par de días. ¿Podrás tenerlos? —preguntó la muchacha, que le entregó tres cuartillas.

Foster dio un vistazo a los papeles en tanto Lili hurgaba aquí y allá, revisaba las planchas, toqueteaba los moldes y comprobaba si tenía suficiente papel y tinta para llevar a cabo el trabajo. No había escrito demasiado en cada cuartilla, solo unas cuantas frases. Pero tan rotundas que iban a provocar un terremoto.

—Cada vez son más incisivas, milady.

—Deben serlo. La Cámara de los Lores está revuelta, amigo mío. Hemos conseguido que muchos se pongan en contra de las directrices del Gobierno, que exijan mejoras, azuzados por las protestas ciudadanas. Por lo que sé, en la última reunión los ánimos estaban bastante exaltados; tanto, que un par de lores llegaron a las manos. —Sonrió con gesto travieso.

—¿Es consciente de lo que se juega, milady?

—Lo soy. Pero ahora no podemos abandonar, estamos a un paso de que el regente ceda. Ni siquiera él puede hacer oídos sordos a las exigencias de la Cámara.

—Por ahí se dice que han encargado a varios agentes la búsqueda del autor de los pasquines. Están haciendo preguntas. Si la descubren, ni siquiera su padre, el duque, podrá librarla de un buen disgusto, por decirlo de un modo suave.

Lili hizo un gesto vago, agarró el candil, movió el soporte y abrió la puerta del cuarto secreto.

—Olvídate de si yo acabo o no en un calabozo —dijo antes de salir—. Hay causas por las que merece la pena arriesgarse.

Capítulo 12

Al abandonar la casa, después de que Lili prometiera a la pareja regresar en breve con más provisiones, ya había oscurecido y les sorprendió una ligera llovizna. El carruaje conducido por Michael no se divisaba por ninguna parte y, desde una taberna cercana, les llegaron las voces y risotadas de los animados parroquianos.

—¿Dónde se ha metido tu cochero?

Liliana se echó sobre la cabeza la capucha de la capa. En lugar de contestar, echó a andar; Patrick la siguió sin dejar de mirar a un lado y otro. Tanteó la pistola, con el corazón en un puño, con el aciago presentimiento de que iban a tener dificultades. Como si el destino lo hubiera escuchado, la puerta de la cantina se abrió de par en par y ellos quedaron enmarcados en el halo de luz que provenía del interior. De inmediato, Weymouth agarró a la muchacha de un brazo y la arrastró hacia las sombras, protegiéndose de la lluvia bajo el alero de un edificio.

—¡Pero qué...!

—Estate calladita un segundo, ¿quieres?

Del establecimiento salieron tres fulanos de aspecto descuidado. Uno se tambaleó, a punto de irse al suelo, mientras los otros dos, entre risas y comentarios soeces, trataban de mantenerlo derecho. El primero no era un problema; los otros sí porque, bebidos o no, los acababan de descubrir.

Al vizconde no se le ocurrió otra cosa que pegar la espalda de Liliana al muro, envolverla en sus brazos y besarla en el cuello, haciéndose pasar por una pareja que aprovechaba un momento de intimidad, de modo que ella quedara oculta a los ojos de aquellos individuos.

La hija de Hatfield no lo esperaba. Durante unos segundos se quedó atónita, sin poder reaccionar al contacto de aquel cuerpo que la aprisionaban, que la envolvían en un capullo protector y, menos aún, al estremecimiento que la noqueó al contacto de los labios de Patrick. ¡Cuántas veces había soñado con estar así, entre sus brazos! Desde que era una adolescente se había preguntado cómo sería unir sus labios a los de él, qué sentiría. No estaba preparada para el seísmo que le produjo su cercanía. Notó que le temblaban las rodillas, que mil mariposas revoloteaban en la boca de su estómago, que se le endurecían los pezones... No pensó en que se encontraban en medio de la calle, con la lluvia que repiqueteaba sobre los tejados y la mirada febril de tres sujetos que, sin ella imaginarlo, acababan de encorsetarla en la categoría de

buscona. Lo que hizo fue sujetarse con fuerza a la capa de Patrick; luego, deseando un contacto más íntimo, metió sus manos bajo ella para posarlas en su pecho. No entendió qué le estaba pasando, pero necesitaba aferrarse a él porque notaba que las piernas no la sujetaban.

Patrick sí era consciente de dónde estaban, pero, así y todo, se perdió su capacidad de raciocinio bajo el calor que le produjeron sus pequeñas manos. Deseaba besarla. Besarla de verdad. Debía de estar perdiendo la cabeza, pero le era perentorio. Tenerla tan cerca que ni un suspiro podría pasar entre sus cuerpos, lo desequilibró. Notaba las suaves formas de Lili adheridas a su tórax, olía el perfume de su cabello, escuchaba su acelerada respiración... Su boca estaba tan cerca... Tan cerca... ¡Tan condenadamente cerca!

Mandó la sensatez al infierno y se apoderó con glotonería de sus labios, húmedos por la lluvia. Y ella respondió a la caricia. A partir de ese instante, el mundo entero se evaporó, se encontró envuelto en una nebulosa, no escuchaba nada salvo el errático bombeo de su corazón en las sienas. Mordisqueó aquellos labios jugosos que se le entregaban, la apretó más contra él y, sin darse cuenta, dejó libre el demonio de la lujuria.

Se había dicho mil y una vez que Liliana Chambers no le interesaba como mujer, que sería la última fémica por la que podría sentirse atraído, que preferiría ser torturado antes que caer víctima de sus claros ojos de gata. ¡Pero la estaba besando como si no hubiese otra cosa en el mundo más que aquella boca!

—¡Oye, hermano! —graznó uno de los tipos, acercándose a ellos—. Deja algo *pá* nosotros. Seguro que esa zorra *pué* atendernos a los cuatro.

La grosería fue como un aldabonazo que obligó a reaccionar a ambos, bajándoles de golpe a la tierra, evaporando el mágico momento. Los tres sujetos estaban apenas a tres pasos de ellos.

Patrick se dio la vuelta y dejó a Lili a su espalda, echó mano de la pistola y la puso de parapeto entre ellos y los rufianes.

—Largo.

—¡Venga, hombre, no hay que ser egoísta!

—Largo, he dicho —repitió, con un tono de voz tan amenazante que no les dejó lugar a dudas.

El que se había caído al suelo, viéndose de pronto sin el apoyo de sus compinches, volvió a irse de bruces al empedrado. Los otros dos se lo pensaron mejor ante la visión del negro agujero del arma que les apuntaba. Al parecer, debieron entender que siempre era más conveniente acabar la noche sin una mujer que ocupar una fosa en el cementerio, de modo que levantaron a su amigo como pudieron y se marcharon refunfuñando calle abajo.

Michael apareció en ese instante conduciendo el carruaje, y Patrick instó a una Lili aturdida a subir.

—Lamento el retraso, pero ha volcado una carreta y he tenido que dar un rodeo. ¿Han tenido problemas, milord? —Se interesó el empleado del duque.

—Nada que deba salir en los periódicos. Póngase en marcha.

Dentro ya del vehículo, Lili pareció recobrar la cordura. Bajo la tenue luz del candil que

colgaba de un costado de la cabina, Patrick pudo apreciar que tenía las mejillas sonrojadas. La vio recolocarse la capa, ajustándola a su cuello, y removerse como si acabara de encontrar cardos en el asiento.

—Discúlpame —murmuró, sin mirarle de frente—, no pretendía...

—Olvídalo.

—Yo...

—Olvídalo, Lili —zanjó él.

Durante unos minutos, mientras el coche traqueteaba sobre el empedrado, ambos guardaron un prudente silencio. Ella notaba que le ardía la cara de vergüenza.

«¡¿Cómo me he atrevido a ofrecerme de un modo tan descarado?!».

Sabía que Patrick no tenía buena opinión de ella, que pensaba que era una bala perdida, que le recriminaba no seguir las tediosas directrices que debía practicar toda aburrida dama de buena cuna. Bueno, pues acababa de regalarle un motivo más para denostarla.

Weymouth, por su parte, estaba confundido. ¡A quién se le ocurría besarla de aquella forma! Le había faltado poco para alzarle las faldas y... Casi agradeció a aquellos tunantes la interrupción, porque se daba cuenta de que había perdido la cabeza por completo. Sí, aquella muchacha era capaz de hacerle actuar de un modo irracional y hasta indecente, cuando no era su estilo. No entendía cómo era posible; a pesar de su belleza, no quería nada con ella. Al menos, su cerebro opinaba así. Otra cosa era lo que le pedía el cuerpo teniéndola cerca.

—Que sepas que no me arrepiento —dijo ella de pronto.

Para Patrick fue como si acabara de darle una bofetada: lo enfureció.

—Pues deberías —gruñó, sin mirarla, atisbando por entre la cortinilla para no enfrentarse de nuevo con sus ojos azules.

—¿Por qué?

—¡Maldita sea, Lili! —golpeó el asiento con el puño, intentando descargar su frustración—. Una dama no hace ciertas cosas.

—Entonces diremos que no soy una dama al uso.

—En eso estamos de acuerdo.

—Y un caballero no se aprovecha de las circunstancias, Weymouth, de modo que no tienes nada que recriminarme. Más bien diría que estamos en tablas.

El vizconde abrió los ojos como platos. ¿Se estaba atreviendo ella a culparle de lo ocurrido? ¡Era el colmo de la desfachatez! Se había abrazado a él, sus manos habían acariciado su pecho, incitándolo, y ¿aún lo culpaba de haberse propasado? ¿Qué creía ella que era? ¿Un monje? Nunca había tomado nada que no le ofreciera una mujer y nunca lo haría, pero ella casi se le había echado encima. Se inclinó hacia adelante hasta casi rozar su nariz con la de Liliana que, con prudencia, se pegó al respaldo de su asiento.

—Una palabra más, Lili, y te estrangulo.

—¿Tanto te ha desagradado no poder resistir la tentación de besarme? Porque es eso, ¿verdad?

No querías hacerlo y yo te he provocado porque soy una desvergonzada. Atrévete a decirlo.

Desagradado, decía la muy insolente. Bien sabía Dios que no se trataba de rechazo, sino todo lo contrario; por él se hubiera quedado en aquel callejón toda la noche, saboreando sus labios. Paseó la mirada por sus ojos, por su rostro perfecto, por su boca que temblaba, aunque quería disimularlo. ¿Cómo hacerla entender que, lejos de aborrecer haberla besado, estaba deseando hacerlo de nuevo? ¿Cómo explicarle que iría de cabeza al fuego eterno por volver a saborear sus labios?

«Si esto es obra de Satanás, que me tienta, debe estar pasándoselo en grande, el muy cabrón».

Al instante siguiente la agarraba de los brazos, la arrancaba del asiento y la sentaba sobre sus rodillas.

Lili dejó escapar una exclamación, mezcla de asombro y deleite, y no pudo decir nada antes de encontrarse, de nuevo, con la boca de Patrick devorando la suya. Se le espesó la sangre en las venas mientras respondía a la caricia con toda su alma, le echó los brazos al cuello y le mordisqueó el labio inferior.

«Al cuerno todo», se dijo, pegando sus pequeños pechos a la musculatura de Patrick.

Una mano masculina indagó debajo de sus amplias faldas, unos dedos acariciaron su muslo por encima de las medias. El vizconde se frenó un instante al llegar a la liga, que tanteó con la yema del índice. La respiración de Lili se volvió más rápida, empezó a dejar escapar unos gemiditos de lo más enloquecedores, le acarició la nuca para instarle a profundizar el beso... Se separó de ella unos segundos, medió ahogado por el arrollador deseo que lo impulsaba a tomarla allí y en ese instante. Lili tenía los ojos cerrados, los labios húmedos, las mejillas arboladas. Era lo más hermoso que había visto jamás, pero... De un manotazo le bajó las faldas y, antes de que pudiera hacer algo de lo que se arrepentiría más tarde, la devolvió a su asiento.

—Vas a acabar con mi salud mental.

Capítulo 13

Al llegar a Hardstone Manor, tras de haber dejado sana y salva a Liliana, Patrick se excusó ante sus padres y no asistió a la cena. Pidió a su ayuda de cámara, Barry Delaware, que le subiera a la habitación una ración de pastel de carne, o lo que fuera que encontrara en las cocinas, y se encerró en sus aposentos; su cabeza era un caos mientras se desnudaba y se ponía una bata. Aún le hormigueaban las manos recordando el tacto de la suave piel del muslo de Lili. Aún tenía el sabor de su boca en los labios.

«¡Aún estoy excitado, maldición!».

Delaware entró tras recibir permiso, con ese modo de andar tan peculiar, casi a saltitos, y depositó una bandeja con un par de emparedados y un vaso de leche caliente sobre la mesita junto al ventanal. Alto, delgado, de abundante cabellera pelirroja y grandes ojos grises; tan elegante que podría haber pasado por un noble.

—¿Leche? —preguntó el vizconde con el ceño fruncido—. ¿Le parece que soy un chiquillo para tomar un vaso de leche? Vaya a buscarme una botella de brandy.

—A mí no me mire, milord; es cosa de lady Hardstone. Un emparedado es de carne, y el otro, de queso. Si prefiere otra cosa...

—Déjelo, está bien así. Mi madre sigue viéndome como un niño de teta —gruñó.

—Igual es que se comporta como tal, milord.

Patrick arqueó sus oscuras cejas y sus ojos se convirtieron en dos gemas verde oscuro. Si cualquier otro le hubiera dicho algo semejante, ya estaría haciendo las maletas. Pero Barry Delaware era un caso singular del que no podría hacer carrera; aunque lo estuvieran ajusticiando no se callaría lo que pensaba; había sido siempre así, desde que entrara como ayuda de cámara de su padre, y así seguiría siendo. El conde, tan de la antigua escuela, tan recto y estricto siempre, no acabó de sentirse cómodo teniéndole revoloteando a todas horas a su alrededor, y él lo tomó a su servicio al regresar a Londres.

—¿Quiere hablar? —preguntó el criado mientras disponía la ropa que acababa de quitarse sobre el respaldo de una butaca, mirando la camisa con el ceño fruncido, antes de hacerla a un lado—. Parece que haya visto al mismísimo diablo.

—Más bien a una diablesa —repuso el joven, acomodándose frente a la bandeja.

—¡Ah! Tratándose de una dama, no cuente conmigo, arrégleselas usted solo.

Patrick, que acababa de dar un mordisco al emparedado de queso, no pudo por menos que echarse a reír, atragantándose. Barry se apresuró a darle unos delicados golpecitos en la espalda y él hubo de beber un buen trago de leche para que pasara el bocado.

—¿Puedo preguntarle dónde ha estado, milord? Temo que tenga que tirar la camisa, eliminar las manchas va a ser complicado.

—¿Manchas? ¿Qué manchas?

—Las de tinta —dijo, mostrándosela.

Patrick parpadeó, asombrado. Delaware no bromeaba: la costosa prenda estaba hecha un asco.

—¿Cómo diablos...!

«Liliana te ha abrazado».

El recuerdo lo golpeó dolorosamente y su cuerpo reaccionó sin proponérselo. Solo ella lo había tocado aquella noche. Solo ella. ¿Dónde se había metido para...? Cerró los ojos y se masajeó las sienes porque empezaba a notar un ligero dolor de cabeza. Uno a uno, rememoró cada paso que dieron él y la muchacha desde que Michael les dejó cerca de la casa de acogida. Liliana había estado fuera de su campo visual apenas unos minutos para, según ella, revisar las mejoras de la cocina. ¿Había tinta en una cocina?

Delaware lo miraba muy atento, sujetando la prenda delante de él.

—Tírela.

—Es una lástima, milord.

—Tírela y no haga más asunto —repitió en un gruñido—, no merece la pena. ¿Qué tal está Gordon? —preguntó para cambiar de conversación.

Los ojos del otro cobraron un brillo inusitado al escuchar el nombre. Se olvidó de la camisa, buscó la ropa para el día siguiente, la dejó preparada y solo entonces contestó:

—Tan hechicero como siempre, milord.

—Deberían mandar todo al carajo, marcharse de Londres y vivir su vida. Entre ambos han debido ahorrar lo suficiente y usted sabe que no saldría de Hardstone Manor con las manos vacías.

—¿Acaso no está conforme con mi trabajo, milord? —Se envaró.

—No diga disparates.

—Yo no le dejaría a usted, y Gordon estima demasiado al anciano marqués de Kenton. Tal vez cuando él falte...

—En fin, es cosa suya; sabe que pueden contar con mi ayuda.

—Lo sabemos. Pero procure, milord, que sus iguales no entiendan mal su generosidad, no todos admiten cierto tipo de afectos. ¿Necesita algo más?

—Nada, señor Delaware, gracias. Que descanse.

—Usted también, milord. Y hágame caso: sea quien sea la dama, olvídelas si quiere conciliar el sueño.

Patrick se quedó muy callado, la mirada fija en la puerta que acababa de cerrarse. Apretó tanto

los dientes que acabó doliéndole la mandíbula.

—Olvidar a Liliana. ¡Como si eso fuera tan fácil!

Podría haberlo conseguido de no haberse pasado la noche en vela imaginando cosas absurdas y haciéndose un sinfín de preguntas que, a la luz del día, le parecían ilógicas.

¿Seguro que la casa de Samuel Foster no era más que un lugar de acogida? Algo le decía que no.

¿El único motivo de las visitas de Lili era ayudar a los pequeños? Podría ser que tampoco.

Un sexto sentido le espoleaba a darle vueltas al tema porque, conociendo a la muchacha, no le extrañaba que pudiera estar llevando a cabo acciones clandestinas. Pero ¿cuáles?

No se quedaría tranquilo hasta saberlo todo de Foster; iba a indagar en su vida, remontándose hasta el día en que lo parieron si era necesario. No podía permitirse perder tiempo en eso, debía centrarse en el caso del secuestro, pero conocía al hombre que le haría el favor de investigar en su lugar.

Con total seguridad estaba haciendo una montaña de un grano de arena, era posible que no encontrara nada inmoral en la vida de Foster, que todas las elucubraciones se debieran a su calenturienta mente, que hubiera una explicación lógica para que Lili se hubiera manchado de tinta. Rezaba para que fuera así, para que todo fuera fruto de su imaginación y ella no estuviera metida en algo ilegal. Que aquella chiflada pudiera acabar dando con sus huesos en la prisión sería el escándalo del siglo, a consecuencia del cual el duque de Hatfield lo mataría. Y si no lo hacía él, lo haría Maine.

Con un fastidioso dolor de cabeza, bajó al comedor. Lo último que deseaba era analizar con su padre las noticias del diario *The Times* mientras desayunaban, una costumbre que nunca rompían cuando él se encontraba en la casa. Pero ya había faltado a la cena del día anterior, no podía hacerles otro feo. Se armó pues de paciencia, entró, saludó a su padre, dio un beso a su madre y revisó lo que había en cada bandeja preparada sobre el aparador. Se sirvió solo un huevo cocido, un poco de champiñón y una rebanada de pan.

El conde, luciendo una sonrisa de oreja a oreja, no sacó a relucir cualquiera de las noticias del diario, como solía hacer; se limitó a señalar con el mentón el sobre que habían dejado junto a su plato. Patrick se sentó, lo abrió sin dilación y arqueó una ceja.

—¿Un baile? No tengo tiempo para fiestas. Además, creía que los Rossington se encontraban aún de luto.

—Y así era, cariño —intervino su madre, tan radiante o más que su esposo—. ¡Pero es que Charles acaba de regresar! Ha sido un milagro. ¡Un auténtico milagro!

Patrick sintió que su pecho se expandía de alegría ante la noticia. Al menos, le llegaba un poco de luz entre tanta tiniebla. Dejó la invitación a un lado, se olvidó del desayuno y movió la cabeza

a un lado y otro, sin que la sonrisa abandonara sus labios.

—¡Por Dios, si todos pensábamos que había muerto en Francia!

—Junto a nuestra invitación ha llegado una escueta nota de Aurora. —Su madre se refería a la marquesa, de quien era buena amiga desde la infancia—. Al parecer, fue encontrado por unos campesinos que lo han estado cuidando todo este tiempo.

—¿Cómo es que no ha regresado antes?

—No recordaba quién era. Ha vuelto casado con la muchacha que le salvó la vida.

—Una campesina francesa —comentó Hardstone con el gesto torcido.

—Según Aurora, una criatura adorable.

—Sin clase —apostilló su esposo—. No tengo nada contra ella, que quede claro. Nos ha devuelto a Charles y eso es para estar agradecidos, sabes que siempre estimé al muchacho. Pero, por muy encantadora que sea esa chica, y es lógico que la vean así, Londres va a crucificarla.

—Los Rossington se encargarán de evitarlo. Y nosotros.

—Astrid, cariño, baja de las nubes. Esa chica no es más que una pueblerina y se ha casado con un vizconde, heredero de un marquesado. El linaje...

—El linaje está sobrevalorado, padre —interrumpió la perorata Patrick—. He luchado con hombres sin él que eran mejores que muchos de los botarates con los que te codeas en la Cámara. Por mi parte, estoy deseando conocer a la joven.

El conde resopló, olvidando que la condesa siempre le decía que era una fea costumbre, y dedicó su total atención al desayuno. Por su parte, Astrid alargó la mano para apretar la de su hijo, en un gesto agradecido. Amaba a su esposo, pero se regía por normas demasiado severas, que ella no compartía.

—¿Acompañarás a Liliana al baile? —preguntó.

Patrick cambió su gesto risueño por otro serio. Como la erupción de un volcán, volvieron a su cabeza los momentos pasados junto a ella, los besos, los gemidos... Y las dudas. Se le aceleró el pulso.

—¿Están invitados los Hatfield?

—¡Qué pregunta! —exclamó Hardstone— ¿Desde cuándo se olvida uno de incluir al duque en este tipo de acontecimientos?

Al joven se le atascó la saliva en la garganta. Se levantó y dijo:

—Perdonar que nos os acompañe, tengo cosas urgentes que hacer. En cuanto a Liliana, madre, imagino que, yendo en compañía de los suyos, no necesitará que yo la custodie.

Capítulo 14

Le apetecía acudir a la fiesta. La noticia de la milagrosa aparición del heredero de los marqueses de Rossington, tras haber llorado su muerte, bien merecía un baile. El evento iba a dar que hablar, sin duda alguna; todos debían estar deseando, no solo ver con sus propios ojos que Charles estaba vivo, sino poder opinar sobre la mujer que había traído consigo a Inglaterra.

Por un momento, mientras dejaba que Suzanne acabara de revisar su atuendo, recolocándole algún que otro mechón de cabello que ya se le estaba escapando del moño, sintió lástima por la joven. Londres era una jauría de hienas y, con seguridad, la observarían como a un bicho raro; tenía todas las papeletas para que fuera así: francesa y aldeana. Muchos habían perdido a seres queridos en la cruenta guerra contra Napoleón, ni siquiera los galos que escaparon de Francia y colaboraron para la caída del corso acababan de ser bien vistos. ¿Por qué iban a mostrarse más benévolo con una chica de pueblo llegada de aquellas tierras? No le gustaría estar en el pellejo de la nueva vizcondesa de Rowton.

Echó un último vistazo a la figura del espejo y se puso los guantes. El vestido de seda color marfil le quedaba primoroso. Otra cosa era la incomodidad que suponía soportar el maldito corsé que le impedía respirar con normalidad. Pero se estaba poniendo de moda, tenía aceptación entre las mujeres y las modistas empezaban a crear modelos que necesitaban su uso.

—Se me olvidó decírselo, milady: no he podido salvar sus guantes usados —dijo de pronto su criada, alcanzándole el bolsito, donde le había metido su carnet de baile.

—¿De qué hablas?

—Fue imposible limpiarlos. Gasté el zumo de seis limones para eliminar las manchas de tinta, milady, pero no hubo modo, lo lamento.

Liliana se la quedó mirando unos segundos, sin acabar de entender a qué se refería. ¿Tinta? Acabó por encogerse de hombros. Tenía muchos pares de guantes, perder uno no supondría un contratiempo. Le dio las gracias a Suzanne y salió de la habitación, no sin antes decir:

—No se te ocurra esperarme despierta, pienso quedarme hasta que me duelan los pies de bailar.

En el vestíbulo la aguardaban sus padres. Conrad Chambers iba y venía con las manos a la espalda, inquieto, mientras la duquesa se entretenía en disponer las flores de uno de los jarrones, lo que había hecho ya tres veces.

—¡Por fin! —exclamó Hatfield al verla bajar.

Lili le sonrió como solo ella sabía hacerlo, se tomó de su brazo y le dijo en tono mimoso:

—Eres un duque, papá; no tienes la obligación de llegar el primero a las fiestas.

—Tampoco el último, descarada. Sabes cuánto me desagrada ser el centro de atención y, gracias a tu tardanza, vamos a serlo cuando pisemos el salón de los Rossington.

—Tengamos la noche en paz, querido —terció Sarah Chambers, siempre presta a suavizar los enfrentamientos entre ambos.

Los duques comenzaron una animada conversación entre ellos apenas subir al carruaje. Conversación en la que la muchacha no intervino porque no le interesaba el asunto: algo relacionado con las recientes inversiones de su tío Alan. Ella iba pensando en otra persona; una que la enojaba y la excitaba a partes iguales. Notó que se le aceleraba el corazón al recordar, una vez más, las ardientes caricias de Patrick al abrigo de la intimidad del carruaje. No había podido echar de su cabeza esos momentos y, cada vez que se pasaba la punta de la lengua por los labios, le parecía estar besando los suyos. ¿Por qué le había pinchado? Desde luego, lo suyo no era saber estar calladita. Weymouth no era un petimetre al que poder espolear sin consecuencias.

«Ya está bien de engañarme: quería que volviera a besarme, ¡qué narices! Nadie pierde la virginidad por un par de besos. Y él ya lo habrá olvidado, he sido una más entre todos sus múltiples devaneos. ¡Al cuerno con él!».

Era muy posible que el vizconde hubiera echado en el olvido su coqueteo, pero ella, nada más traspasar las puertas del atestado salón y escuchar al lacayo anunciarlos, supo que le iba a ser imposible hacerlo. Decenas de rostros se volvieron hacia ellos, pero, entre todos, el único que vio fue el de Patrick Farraday; entre todos los pares de ojos, solo se quedó prendada de unos verdes que parecían esmeraldas; entre todas las sonrisas, solo le aceleró la sangre la de esa boca que la había besado.

«¡Que el demonio se lo lleve!».

Estaba tan atractivo que se le cortó la respiración y hasta tropezó con el ruedo de su vestido, viéndose obligada a apoyarse en el brazo de su progenitor.

—¿Estás bien, pequeña? —Se interesó el duque al advertir el sonrojo de sus mejillas.

—Sí. No ha sido nada.

Los anfitriones se acercaron a recibirlos y Lili consiguió articular un par de frases de agradecimiento por la invitación, y de felicitación por el regreso del heredero. Los marqueses excusaron a su hijo explicando que su esposa se había sentido indispuesta y se habían retirado unos minutos.

—Esperamos que no sea nada por lo que debemos preocuparnos —deseó la duquesa.

Los padres de Lili se unieron a un corrillo de conocidos y ella, al advertir que Weymouth caminaba hacia su posición, optó por entablar conversación con un grupo, en el que vio a varios amigos. De reojo, advirtió que él se paraba en seco y respiró aliviada; no estaba preparada para volver a enfrentarlo.

—Desde luego, esa joven no armoniza en este salón. Sin duda alguna, el accidente sufrido

debilitó el buen entendimiento de Rowton y se aprovechó de él. ¿No opina lo mismo, lady Liliana?

La pregunta, hecha por el hijo del conde de Silverstein, quedó flotando en el aire.

Lili no disimuló en modo alguno la poca afinidad que la unía al caballero, con quien había coincidido en un par de ocasiones. No conocía aún a la esposa de Charles, pero si había alguien que no armonizaba en aquel evento era, sin duda, aquel fatuo. Se vanagloriaba de sus ganancias con los naipes, cuando era incapaz de dar un penique para obras benéficas; tenía un pésimo gusto para vestir, como demostraba el traje que llevaba puesto, demasiado ajustado a su voluminoso vientre; alardeaba del título de su padre, cuando todo el mundo sabía que lo había comprado. Un tendero tendría más clase que la morsa que esperaba su respuesta.

—Yo no opino de manera gratuita, señor Sanders —contestó al fin, felicitándose por conseguir que el rostro masculino fuese perdiendo el color bajo su, nada amable, escrutinio—. Cuando conozca a la dama, sacaré mis conclusiones, aunque, desde luego, prescindiré de gritarlas a los cuatro vientos.

Le pareció que el sujeto iba a responder, pero él apretó los labios y se dedicó a alisar los volantes del puño derecho de su camisa, al ver a la persona que se acercaba.

—¿Lili? —Ella, se volvió hacia la voz—. ¿De veras eres tú?

Era un hombre de unos treinta y cinco años, de cabello cobrizo y mirada clara, al que reconoció al instante. Estaba cambiado, algo más delgado de cómo le recordaba, con ligeras arrugas alrededor de sus ojos claros, y una pequeña cicatriz que asomaba por debajo del mechón rubio que le caía sobre la frente.

—Así que no pudieron contigo —sonrió, permitiendo que él tomase sus manos entre las suyas. Había querido abrazarlo, pero una demostración de tal índole no hubiera estado bien vista.

—¡Dios mío, te has convertido en una belleza!

Se quedaron mirándose durante un largo minuto. Hasta que Charles recordó las normas de buena conducta, tomó la mano de la muchacha que permanecía callada a su lado, y dijo ufano:

—Quiero presentarte a mi esposa. Camille, ella es lady Liliana.

La joven hizo una reverencia que arrancó una sonrisa desdeñosa al grupo. Liliana se apresuró a tomarla del codo para evitar que se pusiera más en evidencia.

—Es un placer conocerla, lady Rowton —saludó, haciendo hincapié en el título, para fastidiar a sus compañeros.

—Igu... Igu... Igualmente, milady.

Lili rezó para que el tartamudeo se debiera al nerviosismo; de otro modo, la pobrecilla iba a ser el hazmerreír de las lenguas viperinas de todo Londres.

—¿Le gustaría tomar una copa de ponche mientras nos conocemos mejor? —La reciente vizcondesa, cuyo rostro había empalidecido, asintió—. Discúlpennos, por favor, caballeros. —Se excusó con el grupo—. Charles, me alegro de que estés de nuevo con nosotros. Te robo a tu esposa, si me lo permites. Hablaremos más tarde, tienes muchas cosas que contarme y muchas

otras que recordar.

—¿Como cuando me hacías que te llevara a caballito sobre mis hombros? —sonrió Rowton de buen humor, agradeciendo en silencio su amabilidad para con su joven esposa.

—O cuando te caíste en la cochiguera de los Farralan.

Ambas muchachas se alejaron con la carcajada de Charles Geller a sus espaldas.

Capítulo 15

Dos minutos, y Lili supo que Camille y ella congeniarían. La francesa era una muchacha asustadiza, no dejaba de mirar a todos lados y no sabía qué hacer con el abanico de alabastro que llevaba en las manos, que abría y cerraba con nerviosismo. La encontraba desubicada, aquel no era su mundo y, sin embargo, había algo en ella que le gustaba. Era muy bonita, su cabello del color del trigo enmarcaba un rostro en forma de corazón, y sus ojos grises derrochaban bondad.

—No es necesario que pierda su tiempo conmigo, milady; imagino que conocerá a muchas personas con las que le gustaría hablar.

Lili enarcó una ceja, le pasó una de las copas que acababan de servirles y preguntó:

—¿Le parezco una mujer a la que le gusta perder su tiempo, lady Rowton?

—¡No! Quería decir que... —Se puso roja como la grana y bebió para pasar el nudo que se le había formado en la garganta—. Lo lamento de veras, no pretendía ser grosera; espero no haberla ofendido.

—Tranquilícese o acabará por destrozar el abanico, y es precioso. Un regalo de Charles, imagino.

—De mi suegro.

—Lord Rossington siempre ha tenido un gusto exquisito. ¿Qué tal si nos sentamos en la galería cubierta y empezamos a tutearnos? —Camille la miró como si acabaran de salirle cuernos—. Estimo a tu esposo desde que, como bien ha dicho, le instaba a que me llevara sobre sus hombros. Simplemente, me gustaría que su esposa fuese amiga mía, y darte algunos consejos para defenderte en este mundillo de serpientes.

—Se lo... Te lo agradezco. Pero creo que ya me han juzgado y condenado. No debería haber venido a Inglaterra.

—¿Estás enamorada de Charles? —preguntó en tanto se acomodaban en un par de butacas.

—Desde que lo encontré desvanecido en la orilla del río, más muerto que vivo —sonrió Camille. Al hacerlo, se le iluminó el rostro—. Así y todo, de haber sabido que pertenecía a la nobleza... Cuando me pidió matrimonio yo ignoraba que ya recordaba quién era.

—Me encantan este tipo de historias, Camille, así que vas a tener que contármela entera. ¡Son tan románticas! Aunque, lo primero de todo, es saber cuántos nombres llevas anotados en tu libro de baile; la fiesta es en vuestro honor, tienes que hacer las veces. Seguro que lo tienes repleto.

—Nada más lejos. Solo tengo tres. —Pareció dudar— ¿Puedes decirme algo sobre esos caballeros? Me da la impresión de que solo me han pedido una pieza para estudiarme; desde que he bajado al salón me siento como un mono de feria.

—Dime sus nombres.

Camille abrió el librito que colgaba de su muñeca izquierda.

—Vizconde de Maine, barón de Sheringham y vizconde de Wickford. ¿Los conoces?

A Lili se le escapó una risita guasona, que disimuló de inmediato con una tosecilla. Ahí estaban los tres de nuevo, al rescate, destacando del resto, demostrando que eran unos auténticos caballeros a quienes los cotilleos les importaban un pito. Alan, Ken y Jason siempre formaron una piña desde que ella tenía uso de razón. Ella solía decir que eran los paladines de las causas perdidas.

—Los conozco, sí. Unos auténticos bribones. Pero con ellos estarás incluso más segura que en tu propia cama, respondo por ellos. De hecho, Maine es mi tío.

—¡Oh, estupendo! De todos modos, temo no quedar bien ante ellos, aunque Charles me ha enseñado a bailar un poco; ha sido muy paciente conmigo, pero soy bastante patosa.

—Eres la vizcondesa de Rowton, Camille, que no se te olvide. Levanta la cabeza y no agaches la mirada; muchos de los que están aquí no te llegan ni a la suela de los zapatos, te lo aseguro —regañó con cariño—. Y si lo que quieres decir es que te da miedo no estar a su altura como bailarines, hay pocas mujeres en Londres que lo estén; son los mejores.

—Eso es mucho decir, señora mía —interrumpió una voz que le provocó un vuelco en el estómago y la hizo volverse con el ceño fruncido.

«Tres patitos feos; eso son tío Alan y sus amigos si los comparo con este condenado».

—¿Conoce a alguien tan hábil en la pista, milord?

—Yo mismo.

—¡Qué vanidad, por Dios! Está claro que desconoce usted el significado de la palabra modestia. Además, eso tendría que demostrármelo. —Alzó la nariz con gesto de reina ofendida—. Por cierto, Camille, él es...

—Tengo el honor de haber sido ya presentado a milady —cortó Patrick, ante el asombro de la francesa por el modo tan poco caballeroso de interrumpir a su compañera—. En cuanto a demostrarte si bailo o no bien, tendrás que esperar tu turno, querida. Ahora, he venido a suplicar a lady Rowton que me conceda un baile, si es que le quedan libres.

—¡Oh, sí! Por supuesto que me quedan libres, lord... Weymouth, ¿verdad? ¿Le parece bien la primera cuadrilla?

—Lo que me parece es que es usted una dama exquisita, y odio a Charles por haberla encontrado antes que yo. Gracias, milady. —Sonrió con todo su encanto, hizo una corta reverencia y se alejó sin volver a posar sus ojos en Liliana.

—¡Dios mío, qué hombre tan encantador! —suspiró Camille—. Y es guapísimo, ¿no te parece?

—Se dice que Lucifer era el ángel más hermoso creado por Dios.

La francesa arqueó las cejas al escucharla.

—Sé que acabamos de conocernos, pero... ¿pasa algo entre vosotros?

—Sí: que el vizconde de Weymouth es un incordio y yo no le soporto —aseguró la hija del duque de Hatfield.

—Entiendo —dijo Camille. Pero según su intuición, que nunca le había fallado, entre aquellos dos había algo más que una simple animadversión. Solo había tenido que fijarse en el brillo de los ojos de su reciente amiga mientras se espoleaban. Si no se sentían atraídos el uno por el otro, ella era la Doncella de Orleans.

Capítulo 16

La noche resultó de lo más amena, y Lilibian, como cualquier joven, disfrutó de la velada, charló con unos y otros, pudo enterarse en primera persona de cuanto le había acontecido a Charles, e incluso participó en alguno de los juegos con los que la marquesa de Rossington tuvo el acierto de amenizar la reunión. Tan animados estaban los asistentes que se pidió a los músicos que alargaran su intervención hasta pasada la medianoche, deleitándolos con unos cuantos vales más.

—Bien, ¿quieres comprobar si soy un buen bailarín o no, señora mía? —indagó una voz que susurró junto a su oído.

Lili, que se encontraba escuchando a hurtadillas detrás de una columna, mordiéndose la lengua para no intervenir, el intercambio de opiniones entre su padre, su tío Alan y el conde de Bellamy acerca de los últimos pasquines que habían cubierto las calles de Londres, dio un brinco y se giró hacia Patrick.

—No me apetece bailar —dijo en tono quedo.

—¿Pero sí cotillear las conversaciones ajenas? —Quiso saber él, susurrando también, a la vez que tiraba de la joven para alejarla del trío.

—Vete al infierno, ¿quieres? ¡Y suéltame!

—Me iría si con ello pudiera perderte de vista, cariño, puedes asegurarlo —afirmó él, dejándola libre—. Pero recuerda que soy algo así como tu guardaespaldas.

—Ni mi padre ni tú permitís que lo olvide. ¿Acaso ves aquí algún peligro que yo no vea? Estamos en un baile, no en los arrabales de Londres; esta noche no necesito tu protección.

—Tú eres capaz de meterte en un lío incluso dentro de una iglesia.

—Y tú resultas tedioso.

—De acuerdo, resulto tedioso, pero ¿bailamos o no? Empezamos a llamar la atención discutiendo en medio del salón.

—Yo no discuto, asevero que eres un pelmazo.

A pesar del enojo por no poder enterarse de lo que estaba a punto de decir el conde de Bellamy sobre los acuerdos de la Cámara, cedió para no dar que hablar. Bueno, y porque en realidad le apeteecía comprobar si Patrick bailaba bien o era simple fábula. Se tomó del brazo que le ofrecía y lo acompañó a la pista, donde otras parejas acababan de comenzar un vals. De inmediato se encontró con la mano derecha de Patrick en su cintura. El contacto, a pesar de la tela del vestido y

la coraza del corsé, le resultó impactante. Apoyó ligeramente su mano izquierda en el hombro masculino y permitió que los dedos del vizconde oprimieran los de su otra mano, por fortuna cubierta por el guante de raso.

Patrick no engañaba al decir que era un buen bailarín. Excelente, pensó ella. Girar entre sus brazos era como andar de puntillas sobre las nubes, ni siquiera tenía que fijarse en los pasos, solo dejarse llevar.

—¿De qué hablaban esos tres, que parecías tan interesada? —preguntó él entre vuelta y vuelta.

—De propaganda subversiva.

—Un tema, sin duda, muy apropiado para los oídos de una dama. ¿Te refieres a las octavillas que aparecen cada poco tiempo por toda la ciudad?

—Exactamente.

—Acabaré pillando a ese condenado P, aunque sea lo último que haga. —Liliana perdió el compás, tropezó con los pies masculinos y lo pisó. Patrick ahogó un gemido—. ¿Qué te pasa? ¿Es un nuevo modo de fastidiarme?

—¿Qué tienes tú que ver con ese sujeto?

—Voy tras su pista. Esté de acuerdo o no con lo que denuncia, lo que menos necesita ahora el Gobierno es que haya tumultos. Hay personas trabajando para que las cosas mejoren, Liliana; las algaradas solo pueden provocar que intervengan las fuerzas del orden y alguien resulte herido.

—¡No digas tonterías! —exclamó. Pero volvió a perder el paso y a pisarlo—. Discúlpame.

—¿Quieres que lo dejemos y vayamos a tomar una copa? De seguir así, acabaré con muletas.

Lili asintió, notando que se le enrojecían las mejillas. Patrick la condujo hacia la galería cubierta, haciéndose con un par de copas de champán en el trayecto. Ella se sentó, aceptó la copa, le dio un sorbito, la dejó a un lado y volvió a levantarse.

—Preferiría tomar el aire. ¿Te importa?

—Voy a por tu capa.

—No es necesario.

Sin dilación, caminó hacia el jardín, sin interesarle si él la seguía o no. Necesitaba calmar sus nervios, alterados por la inesperada noticia de que Patrick la estaba persiguiendo. Bueno, no a ella, sino a P. Claro que, para el caso, era lo mismo. Porque una cosa era tener a cuatro estúpidos sabuesos tras la pista del agitador, y otra, bastante distinta, que él husmeara. Sabía muy bien cómo se las gastaba; había escuchado a su tío Alan hablar sobre las inmejorables misiones que llevara a cabo en territorio francés, y el ministro del interior lo tenía en alta estima. Por lo tanto, constituía un peligro, y de los gordos.

Se cruzaron con un par de parejas que habían tenido su misma idea, a las que saludaron. Apenas alejarse de la mansión, Lili se dio cuenta de que hacía más frío de lo que imaginaba y se frotó los brazos. Dos segundos después, Patrick, con total caballerosidad, le colocaba su chaqueta sobre los hombros. No la rechazó; estaba caliente y olía de maravilla a la loción que él usaba. Sin darse cuenta de hacerlo, acercó la prenda a su nariz. Se acomodó en un banco, entre los cuidados

parterres de una plazuela adornada con seis columnas de estilo dórico. Patrick apoyó un pie junto a su falda y descansó los antebrazos sobre la rodilla.

—¿Estás bien?

—¿Por qué habría de estar mal?

Él encogió un hombro, sin dejar de mirarla. Estaba preciosa. La luz de la luna jugaba a dibujar sombras en su rostro de marfil y, con seguridad, el satélite envidiaba el brillo de su cabello.

—Así que quieres dar con ese sujeto. —Volvió a interesarte ella.

—Colaboro con los *runners*.

—¿A tus padres no les molesta que, en lugar de dedicarte a buscar esposa y tener un heredero, andes jugando a los detectives?

—No es que estén muy de acuerdo. Tampoco lo estuvieron cuando opté por prestar mis servicios como informador, durante la guerra. Pero es mi decisión y, de este modo, le soy útil a mi país.

—Tal vez es lo mismo que piensa ese hombre, que sus octavillas son útiles para ayudar a quienes nuestros políticos han relegado al olvido.

—¿Te refieres a P?

—¿A quién si no? ¿Qué habéis averiguado sobre él?

Patrick movió la cabeza, asombrado por el modo tajante y directo con que ella abordaba un tema que, cualquier otra dama, habría obviado por ser espinoso y hasta poco elegante. Ponía demasiado celo en defender a aquel sujeto. ¿Por qué? Sintió un calambre en la boca del estómago y regresaron las dudas de días anteriores, mezcladas con un ramalazo de celos y un absurdo sentido de posesión, que no comprendió y le dejó aturdido. No tenía ningún derecho sobre Liliana, solo era su guardia personal; ella ya ni siquiera le consideraba un amigo, si se amparaba en sus continuos enfrentamientos. Entonces, ¿por qué le soliviantaba pensar que ella tuviera algo que ver con el hombre al que perseguía? ¿Lo conocería? Sabiendo cómo era y por dónde andaba en cuanto se descuidaban, tampoco le hubiera extrañado que fuera así.

—Que es un botarate —contestó, de mal humor.

A ella le faltó poco para saltar en el asiento; se retuvo a duras penas.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, como si no le interesara demasiado, tratando de controlar el tono áspero de su voz.

—Puede causar muchos problemas. El regente está dispuesto a todo con tal de acabar con esas octavillas. Las calles necesitan paz, Liliana. Aún están en el ánimo de todos los coletazos de la guerra contra los franceses. Debería dejar las cosas a quienes pueden influir en el hombre que rige el país, y desaparecer del mapa.

Ella no pudo controlarse más y espetó:

—¿Te has puesto a pensar que ha sido, casualmente, ese al que tú llamas botarate, el que ha conseguido que la nobleza empiece a mover el culo y exigirle a Prinny que lo mueva a su vez?

El vizconde arqueó sus oscuras cejas. Liliana se había saltado las normas desde que estaba en

la cuna, había desesperado a institutrices y profesores, era peor que un dolor de muelas, ingobernable, atrevida y más aventurera de lo que le convenía, pero nunca la había visto perder la compostura de esa forma y hablar como un estribador. Tenía las mejillas sonrosadas por la excitación, los ojos brillantes de furia y los labios apretados; sus dedos se engarfiaban a las solapas de su chaqueta de tal modo que el pobre Delaware iba a sudar de lo lindo planchándola. Por si acaso, se enderezó y retrocedió un paso; lo último que deseaba esa noche era que ella le soltara una bofetada.

—Defiendes a ese sujeto con demasiado brío.

—¿Y qué?

—Me intriga. ¿Acaso lo conoces?

—¿Qué tendría de malo? —Lo retó.

No afirmaba, pero tampoco negaba. Su evasiva respuesta hizo que Patrick supusiera lo peor, y se acentuó su rivalidad con ese sujeto. Solía ser un hombre equilibrado, incluso frío, cuando se trataba de trabajo. De hecho, había salvado varias veces la vida por no dejarse llevar por la irritación y mantener la calma. Sin embargo, imaginar que Liliana tenía algo con el condenado P, le revolvió las entrañas.

Se pasó los dedos por el cabello e intentó ser razonable. Porque, si Lili lo conocía, hasta podría servirle de cebo para pillarlo.

—¿Qué tratos tienes con él?

—¿He dicho yo que los tenga?

—¿Es tu amante?

«¡¡¿Por qué mierda he preguntado eso?!».

Liliana abrió mucho los ojos y se incorporó como impulsada por un resorte. Patrick no supo definir si estaba a punto de soltarle por fin un sopapo o de mandarle al infierno; cualquiera de las dos cosas se las tenía merecidas. Nunca tuvo tan poco tacto.

No sucedió ni lo uno ni lo otro. Ella se lo quedó mirando un momento que se le hizo eterno, su mirada se fue suavizando y acabó por echarse a reír. La burla le dolió a Patrick más que si lo hubiera apuñalado.

—Eres dramático. ¿Tanto te importaría que lo fuera?

Lili se quitó su chaqueta, que le devolvió, para alejarse hacia el salón. Patrick se colocó la prenda y, antes de que la muchacha pudiera evitarlo, la siguió, la sujetó del brazo, tiró de ella y la pegó a su pecho.

—Solo Dios sabe el motivo, pero sí —aseguró con voz ronca, sin disimular el deseo—, me importaría, y mucho. Porque te estarías jugando el cuello, podrías acabar ocupando la celda de tus alumnas. Y porque...

Apretó los dientes y calló. Había estado a un paso de decir lo que no quería, de regalar a Liliana un as.

En ella anidó una sensación extraña que no supo cómo definir. Los ojos de Patrick eran dos

gemas verdes que destilaban peligro y la instaban a huir, pero la cercanía de su cuerpo la mareaba, la excitaba, hacía que pensase en escenas indecorosas para una dama. Fue como si estuviera al borde mismo de un precipicio: la prudencia le decía que retrocediera, pero la fascinación por la aventura, que se asomara al abismo.

—Acaba lo que ibas a decir —espoleó, a sabiendas de que lo sensato hubiera sido guardar silencio, dejar que pasara la tormenta y olvidarse de aquella extraña conversación.

Asumía que estar juntos y discutir era todo uno. Pero es que Patrick conseguía acelerarle el pulso, que lo deseara, y eso la enojaba. Porque se encontraba indefensa frente a un sentimiento desconocido.

El vizconde suspiró. Sin querer soltarla, pegó su frente a la de ella y sus manos comenzaron a acariciar los hombros femeninos.

—¿Por qué me provocas, Lili?

—Me lo pones muy fácil, Weymouth —repuso ella, que quiso mostrarse impávida, aunque notaba que todo su cuerpo le hormigueaba por el roce de sus dedos.

Patrick se perdió en el azul de sus ojos rasgados que, bajo la luz lunar, parecían plata líquida. También él, sin saberlo, mantenía la misma batalla que Lili: no acertaba a determinar si quería alejarse del abismo o asomarse, aunque acabara cayendo hasta el fondo.

Abarcó su rostro con ambas manos, sus pulgares acariciaron los gruesos labios, se atrevió a meter uno de ellos en la boca femenina... Apretó los párpados con fuerza al sentir que la lengua de Lili lo lamía, a la vez que ahogaba un gemido. Sintió un doloroso latigazo en los riñones, se le disparó la fantasía al imaginar las mil y una delicias, ninguna decorosa, que esa lengua podría ofrecerle. Rodeó el talle femenino con un brazo, la sujetó por la nuca y, después de apoyarle la espalda en una de las columnas, se sació de su boca como un maldito bandido.

Lili no opuso resistencia, al contrario, se apretó más contra él, devolvió el beso con todo entusiasmo y sus manos se pasearon, algo trémulas, por debajo de la chaqueta, formando círculos sobre la prístina camisa. Suspiró al notar que él acariciaba uno de sus pechos casi con miedo, y aborreció que hubiera tanta ropa entre su piel y aquellos dedos que hacían magia al tocarla. La boca de Patrick sabía a brandy, a deseo, a riesgo... Y a ella le fascinaba el peligro.

Les sorprendió una inesperada traca de explosiones, que les hizo separarse de inmediato. Liliana, con el corazón bombeando enloquecido, maldijo en silencio la interrupción. Al encontrarse al abrigo de los parterres, los entusiastas invitados que acababan de hacer acto de presencia en la terraza descubierta, para disfrutar de la última diversión de la noche, no pudieron verlos.

Ninguno de los dos dijo nada, pero se negaron a alejarse el uno del otro. En completo silencio, la espalda de Lili apoyada en el pecho de Patrick y rodeada por sus brazos, observaron el cielo. Millones de chispas de colores iluminaban la noche y caían luego lánguidamente a tierra, obligando a los asistentes a prorrumpir en exclamaciones de admiración y aplausos.

—¡Qué maravilla! —murmuró Lili.

—Pura magia —aseguró él, abrochándose al fin la chaqueta.

Patrick estaba lejos de referirse a la pirotecnia. De hecho, ni estaba prestando atención a los fuegos artificiales, solo tenía ojos para ella.

«¿Qué diablos me estás haciendo, Lili?».

Capítulo 17

Justo al explotar en el cielo la postrera ristra multicolor de pólvora, que provocó otro aluvión de aplausos, saltaron esquirlas de la columna en la que, instantes antes, estaban apoyados. El instinto de supervivencia hizo que Patrick se echara sobre Liliana y ambos acabaran en el suelo. Se revolvió al momento, mientras intentaba ver, entre la oscuridad del jardín, al agresor, maldiciendo no poder responder al disparo. Porque, sin lugar a dudas, acababan de dispararles. Solo pudo escuchar el sonido de pisadas sobre la gravilla del jardín, que se alejaban a la carrera.

Se levantó y tendió la mano a la muchacha, sin dejar de mirar a todos lados.

Liliana, sentada ya sobre el césped, lo miraba a su vez con cara de pasmo.

—¿Se te ha aflojado un tornillo? —Comenzó a sacudirse el vestido a manotazos tan pronto estuvo en pie.

Patrick la condujo hasta situarse ambos cerca de la luz, la examinó, y dejó escapar un taco entre dientes. Buscó su pañuelo para aplicarlo al hombro de la joven, que respingó.

—¿Te duele?

Lili no salía de su asombro. ¿Por qué tenía un corte? ¿Qué había sucedido? De todos modos, rápida como solía ser en sacar conclusiones, no hizo falta que él le explicara nada. Le quitó el pañuelo, apretó más el rasguño y atisbó a su vez el entorno.

—¿Nos han disparado?

—Afirmativo.

—¿Has podido ver quién era?

—No.

—Imagino que esta vez no pensarás que la bala iba destinada a mí, ¿verdad? Y tampoco podemos pensar que en los jardines de los Rossington hay un furtivo.

—Me temo que no.

—¿En qué estás metido, aparte de querer cazar a P?

Él fue a responder, pero la voz del vizconde de Maine le interrumpió.

—¡Ah! Estáis aquí. Lili, princesa, tus padres te estaban buscando.

—Ya entrábamos.

—¿Qué tienes? —preguntó al ver las gotitas de sangre en el pañuelo.

—Me he ilusionado tanto con los fuegos que no he visto por dónde andaba. Es un simple

arañazo con los rosales de invierno. Gracias por el pañuelo, Patrick; te lo devolveré.

Se recogió el ruedo del vestido y subió con premura la escalinata. Patrick intentó seguirla, pero notó una mano en su hombro izquierdo y Alan lo volteó hacia él, sin ceremonia alguna.

—¿Quieres casarte, Weymouth?

—¿Cómo dices? —Se quitó de encima unos dedos que parecían garfios.

—Haré de nuevo la pregunta: ¿quieres casarte?

Patrick no entendía nada, pero no obvió el gesto belicoso de Alan, que no auguraba nada bueno.

—No. Al menos, de momento.

—Bien. En ese caso, guarda las zarpas a buen recaudo. Porque si me entero de que pones una de ellas sobre mi sobrina, vas a ir de cabeza al altar... castrado.

Al vizconde se le encogieron los testículos ante la clarísima amenaza. Conocía lo suficiente a Maine como para saber que no hablaba en broma. Si los hubiera descubierto momentos antes, cuando estaba besando a Liliana con toda su alma y una de sus manos estaba donde no debía estar, ya se hubiera quedado sin parte de sus apreciados atributos varoniles.

—Tienes una mente retorcida, Maine.

—Ya.

—No ha pasado nada.

—Ya —repitió Alan—. Bueno, pues quedas avisado, por si tuvieras intención de que acabara pasando. —Subió los escalones de dos en dos, en pos de Liliana, volviéndose al llegar arriba—. Cuidado con las garras, chico. No te avisaré una segunda vez.

Patrick renegó por lo bajo mientras lo veía perderse entre los invitados que ya se despedían. Pisaba arenas movedizas; era muy posible que acabaran tragándose. Aunque en esos momentos, lo que menos le preocupaba eran las coacciones de Alan Chambers. Lo que realmente empezaba a inquietarle era que habían intentado matarlo por segunda vez, hiriendo de paso a Liliana. Sintió presión en el pecho de solo imaginar lo que podría haber pasado, de tener su enemigo algo más de puntería. Aunque, gracias a Dios, no había sido más que un ligero rasponazo provocado por la esquila, no podía exponerla a nuevos peligros. Tenía que alejarse de ella. No sabía cómo iba a conseguirlo, pero tenía que poner distancia.

Apuró lo que restaba de su copa antes de depositarla de nuevo en la mesa. Al otro lado del local se escucharon risas, felicitaciones, y a lord Pennywell exclamar:

—¡Por fin tengo a Soldado!

Se refería a un caballo de carreras, el mejor de la cuadra del estirado conde de Seyvers que, por el favor de los naipes, acababa de ganar. Los ánimos se calmaron un momento después y él pudo hacer la pregunta que le quemaba la punta de la lengua.

—¿Seguro que el dibujo es de la niña?

—Se lo hicieron llegar hoy mismo, y sus padres así lo aseguran. Al menos, sabemos que sigue con vida.

—Pero sin recibir una petición de dinero por su rescate.

—En efecto. Es un modo cruel de mantener a la familia en tensión para que, cuando lo pidan, por fin, estén dispuestos a entregar hasta el último penique.

—¡Hijos de puta! —estalló.

Demasiado sabía él que los secuestradores podían actuar así; fue el método que utilizaron cuando se llevaron a su hermana, a la que mataron después de tener el dinero. Se le helaba el alma pensando que podía volver a suceder algo igual.

—En cuanto a su encargo, lord Weymouth... Samuel Foster está limpio. Al menos, no he encontrado nada por lo que podamos incriminarle.

—¿Seguro?

El hombre que le acompañaba dio un par de vueltas a la copa entre los dedos, antes de asentir.

—Tuvo que salir de Portsmouth hace dos años. Algo relacionado con el padre de su esposa, un desgraciado al que más de uno odiaba y al que más de dos habían amenazado de muerte. Apareció en el puerto, con una soga al cuello y colgado del costado de un barco.

—¿Tuvo Foster algo que ver en el asunto?

—Nunca arrestaron al culpable, y nada pudieron probar contra él. Pero ya sabe que siempre hay rumores, milord, por eso Foster cerró la pequeña imprenta de la que vivían y se largaron de allí. Eran el blanco, ya que el padre de su esposa se había opuesto al casamiento desde el principio porque estaba... encaprichado de la chica.

—¿De su propia hija?

—Eso es. Y el hermano, supongo que para certificar que era sangre de su sangre, juró cortarles el cuello a los dos, en cuanto tuviera ocasión.

—Así que decidieron escapar, instalarse en Londres y, en lugar de ejercer su antiguo oficio, tutelar una casa de huérfanos.

—A la hora de esconderse, lo mejor es cambiar de actividad. No parece un mal tipo, trabaja duro en los muelles, y cada penique que consigue lo destina a los críos; no frecuenta tabernas ni garitos de otra índole. ¿Puedo preguntarle por qué le interesa ese hombre?

—Es un asunto personal. —Hizo un alto en la conversación para llamar al camarero y pedir dos copas más de brandy—. Le agradezco el tiempo empleado, Collins; le debo una.

—No tiene importancia. Me gustaría que lo de la hija de Bronson fuese igual de sencillo de resolver. Mi mujer no vive desde que la noticia salió en los periódicos, y se niega a perder de vista a nuestro hijo.

—También a mí me gustaría que este condenado asunto se resolviera cuanto antes, y con un final dichoso.

Capítulo 18

Joshua se encontraba tendido en el estrecho camastro, pálido como un muerto, con el torso vendado. Por fortuna, la celda en la que estaba confinado estaba más o menos limpia, no como la pocilga anterior.

—¿Qué demonios ha pasado?

—Al parecer, alguien de fuera no se fía de que no vaya a sacar la lengua a pasear. De no haber sido por él —señaló con el mentón al carcelero, que permanecía en la puerta—, que llegó justo a tiempo para impedirlo, ahora estaría criando malvas. Por cierto, le agradezco que me haya conseguido un chiquero más cómodo que el anterior; está claro que el dinero lo puede todo.

Patrick obvió su ironía y acercó al catre la única banqueta existente. De modo que alguien había querido quitarlo del medio. Era su oportunidad para conseguir que colaborara, no podía desaprovecharla.

—Puedo arreglar que salgas ahora mismo de aquí; te proporcionaré un lugar seguro hasta que te restablezcas, para que no te encuentren y, dentro de unos días, podrás largarte de Londres. O de Inglaterra, si quieres. Piénsatelo, porque no voy a hacerte la oferta otra vez.

—No hay mucho que pensar, milord. Han querido matarme, así que ya no les debo lealtad alguna. El hombre para quien trabajo se llama Terry Cottom. Lo reconocerá con facilidad: bajo, grueso, pelirrojo y con la mano izquierda inservible; siempre lleva un guante de cuero negro cubriéndola.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—No sé dónde vive. Pero cuando me encargaba recoger o entregar algún paquete, lo hacía en Dorset Street, en un local de su propiedad llamado Hot Lady.

—La Dama Caliente, ¿eh? Seguro que no es un convento.

—No lo es.

—¿Crees que la niña puede encontrarse retenida allí?

—No lo sé, se lo juro, nunca me he mezclado en esos asuntos, solo era el chico de los recados. Sin embargo, sé que las cosas de valor las guarda en un sótano, al que se accede por detrás de la barra; en cierta ocasión lo vi salir con una caja de coñac francés de contrabando, seguramente para su socio.

—¿Socio? ¿Qué socio?

—Nunca he llegado a verlo, solo sé que, por el modo envidioso e hiriente con que se refería a él, no es alguien de clase baja.

—Bien.

—Hay un santo y seña para entrar en el local: tres toques, luego uno, después otros tres.

—Conozco dónde queda el garito, milord, aunque no he estado dentro; demasiado caro para mí —intervino el carcelero, ganándose la atención del vizconde, que se había olvidado de su presencia—. Si está pensando en darse una vuelta por allí, más le vale que lo haga acompañado y armado hasta los dientes; no es una zona segura.

Patrick agradeció el consejo con un movimiento de cabeza, se levantó y volvió a dejar la banqueta junto al muro. Por supuesto que no pensaba ir solo al Hot Lady, no estaba tan loco.

—¿Podrás permanecer vivo unos cuantos minutos, hasta que arregle tu salida?

—Haré lo que pueda —bromeó el joven.

El guardia le cedió el paso antes de dar dos vueltas de llave a la cerradura. Luego, fue galería adelante, alejándose de la zona de las celdas, en dirección al despacho del responsable de la prisión.

—¿Sabe, milord? He acabado por tomar aprecio al muchacho; es cabezota, pero noble.

—Le agradezco que cuidara de él, señor...

—Deian Couch. Me pagó para eso, ¿recuerda? Lo hubiera hecho de todos modos, ya le digo que el chico me cae bien. Es listo. Me recuerda a mí cuando era un mozo alocado. Podría ganarse la vida decentemente, si se le diera una oportunidad. Entre estos muros, uno acaba embrutecido, se lo digo por propia experiencia.

—No le gusta mucho su trabajo, por lo que veo.

—Otra cosa sería de descerebrado. Puede que yo sea un hombre con poca cultura, milord, pero aspiro a algo más que a pudrirme aquí dentro. Si no quiere otra cosa... —Señaló la puerta del director y se dio la vuelta para irse.

Patrick aplicó los nudillos a la madera, esperó el permiso para entrar y, antes de hacerlo, se volvió hacia el celador, que ya se alejaba.

—¿Señor Couch!

—¿Sí, milord?

—¿Le interesaría un empleo de vigilante en la propiedad del conde de Hardstone?

El celador se lo quedó mirando unos segundos, con el ceño fruncido.

—¿Me está ofreciendo un empleo?

—Eso parece.

—Pues suena de maravilla, milord —sonrió el hombretón de oreja a oreja.

Patrick dejó que el hijo de la dueña de la pensión condujera a Grey y al antiguo carcelero a uno de

los cuartos, mientras ultimaba con ella los detalles de su estancia. Apareció algunos minutos después, revisó el lugar y asintió satisfecho. La habitación era sencilla, amplia, daba al callejón, y las dos camas, en una de las cuales se había tumbado Joshua, estaban cubiertas por gruesas colchas, que se veían limpias.

Las precauciones tomadas desde que sacara a su confidente de presidio, cambiando dos veces de carruaje en el trayecto, habían sido necesarias para hacer desaparecer cualquier pista; Grey debía estar a buen recaudo hasta que hablara con el juez y este admitiera una confesión firmada por el muchacho, que serviría para condenar a Cottom, si es que acababan encontrando a la pequeña Isolda en su burdel.

—Vendrá un médico a ver esa herida, Joshua. No dejéis entrar a nadie más que a él o al chico que os ha conducido hasta aquí. Esto es para que le compres algo de ropa, hay una tienda a dos calles. —Dejó en custodia algo de dinero a Couch, que lo guardó de inmediato—. La comida y la bebida os la traerán a la habitación. Recordad: no permitáis la entrada a nadie. Si como creo, tu jefe tiene oídos en todo Londres, Joshua, a estas horas ya se habrá enterado de tu salida de Newgate. No me extrañaría que estuvieran buscándote.

—¿Podemos fiarnos de ellos? —Quiso saber Couch, refiriéndose a quienes regentaba la pensión.

—Podéis. Digamos que ya me han hecho favores otras veces. Volveré en cuanto me sea posible. Antes de que abandonara el cuarto escuchó la voz en tono de chanza de Joshua:

—Vaya con cuidado, milord. No me gustaría quedarme sin ese dinero que me ha prometido.

Patrick sonrió y acabó por marcharse. Si el chico bromeaba, incluso sabiendo que aún estaba en peligro, era buena señal.

En la calle no se veía ningún coche de alquiler. Lamentó haber despedido al que los llevara hasta allí; el día estaba desapacible y, en cualquier momento, empezaría a llover. Cerró más el cuello de su capa, se caló el sombrero y echó a andar calle abajo, maquinando ya cómo deberían actuar aquella noche. Poco le importaba si Cottom y su misterioso socio estaban o no en el Hot Lady cuando entraran, lo que quería era dar con la niña. El recuerdo de su hermana lo asaeteó de nuevo de forma dolorosa y se juró darles caza, fuera como fuese, aunque debiera burlar todas y cada una de las leyes.

Distinguió por fin un carruaje y aceleró el paso antes de que otro transeúnte se lo agenciara, pero se quedó clavado en la acera al reconocer al hombre que ocupaba el pescante e identificar el escudo del Ducado de Hatfield. Michael, que lo descubrió a su vez, hizo una inclinación con la cabeza.

—¿Qué haces aquí? —Oyó entonces Patrick a su espalda.

Se giró hacia la voz que tan bien conocía: Liliana. Cubierta con un abrigo de color beis y un coqueto sombrero a juego, del que escapaban algunos mechones rubísimos, la encontró encantadora.

«¡Demonios! Lo está, incluso cuando frunce el ceño de ese modo».

—¿Y tú? —preguntó a su vez, tras levantar un poco su sombrero para saludar a la señora Pitt, que se encontraba tras la muchacha—. Estáis muy lejos de casa.

—Aquí tiene el taller mi modista.

—Respuesta incorrecta, querida. —Dio un paso hacia ella—. Sé de buena tinta que tu modista está en Bond Street.

Lili sonrió, aunque su sonrisa no llegó a sus ojos azules.

—No la que nos confecciona capas y abrigos, Weymouth.

—Deberías haberme puesto al corriente de que venías a Londres.

—Suba al carruaje, señora Pitt, por favor. Michael, lleva a los caballos al paso. ¿Te importa que caminemos? —Volvió a dirigirse a él un par de yardas más allá—. En primer lugar, no creí necesario decirte nada, puesto que no tenía intención de ir a ninguna zona poco recomendable, solo he venido a encargar una capa. Y, en segundo lugar, no eres mi carcelero. —Se le alteró la voz.

—Si tu padre...

—Mi padre en persona me ha dado su autorización. Ya ves: como últimamente no me meto en líos, se ha vuelto más permisivo. No has contestado a mi pregunta: qué haces tú aquí, y a pie.

—Buscaba un coche de punto.

—¿Tu caballo ha tenido algún percance?

—No. Voy a recogerlo ahora.

Ella se paró, él hubo de hacer otro tanto y Michael sofrenó a los caballos. Sobre sus cabezas, comenzó a caer una finísima lluvia.

—¿Has dejado a Saladino en alguna parte y venido hasta aquí en coche? —Patrick no contestó; se limitó a guardarse las manos en los bolsillos de su capa, y a continuar caminando cuando ella reemprendió la marcha—. ¿A quién has acompañado? No me lo digas: a una mujer. ¿Tu querida? ¡Vamos, hombre! No me mires como si acabara de preguntarte dónde encontrar dragones. ¿Qué otra cosa quieres que piense?

—Deberías limitarte a subir al coche y marcharte, en lugar de querer saberlo todo; está empezando a llover.

—Así que quiero saberlo todo... Hace días te pregunté en qué estabas metido para que te hayan disparado dos veces. No me contestaste. Y necesito una respuesta porque, según he comprobado ya, estar cerca de ti no es garantía de llegar a los ochenta años.

—¡Michael, pare! —ordenó Patrick—. Sube al carruaje. Como bien dices, ahora mismo no es seguro que estés conmigo.

—¿Se trata de algún otro trabajo para el ministro? —insistió ella.

No quería demostrarle que estaba asustada, pero lo estaba, y mucho. Alguien iba tras Patrick, había intentado acabar con él en dos ocasiones, y a ella, como se solía decir, no le llegaba la camisa al cuerpo pensando que, acaso a la tercera, podían tener éxito.

—Entra de una vez en el carruaje, olvídate de todo y lárgate, Lili.

Desistió de sacarle alguna información; a terco, ni ella le ganaba. Debería hacer lo que él decía: marcharse y olvidarse de él. El inconveniente radicaba en que había comenzado a sentir algo muy fuerte por aquel cabezota; solo imaginar que podía pasarle algo le ponía enferma. Lo quería. Sí, lo quería. Ya no con aquel cariño infantil o adolescente que sintió por él hacía años, ese que le hacía verlo como un caballero de brillante armadura. Había crecido y sus sentimientos eran los de una mujer. Una que había probado el sabor de sus besos y se estremecía bajo la caricia de sus manos. Patrick no era el héroe de una de las novelas románticas que le gustaba leer. Era un hombre, solo un hombre. Pero con tantas virtudes que no había visto antes, que se había ganado un lugar muy importante en su corazón. No imaginaba a otro mejor con el que pasar el resto de su vida. Lo quisiera él o no, iba a conseguir conquistarlo.

Aceptó su mano para subir al carruaje y dio orden de partir a Michael. Aún con la puerta abierta, lo miró con fijeza y aseguró:

—Lo haré, Patrick.

Lo dejó allí, desconcertado, sin entender a qué se había referido con aquella promesa.

Capítulo 19

Las dos lamparillas que colgaban a los lados de la puerta del local amenazaban con apagarse debido al fuerte viento que se había levantado hacía unos minutos, y la dama vestida de rojo pintada en el letrero que anunciaba el garito, danzaba a un lado y otro, acompañada en su vaivén por el chirrido desagradable del hierro oxidado.

Los que acompañaban a Patrick esperaban su señal para ponerse en marcha, pero él aguardó un par de minutos más, hasta que dos fulanos entraron en el burdel; hasta ellos llegó la música y las risas del interior, antes de que volvieran a cerrar la puerta.

A punto estaba de hacer la señal para que el grupo se pusiera en movimiento cuando, doblando la esquina, hizo su aparición una mujer enfundada en una capa oscura con capucha, de la que escapaban rizos que, en la distancia, le parecieron muy claros. Retrocedió al abrigo del portal en el que estuvieran ocultos desde hacía un buen rato, por ver si Cotton aparecía, y en su cabeza comenzó a oír redoble de tambores que anunciaban peligro. La mujer andaba deprisa, aferradas sus manos enguantadas al cuello de la prenda que la cubría. Patrick entrecerró los ojos, se le escapó un taco y dio un paso hacia adelante, justo en el momento en que ella llamaba a la puerta del Hot Lady.

—Voy a retorcerle el cuello... —declaró en voz baja.

Una ráfaga de viento lanzó hacia atrás la capucha de la dama y, a la titilante luz de las linternas, Weymouth pudo comprobar que tenía el cabello pajizo. Retrocedió de inmediato, volviendo a su escondrijo. El corazón parecía querer salirse del pecho.

—¿Qué sucede?

Kenneth Baker hubo de darle un codazo para que respondiera.

—Nada. No sucede nada. Solo creí reconocer a...

—¿A quién?

—Olvidalo.

Respiró hondo para calmarse. Iba a acabar volviéndose loco si seguía viendo a Liliana en cada esquina. ¡Condenada muchacha! Su vida estaba patas arriba por su culpa y no encontraba modo de evitarlo. De no querer saber nada de ella, había pasado a pensar en la hija de Hatfield noche y día. Más disparatado aún: desde que la besara por primera vez, la imaginaba a cada instante en sus brazos y en su cama. Y lo que era más sangrante: había empezado a preguntarse si Lili no sería

la mujer idónea para convertirla en su vizcondesa. De ese pensamiento a Bedlam, solo había un paso.

Sheringham no hizo más asunto y llamó su atención hacia el carruaje que se acercaba. El cochero hizo frenar a los caballos y se bajó un individuo. Patrick lo observó con detenimiento y afirmó:

—Es nuestro hombre.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. La descripción que me dieron de él es bastante exacta.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando?

Patrick aguardó a que Cottom entrase en el local, antes de alzar la mano. A su señal, seis hombres, hasta ese momento agazapados entre las sombras, empezaron a moverse como fantasmas.

Una hora antes, habían estudiado el lugar y hallado una puerta trasera, cuya cerradura ya habían forzado para facilitar la entrada por sorpresa de los *runners*. Él y Sheringham entrarían por la puerta principal, de manera que pudieran pillar a Cottom entre dos fuegos.

—Revisa tu arma.

—Está preparada para ladrar, amigo mío —aseguró Ken, al tiempo que tocaba la culata.

Patrick se cubrió más el rostro con el ala del sombrero antes de golpear la contraseña facilitada por Grey. Se abrió la mirilla, se sintieron observados unos segundos y, acto seguido, les abrieron.

El barón no esperó a que el fulano se hiciera a un lado: le puso el cañón de su arma bajo la barbilla, lo empujó hasta hacerle chocar contra la pared y avisó:

—Es mejor que te quedes quieto si no quieres tener problemas.

El individuo tragó saliva de manera convulsa, se pegó al muro como una lapa a la roca, y guardó silencio mientras los dos intrusos ahuecaban la cortina roja que separaba la entrada del salón, para dar un vistazo.

Lejos de lo que cualquiera pudiera imaginar a la vista del exterior, allí predominaba la elegancia: suelos de madera pulida, paredes enteladas, grandes lámparas, cómodos sillones... Podría haberse tratado de cualquier club de caballeros, de no ser por las mujeres, bastante ligeras de ropa, que se ofrecían con todo descaro a los varones.

Al fondo, una barra, donde un camarero escanciaba champán en varias copas.

No todos los clientes pertenecían al género masculino. Un par de damas gozaban también de las atenciones de dos jóvenes e imberbes mancebos, tan poco vestidos como sus compañeras de oficio.

—Un sitio interesante —murmuró Ken. Observó que los agentes irrumpían ya en la sala por el lado contrario al de ellos, con todo disimulo, integrándose entre la clientela como si tal cosa—.

¿Entramos?

Apenas pisaron el salón, el dueño del local hizo levantarse a la chica que tenía sentada sobre sus rodillas, para ir hacia ellos, estirándose con afección las solapas de su carísima levita.

—Siéntanse como en su casa, caballeros. ¿En qué puedo serles de utilidad? ¿Una chica? ¿O les

interesa un muchacho?

Sheringham chasqueó la lengua. La mordaz insinuación se merecía que le partiera la nariz, pero no era él quien dirigía el caso, sino Weymouth, así que esperó a que su compañero tomase la decisión de arreglarle o no la cara a Cottom.

—Preferimos algo más interesante —dijo Patrick—. Pongamos... jugar a husmear. —Cottom arqueó las cejas, por descontado sin entender a que se refería—. Olfatear en su sótano, quería decir.

Al proxeneta le cambió la cara de color y echó mano al interior de su levita... Entonces sí: Ken decidió que necesitaba un retoque de facciones y, sin darle tiempo a sacar el arma que escondía, le soltó un directo que lo tumbó.

Como si el golpe hubiera sido la campana que anunciaba la señal, los *runners* se hicieron notar.

En cuestión de segundos, tras escucharse alto y claro la orden del que comandaba a los agentes, indicando que se trataba de un registro, Hot Lady se convirtió en un caos. Unos quisieron escabullirse hacia la salida principal, yendo a darse de bruces con Patrick y Ken; la fornida dama que, hasta la interrupción, reía las zalamerías de su compañero de velada, hizo intento de subir al piso superior, pero el paso estaba cerrado por otro agente. Los empleados, sin embargo, se tomaron la perturbación con tranquilidad; no movieron un dedo para ayudar a su patrón que, en esos momentos, era llevado medio a rastras por uno de los policías, sujeto por el cuello de la chaqueta.

Dos agentes accedieron al sótano mientras sus compañeros desalojaban el local. Tras unos momentos angustiosos escucharon:

—¡La niña está aquí! ¡Está aquí! —gritaba uno de ellos desde abajo, a pleno pulmón, sin poder disimular su alegría.

La pequeña estaba drogada, nada extraño por otra parte, puesto que era el mejor medio de evitar que la escucharan llorar. Por fortuna, y para tranquilidad de todos, no parecía haber sufrido malos tratos. Una vez la sacaron de allí a fin de devolvérsela a sus padres, en tanto un par de agentes interrogaban a los empleados de Hot Lady, Patrick se hizo cargo de Cottom, empujándolo hacia la salida.

—Andando. Vas a tener que explicar muchas cosas.

Nadie supo de dónde llegó el disparo, que retumbó como un trueno en el salón. A Cottom se le dilataron las pupilas, sus ojos fijos en la gruesa cortina roja que cubría una de las ventanas, tras la que desapareció el cañón de una pistola, aún humeante. En su prístina camisa se extendía una rosa de sangre y, unos segundos después, se le doblaron las rodillas y cayó muerto.

Lo único que alcanzaron a ver los policías al irrumpir en la calle, en un tropel desorganizado por el inesperado final del hombre al que buscaban, fue a un jinete que se alejaba como alma que llevaba el diablo, y al que, aunque lo intentaron, no fue posible dar alcance.

Capítulo 20

Los diarios se hicieron eco del rescate de la hija de Bronson, del asesinato de Terry Cottom — aireando, de paso, todos sus hábitos delictivos—, y del cierre del prostíbulo.

La muerte del proxeneta no hacía necesaria la presencia de Joshua ante el juez, por lo que se había convertido en un hombre libre; el duque de Hatfield le había ofrecido un empleo de lacayo, que aceptó de mil amores. En cuanto a Couch, cumplía a la perfección su trabajo de guardia en Hardstone Manor.

Tanto Patrick como el barón de Sheringham sospechaban que el misterioso socio de Cottom podía estar implicado en el secuestro y en el crimen. La policía se había encargado de interrogar a todos y cada uno de los empleados del Hot Lady, aunque con resultados negativos. No pudieron obtener una información, ni medio detallada, del presunto colaborador de Cottom. Si, tal y como había especulado el joven Joshua, se trataba de alguien de la clase alta, era lógico que hubiera tomado todas las precauciones necesarias para que nadie pudiera identificarlo.

Por tanto, estaban a oscuras, en un callejón sin salida.

A Patrick no le preocupaba demasiado si aparecía o no el asesino, ya no era su cometido. Había cumplido su misión ayudando a encontrar a la pequeña, reinsertado a Grey en la sociedad y dado un futuro más prometedor a Couch. Para él, el asunto estaba zanjado. No mitigaba el dolor ante el recuerdo de su hermana, pero lo hacía más soportable saber que la hija del comerciante estaba a salvo, y que dos buenos hombres cambiarían de vida.

Debía centrarse en otro asunto: el del alborotador.

Durante varios días, había mandado seguir los pasos de Foster. No tenía pruebas, nada contra aquel hombre, pero la intuición le decía que P y él se conocían, que estaban relacionados. ¿Quién mejor que Samuel, conocedor del oficio y con necesidades financieras, para imprimir las octavillas? El autor no era un simple obrero sin educación, era alguien de clase alta, su modo de redactar lo delataba. Y era de suponer que pagaba bien. Tarde o temprano cazarían a Foster en un renuncio, o con las manos en la masa. Sin embargo, el agente encargado de vigilarlo, aparte de aburrirse, no vio nada que pudiera resultar relevante. Su informe diario, salvo por minúsculas diferencias, era idéntico y desalentador:

—Ha salido de la casa al rayar el alba, ha ido al puerto y ha estado descargando un barco hasta mediodía. Luego, nada; no he vuelto a verlo salir de la vivienda.

Un par de jornadas después, Weymouth desistió de continuar con una vigilancia que no le iba a llevar a ninguna parte. Debía tomar el camino más directo: entrar en casa de Foster y ponerla patas arriba. Con seguridad, solo sería un tiro al aire, pero, si él no estaba envuelto en la propagación de las octavillas, tal vez tuviera conocimiento de quién estaba imprimiéndolas. Hasta era posible que perteneciera a una de las sociedades de ayuda mutua, integradas por artesanos. Desde hacía casi una década, aquellas sociedades habían sido tachadas de ilegales, y sus componentes, de sediciosos. Pero él sabía que continuaban funcionando en la clandestinidad, donde los artesanos se apoyaban unos a otros en caso de enfermedad o falta de trabajo.

Foster era la única pista que tenía para atrapar a P, e iba a seguirla.

Liliana, sin saberlo, le facilitó las cosas al enviarle recado de que necesitaba pasar a visitar al sujeto, para entregar frascos de confitura que ella misma había ayudado a elaborar en las cocinas de Hatfield Manor, y algunas medicinas.

Patrick se personó en casa de los duques dos días después, no sin antes haberse pasado por la ciudad; no quería acompañar a Lili con las manos vacías, de manera que, en la grupa de Saladino, llevaba un par de sacas. Esperaba que sus compras, aunque no tan necesarias como la comida o las medicinas, fueran un acierto.

Dejó la montura en manos de uno de los mozos de cuadra de Hatfield Manor, pidiéndole que cargara los bultos en el carruaje que lady Liliana fuera a utilizar.

El duque lo recibió de inmediato, muy animado. Le estrechó la mano con fuerza, le palmeó un hombro y lo invitó a pasar a su despacho.

—Mí hija y la señora Pitt bajarán en un momento.

—¿Lo encuentro eufórico o me equivoco en la apreciación, excelencia?

—Lo estoy. ¡Vaya si lo estoy! —aseguró, sirviendo ya dos copas. Le entregó una, buscó algo en su escritorio y le mostró un documento—. Mañana tendremos la rúbrica del regente y nuevas leyes para paliar los abusos a la clase obrera.

—¡Por fin! —exclamó el joven tras examinarlo, devolviéndoselo—. Abolir las *Combination Laws*[4] es ya solo cuestión de tiempo.

—En efecto. Y esperemos que no se tarde demasiado. ¿Tu padre no te lo ha comentado?

—Apenas lo he visto estos días, he estado ocupado.

—Algo he oído. Por cierto, felicidades por lograr encontrar a esa chiquilla, aunque quedes en la sombra y tu nombre no aparezca en los periódicos; imagino que ha significado mucho para ti llevar el caso a buen término. —Apreció que en la mandíbula de su invitado empezaba a latir un músculo y se calló. A pesar del tiempo transcurrido desde la desgraciada muerte de su hermana, Patrick la tenía siempre presente, aunque nunca la nombraba. Le entendía a la perfección; tampoco a él le agradaba sacar a colación el suicidio de su padre. Dejó pues el documento sobre la mesa y cambió de tema—. En cuanto a esto, queda mucho por hacer, desde luego. Pero es un primer paso.

Ambos se sumergieron en la conversación, entusiasmados de poder ser testigos de unos cambios que, lejos de mermar las ganancias de los más poderosos, comenzarían a conducir a

Inglaterra hacia un mundo más equitativo. A ninguno de los dos le cabía duda de que, con esfuerzo y tesón, podrían conseguirse importantes logros.

Se levantaron al escuchar a Lili pedir a uno de los criados que llevara los paquetes al carruaje.

—No le digas nada sobre la firma —pidió el duque—. Me gustaría ser yo quien le dé la buena nueva durante la cena, ya sabes que el tema le interesa.

—Cuenta con ello, excelencia.

Liliana estaba estupefacta.

Samuel y su esposa sonreían como si los presentes fueran para ellos. Los niños, sin embargo, no se atrevían a acercarse a ninguna de las maravillas que tenían ante sus asombrados ojos. Simplemente, no estaban acostumbrados, algunos de ellos ni siquiera sabían para qué servían o cómo funcionaban. Pero les era imposible dejar de mirar aquel despliegue de atrayentes objetos.

Viendo sus caritas, Liliana notó que su pecho se inundaba de amor hacia Patrick. Arrodillado en el suelo, sin importarle si se manchaba el pantalón o no, parecía un crío más.

Debería habérsele ocurrido a ella. Preocupada en esencia de que tuvieran ropa de abrigo, comida o medicinas, no había reparado en aquel detalle. Él sí lo había hecho. Lo que demostraba que era un buen hombre. El hombre al que ella se había propuesto conquistar, por mucho que se resistiera.

—Vamos, acercaos —incitó Patrick a los chicos.

Uno de los niños, rubio como el oro y de enormes e inteligentes ojos grises, fue el primero en decidirse.

—¿Qué es eso, señor? —preguntó señalando uno de los objetos.

A Lili se le encogió el alma. Ni siquiera sabía de qué se trataba. Tenía amigas que entretenían sus tardes de invierno diseñando miniaturas de muebles, que luego encargaban a un ebanista, para sus casas de muñecas, o adornaban sus camas con costosas marionetas con cara de porcelana. Incluso ella había tenido aros, caballitos de madera y cajas de música. Los juguetes solían estar restringidos para las clases pudientes, y no siempre, porque los niños eran vistos como adultos en formación; apenas se les daba importancia a los juguetes. Y allí tenían de todo: muñecas de trapo, peonzas, figuras de madera, tabas pintadas de colores, canicas... ¿Había atracado Patrick una tienda en Bond Street?

—Una peonza. ¿Quieres que te enseñe a manejarla?

Asintió el pequeño con énfasis y él procedió a hacerla girar, hasta arrancar la risa de los niños que, poco a poco, animados por Samuel y Bertha, se acercaron y fueron eligiendo un juguete. Momentos después la casa estaba llena de risas y entusiastas exclamaciones infantiles.

Liliana estaba a punto de echarse a llorar, le escocían los ojos de retener las lágrimas. Le hubiera gustado estar a solas con Weymouth para besarle a placer, para agradecerle lo que estaba

haciendo.

Dejaron a los niños entretenidos con las explicaciones de Patrick, y pasaron a otro cuarto para desembalar los paquetes de Lili, momento en el que ella, centrada ya en el otro asunto que la había llevado allí, hizo una seña disimulada a Samuel y ambos se dirigieron hacia el cuarto secreto.

Patrick los observó por el rabillo del ojo y se hizo el despistado, aunque todo su cuerpo se puso en tensión. Ya no le cupo duda de que allí pasaba algo raro. Esperó unos segundos antes de dejar a la chiquillería y seguirlos. Nadie iba a salir de aquella casa hasta averiguar qué se traían aquellos dos entre manos.

Capítulo 21

Liliana quiso que se la tragara la tierra.

Entregaba su última octavilla a Samuel y este abría el cuarto donde estaba la imprenta, cuando apareció el vizconde. Sorprendidos, pillados en falta, sin tiempo para reaccionar, ni Foster ni ella pudieron evitar que Patrick se hiciera con la lamparilla, empujara a Samuel a un lado y se asomara al interior.

—Lo que me temía. Así que no ha olvidado usted su anterior oficio en Portsmouth, ¿eh?

El otro contuvo la respiración, se mordió los labios y no respondió, aunque intercambió una rápida y temerosa mirada con la joven.

Lili ahogó un gemido. Era imposible dar una explicación creíble a Patrick: Samuel tenía en la mano su escrito y acababa de descubrir la vieja imprenta. Además, quedaba claro que había investigado a su colaborador. ¿Cómo iba a saber, si no, que había trabajado de impresor en Portsmouth? ¿Desde cuándo llevaba tras ellos?

—Entrégume ese papel, señor Foster —pidió Patrick, pasándole el quinqué.

El pobre hombre no pudo negarse. Weymouth se hizo con la hoja y sus ojos, convertidos en dos ranuras que rezumaban irritación, recorrieron las escasas líneas escritas.

—P —dijo, al ver la firma del panfleto. Y su mirada se quedó clavada en el rostro pálido de Liliana. Le parecía imposible que fuera ella, pero las pruebas eran tan evidentes que era imposible obviarlas. Así y todo, necesitaba confirmarlo—. Es tuyo, ¿verdad? Lo has escrito tú. Todos los malditos pasquines que se han distribuido por las calles de Londres han salido de tu mano.

Negarlo era un absurdo, así que ella, poniéndose delante de Foster, lo admitió sin más; pretendió, de paso, salvaguardar a su colaborador.

—Estás en lo cierto. Pero Samuel solo ha seguido mis órdenes.

—No es necesario que me defienda, milady.

—En efecto, no es necesario que lo hagas. Es tan culpable como tú, ¡qué demonios!

—Te digo que no le quedó otra opción. Si le has investigado, como parece que has hecho, sabrás que es un buen hombre. Le obligué a colaborar.

—Seguro que sí. Amenazándole a punta de pistola —aseguró en tono sarcástico.

—Nada tan rocambolesco, Weymouth. Me enteré de que tenía la imprenta, de que hacía

pequeños trabajos con ella, y le exigí que grabara las reivindicaciones.

Patrick volvió a leer la octavilla. El papel significaba la prisión para ambos. Liliana llevaba meses volviendo locos a los agentes, soliviantando al pueblo, exasperando a Prinny y cabreándolo a él. Le resultaba inaudito que una muchacha hubiera tenido de cabeza a todos, implicando en aquella locura a Foster y a quienes se encargaban de ir clavando los anónimos en las puertas.

—Supongo que la puñetera P —aireó el papel delante de las narices de la joven— es por Phillipa.

—Siempre he odiado ese nombre. Pero sí, has vuelto a acertar.

—Y ahora ¿qué tengo que hacer con vosotros dos?

—¿Olvidarte de todo? —ironizó ella, aunque notaba que le sudaban las manos y el miedo hacía que le temblaran las rodillas.

Patrick había sido su amigo en la infancia, sí, pero sus caminos habían tomado distintos derroteros: mientras él servía a la Corona, ella la agujoneaba; sus familias se conocían desde siempre, mantenían una excelente y estrecha relación, pero eso no conllevaba que olvidara las leyes porque, ante todo, era un hombre de honor.

Con las pulsaciones disparadas, esperó su reacción. Él no decía nada, solo los miraba alternativamente y leía una y otra vez la cuartilla, como si quisiera aprendérsela de memoria o no acabara de creer lo que estaba viendo.

Si su padre no la hubiera obligado a llevarlo de escolta...

Si no se hubiera despistado...

Si no...

«Demasiados tiempos condicionales, Lili. Has jugado y has perdido. Se acabó», aceptó.

A lo que no estaba dispuesta era a arrastrar con ella a Samuel. De modo que se adelantó un paso hacia Patrick, estiró los brazos y juntó las muñecas.

—Arréstame.

El vizconde encajó las mandíbulas.

—Deja de hacer teatro, Lili, no llevo unos grilletos en el bolsillo. —Sin hacer el menor caso de ella, se guardó la cuartilla y clavó su mirada en Foster—. Cierre ese cuarto. Solo se lo voy a decir una vez, amigo: si vuelvo a enterarme de que utiliza esa imprenta para fines delictivos, yo mismo lo llevaré agarrado del cuello a Newgate. ¿He sido claro?

Lili dejó escapar el aire que había estado reteniendo y Foster recobró el color del rostro.

—¿No va a...? ¿No va a denunciarme, milord?

—¿Qué ganaría con ello? Si alguien vincula su nombre con el de lady Liliana, sería un escándalo mayúsculo.

—Gracias, milord.

—No me las dé. Lo estaré vigilando. Un paso en falso, Foster, y no tendrá una segunda oportunidad.

—No lo daré, se lo juro.

Liliana, sin atreverse a abrir la boca, tan encolerizado lo veía que le siguió en completo silencio. Se despidieron de los niños, de Bertha, que a Patrick le quedó cristalino que nada sabía de todo el embrollo, y salieron a la calle. Michael hizo su aparición segundos después, dando la vuelta a la esquina.

—Baje de ahí y busque un coche de punto, por favor —ordenó el vizconde cuando paró a su lado.

—¿Perdón, milord?

—Que busque un coche de alquiler; lady Liliana y yo tenemos que hablar a solas.

—Pero, milord... —intervino la chaperona que, al escuchar la inusitada petición, asomó la cabeza por la ventanilla— ¡no es decoroso! Tengo la obligación de velar por...

—Le agradecería que guardara silencio, señora Pitt. Si se queda más tranquila, le juro que su pupila llegará sana y salva a Hatfield Manor, pero necesito hablar con ella.

—Sin embargo, debería esperar a estar en... —La protesta murió en labios de Flora; los ojos del joven rezumaban cólera, la muchacha callaba y, a fin de cuentas, él era su escolta por deseo expreso del duque—. Como usted quiera, lord Weymouth.

Michael tardó unos minutos en regresar con un coche, tiempo durante el cual ni Liliana ni Patrick hablaron. Ella lo miraba de reojo, retorciéndose las manos, pero no se atrevía a decir nada por miedo a que él se lo pensara mejor y decidiera arrestar a Samuel.

—Sígales a ellos —pidió Patrick al otro cochero, extendiendo la escalerilla para que la muchacha subiera, mientras el carruaje del duque emprendía ya camino.

Capítulo 22

Apenas se pusieron en movimiento, ella se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Te agradezco...

—No me encrespes más, Liliana —interrumpió él—. Aún puedo regresar y arrestar a Foster. Y luego, a ti.

—Solo quería darte las gracias por los juguetes que has traído a los chiquillos. Ha sido un detalle precioso.

A Patrick, aquella salida lo dejó descolocado.

«¿Los juguetes? ¿A quién le importan los juguetes, cuando acabo de pescarte in fraganti y eres carne de presidio? No te funciona bien la cabeza, cariño. O eres más bruja de lo que pensaba y quieres engatusarme».

—No voy a denunciarte, de modo que no es necesario que trates de camelarme con halagos. Pero si no te entrego a la justicia, no es por librarte de un castigo que te has ganado con creces.

—Lo supongo. Lo haces por el honor de mi familia y todo eso. Los escándalos no son bienvenidos en las clases altas.

—Tus padres no merecen un disgusto semejante. Por ellos, voy a ser, en cierta forma, deshonesto con quien me encargó que te encontrara; nada se sacaría metiéndote entre rejas. A fin de cuentas, me pidieron que P desapareciera y va a desaparecer. Aquí y ahora.

—¿No podemos quedarnos con las manos cruzadas mientras...!

—Mañana se firmarán algunas leyes que el Parlamento ha estado exigiendo —atajó su protesta.

—¿Cómo dices?

Patrick chascó la lengua, se pasó la mano por el cabello, molesto consigo mismo, y acabó por confesar:

—Le prometí a tu padre que no te adelantaría nada, pretende contártelo él esta noche. Así que, por favor, hazte de nuevas cuando te lo diga, si no quieres dejarme en evidencia. ¿Es posible que puedas hacer algo tan simple? —Ella lo miraba con los ojos muy abiertos y una sonrisa tonta en los labios, como lo hubiera hecho una chiquilla ante el mejor de los regalos—. Como ves, ya no hay motivo para que P continúe distribuyendo sus papeletas de censura.

—¿No tratas de engañarme? ¿Lo dices en serio? —Lo vio asentir y palmeó como una colegiala—. De modo que lo hemos conseguido. ¡Lo hemos conseguido, Patrick! ¿No es maravilloso?

Se la veía tan ilusionada que él se contagió de su entusiasmo. También le hacía feliz la noticia, no iba a negarlo; muchos nobles llevaban tiempo tras esas reformas. Y le encantaba verla con los ojos chispeantes de emoción.

Liliana podía ser un suplicio un momento y, al siguiente, convertirse en una muchacha soñadora que parecía no haber roto un plato en su vida. Esos cambios eran lo que le atraía de ella, lo que, poco a poco, lo había conquistado. Era leal a sus principios, capaz de arriesgar su nombre y hasta su libertad por algo en lo que creía. ¡Qué pocas personas así existían! En una sociedad donde cada cual iba a lo suyo, donde primaba el poder, Lili era como una brisa fresca que hacía de la vida algo más hermoso.

—Ahora tendrás que dedicar tu tiempo a otro tipo de actividades menos arriesgadas.

—No voy a abandonar las clases a las reclusas, si es lo que tratas de decirme —avisó.

De nuevo salía a la palestra la inconformista, la atrevida y temeraria hija del duque de Hatfield.

—Ni yo te lo pediría, porque es una labor muy loable, que merece todo mi respeto. Sin embargo, deberías pensar en tu futuro, hacer caso a tu padre y buscar esposo.

—Eso llegará cuando llegue. Puede que sea demasiado imprudente, como todos decís, pero te aseguro que no tengo aspiración alguna de acabar soltera; mucho menos, de meterme a monja. Desde que me presentaron en sociedad, he tenido a mi alrededor a unos cuantos pretendientes, no creo que sea difícil elegir —bromeó.

—Tampoco te será fácil encontrar a uno que soporte tu original y arriesgado modo de ver la vida —gruñó él sin proponérselo.

Figurársela del brazo de un hombre, de cualquier hombre que no fuera él, aunque se tratara de uno que vistiera hábito, hacía que le hirviera la sangre y se le avinagrara el humor. Lamentaba admitirlo, pero tenía celos hasta del aire que mecía sus rubios cabellos. A pesar de ello, nunca restringiría su independencia; le gustaba tal y como era: un alma libre. No quería a una Lili diferente.

Liliana se echó a reír al escucharle. Sabía que no iba a ser fácil encontrar al candidato adecuado, como él decía. Lo que no le importaba en absoluto, puesto que ya había elegido: el vizconde de Weymouth. Lo quería. No. No solo lo quería, lo amaba. Si le quedaba una ligera duda de lo que sentía por él su corazón, aquella tarde le había demostrado que era el hombre de su vida. El hombre que había sacrificado sus principios al dejar libre a Foster. El que no pensaba delatarla. El que, aunque quisiera disimularlo, estaba de acuerdo con las demandas de P. Deseaba pasar junto a él cada segundo de su existencia, no admitiría a otro.

Además, si lo analizaba con frialdad, dejando a un lado el irrefrenable deseo de acariciarlo y besarlo cuando estaba a su lado, de saltarse todas las normas de buena conducta con tal de sentirlo pegado a ella, ninguno de los dos entraba en el clásico prototipo de dama o caballero. Él no dejaría sus esporádicos trabajos para la Ley, y ella no abandonaría sus tentativas de alcanzar una justicia más igualitaria. Eran afines. Se imaginó a ambos durante las cenas, charlando de las interesantes actividades del día, en las que no entrarían ni tediosos paseos por Hyde Park ni

soporíferas reuniones sociales, y no pudo reprimir otra sonrisa animosa.

El problema radicaba en cómo conseguir que Patrick se le declarase. Porque, descarada o no, no pensaba hincar la rodilla en tierra y pedirle que se casara con ella; a tanto no llegaba.

—De modo que tengo un modo arriesgado de ver la vida. Y... ¿cómo debería ser, según tu criterio, una dama que quiera pescar un esposo?

—Alguien que no busque complicaciones.

—Lo que yo hago a cada paso.

—Lo que tú haces a cada paso, sí —afirmó él—. Debería, además, ser una dama que convirtiera su casa en un reducto de paz y tranquilidad.

—Lo que no haría yo.

—Lo que no harías tú, desde luego —confirmó—. Una mujer serena, juiciosa, razonable, cabal...

—Justo lo contrario a lo que yo soy.

—Justo lo contrario, tú lo has dicho —ratificó Patrick.

«¿Por qué le recrimino todo aquello que es justo lo que me enamora de ella?», se preguntó.

—¿Y qué más? —Le instó Lili al ver que guardaba silencio.

—Con eso sería suficiente.

—¿No te has olvidado de lo más importante, Weymouth? —Sin darle tiempo a oponerse, abandonó su asiento y fue a ocupar un sitio junto a él. Tomó el rostro masculino entre sus manos, rozó sus labios con los de él, y sus ojos chispearon de diversión al ver que arrugaba el entrecejo—. No se te ocurra decirme que una dama bien educada no besa a ningún hombre, Patrick.

—No iba a hacer tal cosa.

—No te creo, pero lo dejaré pasar. Vuelvo a preguntarte: ¿no te has olvidado de nada?

—Por ejemplo...

—Que ese presunto esposo necesitaría una mujer... que lo besara... como yo sé besar.

No le permitió responder; se lo demostró. Le robó la razón con un beso tierno y dulce, a la vez que pasional, erótico y tremendamente carnal. Con él, no solo le entregó su propio corazón, sino su alma.

Al instante, se sintió atrapada por los fuertes brazos de Patrick. Se relajó entre ellos, le otorgó el poder, y apretó sus pechos contra su sólido tórax. Le dijo, sin palabras, que él le pertenecía y ella era suya.

Al separarse, con los ojos brillantes, los labios hinchados y las respiraciones entrecortadas, se quedaron mirándose un largo momento. Liliana suspiró y apoyó la mejilla en el pecho masculino, donde el corazón retumbaba acelerado.

—Sí. Acepto convertirme en la vizcondesa de Weymouth.

Patrick parpadeó varias veces seguidas y la tomó de los hombros para hacer que se sentara derecha. Aquella mujer conseguía dejarlo anonadado cada vez que abría la boca.

—¿Disculpa?

—Que accedo a casarme contigo.

—Pero... Pero...

—He de admitir que ha sido la declaración más inaudita que he oído nunca, cariño. Sacarme los defectos, en lugar de regalarme los oídos con todas mis virtudes, como haría un pretendiente...

—Encogió un hombro—. Bueno, al menos he de reconocer que ha sido original, y me encanta la originalidad. Así que repito: sí, quiero pasar el resto de mi vida a tu lado.

«¿Que acabo de declararme? ¿De veras?».

Patrick no fue capaz de hablar durante unos instantes, mitad desconcertado, mitad divertido. Luego, al comprender que había sido justo eso lo que había hecho, declararse, aunque de un modo muy poco convencional, se echó a reír, la abrazó y la besó de nuevo.

En esos momentos no le importó nada más. Se perdieron sus manos bajo la capa que la cubría, quitándose de los hombros para ir al encuentro de la suave piel del cuello femenino, para encontrar la calidez de un cuerpo que le respondía, que le nublabla la razón y lo hacía sentirse dueño del universo. Dejó vagar sus labios por la mejilla de Lili, mordisqueó el lóbulo de su oreja, se atrevió a descender hasta el escote...

Ella temblaba en sus brazos, pero una de sus manos le acariciaba la nuca, instándole a beber de sus labios; la otra, mucho más osada, bajaba entre ambos cuerpos. Su descaro lo volvía loco. Su vida junto a la hija de Hatfield iba a ser un verdadero torbellino, pero no quería otra. Nunca se había sentido tan vivo.

Perdidos en su mundo particular, no se dieron cuenta de que el carruaje reducía la velocidad hasta casi detenerse, y se internaba en un callejón. Solo volvieron a la realidad al escuchar un gemido de dolor y, un segundo después, un ruido sordo, como el de un cuerpo estrellándose contra el pavimento. Antes incluso de que pudieran investigar qué sucedía, la puerta de la cabina se abrió y ellos se encontraron con el cañón de una pistola que los apuntaba.

—¡Qué escena tan romántica! —señaló el intruso con sorna, al tiempo que ascendía al coche, sin dejar de encañonarlos.

Capítulo 23

—¿Qué significa esto?

Robert Sanders sonrió como una hiena, se acomodó frente a ellos y no desdeñó echar un largo vistazo a Lili que, tan asombrada como Patrick, y algo avergonzada, ordenó su capa con prisas.

—Significa, Weymouth, que he de zanjar un asunto que me incomoda desde hace tiempo. —Desapareció de golpe su presunta diversión y alzó el brazo armado para acercar el arma a la cabeza del vizconde—. Me ha dado usted muchos quebraderos de cabeza, amigo mío, y es hora de que deje de dármelos.

Patrick no entendía a qué se refería; apenas había tenido trato con aquel hombre. Por lo poco que sabía de él, era un juerguista y un derrochador, pero no estaba loco. Entonces, ¿qué motivo tenía para abordarlos y amenazarlo? Hubiera o no justificación para su proceder, pegó a Lili a su costado para apartarla de la pistola, de modo que ella no tuvo más opción que pasar un brazo tras su cuerpo. Por la repentina inhalación de aire que efectuó la joven, supo que, al abrazarlo, descubrió la pistola que siempre llevaba consigo. El miedo lo atenazó durante unos segundos y pidió al cielo que a ella no se le ocurriera hacer ninguna tontería.

—No irá a decirme, Sanders, que insiste en que le venda mi caballo, ¿verdad? —Trató de ganar tiempo, de distraerlo, mientras pensaba el modo de enfrentarse a él sin poner en peligro a Lili.

Su pregunta fue tan burlona, tan hiriente, que Sanders se irguió como si lo hubiese abofeteado; hasta su mano armada tembló debido a la rabia.

—¡¡Su jodida montura no me interesa!!

—Me alegra saberlo —declaró Patrick, cruzándose de piernas, con un brazo sobre los hombros de Liliana, aparentando una tranquilidad que no tenía—. Entonces, dígame, ¿a qué debemos el honor de su grosera compañía?

Lili lo miró de reojo y sintió que se le encogía el estómago. Aquel hombre parecía bastante dispuesto a apretar el gatillo, aún no entendía la causa, y Patrick lo agujoneaba, lo exaltaba adrede. Supuso que pretendía ponerlo nervioso, pero podía resultar una táctica peligrosa.

Ella, por regla general, no era miedosa, aunque en ese momento estaba muy asustada; no le apuntaban a una todos los días con un arma de fuego. Sin embargo, hizo un esfuerzo por aparentar calma, en tanto conjeturaba cómo podía ayudar a Patrick. No sabía qué hacer, pero sus dedos notaban el contacto del arma bajo la chaqueta masculina. Hizo intención de agarrarla y, a modo de

respuesta, como si hubiera adivinado sus intenciones, Patrick la pegó más a sí, de un brusco tirón.

—Muchos quebraderos de cabeza —repitió Sanders, con la mirada perdida en el rostro pálido de Lili y el trocito de piel que le permitía ver su capa medio abierta—. Hace tiempo que debería estar muerto y enterrado. —Regresó su total atención al vizconde—. Tendrían que haberle volado los sesos en el bosque.

—¡¡Fue usted!! —exclamó Lili, sin poder contenerse, impulsándose hacia adelante. De inmediato, Patrick la obligó a echarse hacia atrás—. ¿Por qué?

—No, querida. No fui yo. Tampoco fui el que disparó en la fiesta de los Rossington, no podía exponerme.

—Entonces... —Patrick le instó a seguir.

—De haber salido todo como estaba previsto, usted no me habría estropeado un negocio de lo más lucrativo, Weymouth.

—¿A qué negocio se refiere?

—Al de la hija de Bronson.

Los verdes ojos del vizconde taladraron a Sanders. Lili, por su parte, se quedó con la boca abierta, por completo confusa, mirando de forma alternativa a uno y otro. ¿Qué tenía que ver Patrick con el caso del secuestro? ¿Había dirigido la búsqueda? Era muy posible, sabía que colaboraba a veces con los *runners*. Pero, si había sido así, ¿por qué no le había dicho nada? ¿Por qué ocultárselo? ¿Por qué no compartir con ella el tormento que le habría supuesto la búsqueda de aquella pequeña? Aquel caso debía de haberle hecho revivir la angustia sufrida hacía años, cuando desapareció su hermana.

—De modo que usted es el misterioso socio de Terry Cottom.

—¿A qué negarlo a estas alturas? Lo era. Pero el contrabando, a pesar de lo que algunos piensen, no es tan rentable. El secuestro, sí. Y usted, Weymouth, estaba metiendo las narices donde no debía. Comprenda que tenía que quitarlo del medio. Pero el estúpido al que pagué para hacerlo falló estrepitosamente, por dos veces. Era un completo inútil.

A Patrick no le pasó por alto el tiempo verbal que acababa de utilizar.

—¿Ha dicho... era?

—Lo he dicho. Debe de estar haciendo amistad con los peces del Támesis.

—Un modo estupendo de no dejar testigos —admitió Weymouth—. Cottom muerto, su sicario también... Y ahora, yo, asesinado por su propia mano.

—Ciertas cosas, para que salgan bien, tiene que hacerlas uno mismo.

Liliana intentaba controlar los latidos de su corazón, que la aturdían al resonar en su cabeza. Sanders hablaba del crimen de un hombre y de su intención de eliminar a Patrick con total tranquilidad, como si estuviera comentando si llovería o no. Era un ser repugnante. Un asesino. Y la horrorizaba. Porque matar a Patrick significaba matarla a ella.

—¿También me asesinará a mí? —preguntó con voz algo temblorosa.

—Usted, milady, no entraba en mis planes. Hubiera preferido que nuestra relación fuese más

amistosa, más... íntima —insinuó con los ojos cargados de lujuria—. Pero su amante lo ha dicho antes: no puedo dejar testigos.

—Joshua Grey tampoco podía quedar vivo, ¿verdad? ¿Por eso mandó a alguien que lo liquidara dentro de la cárcel?

—El imbécil de Terry tenía aprecio a ese mocoso, nunca entendí por qué. Se negó en redondo a hacerlo desaparecer cuando lo pescaron con la nota que debía entregar a Bronson. Por desgracia, se libró de que le cortaran el cuello en el presidio y acabó hablando. Porque fue él quien le condujo hasta el Hot Lady, ¿me equivoco?

—En absoluto. Fue un error por su parte intentar matarlo, porque no pensaba hablar. Ahora está a buen recaudo, donde usted no podrá encontrarlo.

Sanders se retrepó en el asiento, pero sin perder de vista a ninguno de los dos, alternando su mirada de Patrick a Liliana, en la que se detenía un par de segundos más.

—Tampoco importa ya demasiado. —Chascó la lengua—. Todo se ha ido al traste. Ahora bien, alguien debe pagar los platos rotos; he perdido mucho dinero, Weymouth.

—Supongo que al decir «alguien» se refiere a nosotros. Y al cochero, al que supongo que ha matado ya.

El otro hizo un gesto vago con la cabeza, dando a entender que aquella muerte ni siquiera merecía un comentario por su parte.

—¿Sabe, Weymouth? Me va a facilitar las cosas que los encuentren a ambos juntos —dijo de repente, esbozando una sonrisa que a Lili le pareció diabólica—. Ustedes se quedan en un callejón para retozar sin que nadie los vea, y son asaltados. En estos barrios puede suceder cualquier cosa a estas horas. El robo no es algo anormal, todo lo contrario. Y si se resisten a entregar lo que llevan...

Liliana abrió mucho los ojos, en su rostro se reflejó el más absoluto terror y dejó escapar un sollozo, antes de apretarse más contra el fibroso cuerpo de Patrick.

A Sanders le resultó un llanto genuino, fruto del pánico, y le causó cierto regocijo.

No así a Patrick, que volvió a rogar al Altísimo que Lili le permitiera intentar solventar la incómoda y peligrosa situación, sin hacer alguna de las suyas. Sabía, conociéndola, que era mucho pedir, pero siempre había sido un hombre con fe y no podía perderla en ese momento. Por si acaso, la pegó más a él.

Liliana no se tenía por una heroína. No lo era. En realidad, imaginar lo que aquel mediocre y despreciable sujeto tenía pensado para ellos la paralizaba. Pero no podía permitir que el pánico la dominara porque su vida, y la de Patrick, estaban amenazadas. Su tío Alan siempre le dijo que, en momentos de apuro, había que mantener la cabeza fría.

De modo que acabó por alcanzar la pistola y, con todo el disimulo de que fue capaz, llorando ya de modo exagerado para distraer a su enemigo, la dejó entre Patrick y ella. Notó de inmediato ponerse rígido el magnífico cuerpo del hombre al que amaba, y él le regaló una mirada extraña, mezcla de amonestación y alarma.

Lili fue a echar mano a su bolsito, olvidado en el suelo tras su fogoso intercambio de besos y caricias con Patrick.

—Ni se le ocurra tocarlo, milady, si no quiere que le vuele la cabeza antes que a su amante —avisó Sanders.

—Solo quiero un pañuelo —dijo ella con gesto compungido.

—No me extrañaría que llevara una de esas ridículas pistolitas, que se están poniendo de moda entre las damas.

Ella no llegó a tocar el bolso y se lo quedó mirando con los ojos abiertos como platos, brillantes por las lágrimas. Se cubrió la cara con las manos y, entre sollozo y sollozo, le dijo:

—¡Es usted un hombre horrible, horrible, horrible!

Acto seguido abrió su capa, se levantó el ruedo del vestido y, ante el total asombro de los dos hombres, se secó los ojos con el borde de la enagua, dejando a la vista un espléndido par de piernas, enfundadas en medias de fino algodón con capullitos bordados en rosa.

A Sanders se le quedó la mirada prendada en tan magnífica visión. Fueron apenas dos segundos los que su mente se quedó en blanco, pero tiempo suficiente para que Patrick actuase, echándose sobre él, y sujetándole con ambas manos el brazo armado. Forcejearon como dos fieras, medio tumbados sobre el asiento: Sanders trataba de no perder la pistola; Patrick, intentaba quitársela.

La cabina del carruaje se llenó de maldiciones, no aptas para los oídos de una dama. Dama que, logrado su objetivo de distracción, se lanzó como una loca hacia la pistola que estaba sobre el asiento, la empuñó y curvó el dedo en el gatillo para apuntar hacia Sanders.

Había usado un arma de fuego en alguna ocasión, practicando junto a su tío Alan. Si su padre pudiera verla en ese momento, en una situación tan comprometida, no diría que su hermano suponía una mala influencia para ella. Alan le había enseñado a disparar, aunque no había sido una alumna aventajada en ese sentido, y no era lo mismo hacerlo contra una calabaza que contra un ser humano. Le temblaba la mano; no se sentía capaz de apretar el gatillo. No podía hacerlo cuando podía herir a Patrick en lugar de acabar con su oponente; ellos no paraban de moverse mientras intercambiaban golpes.

Patrick recibió el impacto de una rodilla en pleno tórax, que le hizo blasfemar en voz alta y encogerse. No por ello soltó a su presa. Al contrario: asestó un golpe con el codo en la mandíbula de Sanders, que le obligó a chocar contra el asiento. Volvieron a enzarzarse en una serie de golpes, exabruptos y gemidos de dolor.

Lili abandonó su primigenia intención de volarle los sesos a Sanders; no podía arriesgarse. Tiró el arma a un lado y puso en práctica otra de las lecciones de su tío: cerró el puño y golpeó, con todas sus fuerzas, la entrepierna de Sanders, cuyo alarido le pareció una bendición. Su ataque, no obstante, hizo que el sujeto se revoliera, golpeándola con el tacón de su bota en el muslo, haciendo que ahogara un grito de dolor.

Al instante siguiente, todo había terminado. Weymouth, aprovechando su ofensiva, mandó un directo a la mandíbula de su oponente, con tanta rabia, que su cabeza golpeó contra un lateral y

quedó inconsciente. Se guardó la pistola, y dejó que el cuerpo resbalara, acabando retorcido en medio de los asientos.

—¿Estás bien, tesoro?

Liliana se mordió el labio inferior, mientras se masajeaba el muslo dolorido.

—Voy a tener un bonito cardenal, pero sí, estoy bien.

Patrick empujó el cuerpo de Sanders, se acomodó a su lado, y guardó su propia pistola, que ella le tendía. Luego, la tomó de la cintura y la sentó sobre sus muslos. No preguntó nada más, solo se dedicó a devorar su boca, a envolverla en sus brazos, a apretarla tan fuerte que Liliana pensó que le rompería una costilla. Dejó que el miedo que lo había embargado se diluyera proporcionándole caricias.

Oyeron moverse y gemir a Sanders y se separaron, aunque sus miradas seguían prendidas, diciéndose sin hablar que se amaban.

Patrick suspiró hondo. Se negaba a dejarla ir, necesitaba seguir teniéndola contra su cuerpo y besarla una y mil veces, hasta que le pidiera clemencia, hasta que se acabara el mundo. Había estado a un paso de perderla; la sola idea de que pudiera haber salido herida de gravedad lo perturbaba. Quería mantenerla a salvo. Y la mejor forma de hacerlo era tenerla siempre a su lado. No detrás, sino a su lado.

Ella lo miraba con una sonrisa en los labios, y no se cansaba de hacerlo. Porque, incluso, con el cabello revuelto, las ropas desarregladas y el cardenal que ya se le empezaba a formar en el mentón, para ella era el hombre más apuesto de la tierra. Tenía unas ganas inmensas de decirle que lo encontraba fascinante.

—Deberíamos atarlo —sugirió, sin embargo.

A él casi le irritó la agudeza de Lili, regresándole de golpe a la realidad, cuando él estaba perdido en ensoñaciones. Nunca dejaría de sorprenderlo. Por eso la amaba.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, se alzó de nuevo el ruedo del vestido y procedió a quitarse las ligas y las medias, para tendérselas después. Patrick aprovechó para recrearse con delectación, lo que antes, dadas las circunstancias, no había podido hacer.

Justo cuando acababa de atar las muñecas de Sanders a la espalda con una media, y procedía a trabar sus tobillos con la otra, escucharon el sonido de las ruedas de un carruaje sobre los adoquines. Segundos después, se abrió la puerta de la cabina y el corpachón de Michael asomaba por ella.

—¡Por Dios, milady! ¿Qué ha pasado? Desaparecieron sin más, y llevamos un buen rato buscándolos. Casi paso de largo por el callejón.

Empujándole para que se hiciera a un lado, asomó a su vez la señora Pitt, que se llevó la mano al pecho y lanzó un gritito ridículo al ver el cuerpo inerte de Sanders.

—¿Qué ha pasado? —Quiso saber también.

—Nos atacaron, pero estamos bien, no se preocupen. ¿Quiere mirar cómo se encuentra el cochero, Michael, por favor?

Tardó menos de medio minuto en regresar. El que Patrick aprovechó para guardar la octavilla que requisara a Samuel Foster en la bota de Sanders. Liliana captó la idea, asintió y disimuló una sonrisa. El ardid de Patrick significaba haber capturado, no solo al secuestrador de la hija de Bronson y al asesino de Cottom, sino al buscado y subversivo P.

—Tiene un buen golpe en la cabeza —informó Michael—, pero se recuperará.

—Gracias a Dios.

La señora Pitt no salía de su asombro. Le hubiera gustado preguntar mil cosas, pero no sabía por dónde empezar. No era capaz de dejar de mirar, con un gesto de repugna, al individuo que yacía maniatado en el suelo del carruaje, y que había atacado a su señora.

—¡Dios bendito! ¡Dios bendito! ¡Dios bendito! —repitió mientras se persignaba de corrido. De pronto frunció el ceño, se inclinó un poco hacia adelante y abrió los ojos como platos, antes de clavar su mirada en Liliana—. Eso con lo que han atado a ese hombre... ¿no son sus medias, milady?

Epílogo

—¡C

ondenado sea!
Apenas soltar la imprecación, le llegó el perfume de Liliana y se volvió. Ella le ofreció sus manos y él las tomó para acercarla un poco. No tanto como hubiese deseado, por supuesto. Porque lo que en realidad quería era cargarla en brazos y perderse con ella en una de las habitaciones de Hatfield Manor, donde se celebraba la fiesta de su compromiso.

—Voy a ser la envidia de todas las muchachas de Londres por haber pescado a un hombre tan atractivo como tú.

—¿Desde cuándo te importa lo que piense el resto del mundo, brujilla?

Ella echó la cabeza hacia atrás y rio. Estaba preciosa y sus ojos azules centelleaban de alegría. Además, aquella noche se había esmerado con su atuendo: el vestido de raso dorado dejaba sus hombros al descubierto, lucía pequeños pendientes y una sencilla gargantilla de brillantes, y sus cabellos brillaban como los rayos del sol. Era lo más hermoso que él hubiese visto nunca.

Hubiera dado cualquier cosa para que la fiesta terminase en ese instante, para que todos se esfumaran y solo quedaran ellos dos. Ansiaba estar a solas con ella, demostrarle que lo tenía rendido a sus pies, que la amaba por encima de todo; desnudarla poco a poco, ir besando cada trocito de piel que fuera descubriendo, hacerla gemir entre sus brazos. Anhelaba subir con ella a las mismísimas puertas de la gloria, bajar y volver a emprender el vuelo...

Pero para eso faltaban aún dos largos meses, y ni su familia, ni la de Lili, iban a dejarle que lo olvidara. Sobre todo, Maine, que no lo había perdido de vista durante toda la velada y, en ese momento, los vigilaba desde la puerta ventanal que daba al salón.

—¿A quién insultabas? —preguntó la muchacha con una sonrisa divertida, porque le había escuchado protestar. Hizo intentó de acercarse más, pero él la mantuvo a la prudente distancia de dos cuartas, obligándola a enarcar sus rubias cejas—. ¿Qué pasa?

Patrick volvió a renegar por lo bajo. Se encontraban en el extremo más alejado de la terraza; de no ser por los ojos de halcón de Chambers, hubiera podido besarla a placer. Pero ella le estaba prohibida hasta que le pusiera un anillo en el dedo.

—Tú tío no nos quita ojo.

—¿Y...?

—Me dejó bastante claro que no te pusiera las manos encima.

—¡Pero si acabamos de prometernos! Todos y cada uno de los asistentes a la fiesta lo ha escuchado. ¿Qué tiene de malo que me abrace?

—Al parecer, a él le da igual que vayamos a contraer nupcias dentro de dos meses.

—Se me van a hacer interminables —suspiró—. ¿No podríamos fugarnos a Gretna Green? —preguntó mimosa.

—¿Y dar un disgusto a todos? Entonces sí que no saldría vivo.

—¿A qué te refieres?

—A tu tío Alan. Hace unos minutos ha vuelto a recordarme que me mantenga alejado de ti... si quiero tener un heredero.

—¡Condenado sea! —Lo agravió entonces ella, volviéndose para echar una mirada admonitoria a su tío, quien, con la ironía que lo caracterizaba, le hizo una burlona reverencia desde la distancia.

—Una dama no dice esas cosas —reprochó Patrick sonriendo.

—Pues a esta dama le están entrando ganas de atizarle a alguien una buena patada en la espinilla.

Patrick rio con ganas. Aquella era su chica: atrevida, porfiada y fascinante. Una polvorilla capaz de volverlo loco y conseguir que fuera de rodillas tras ella. Sería capaz de hacerlo, si se lo pedía. Suspiraba por probar su boca de nuevo, pero se limitó a entrelazar sus dedos con los de ella.

—Te amo.

—Demuéstrame y bésame.

Patrick miró de reojo hacia la entrada del salón. Maine había cruzado los brazos sobre su poderoso pecho y no parecía dispuesto a desaparecer.

—¡Al demonio con él! —dijo, enlazando a la muchacha de la cintura.

—¡Espera! —Liliana le empujó, volviendo a apartarlo.

—Y ahora ¿qué es lo que pasa?

—¿No has dicho que mi tío te ha amenazado con... con...? —Bajó un instante los ojos hacia el pantalón masculino y se sonrojó—. Bueno, ya sabes...

—Si se atreve a impedirme que te bese ahora, lo asesino —aseguró él muy serio.

—Pon las manos detrás de la cabeza.

—¿Qué?

—Que pongas las manos detrás de la cabeza.

Patrick no acababa de entender qué era lo que ella pretendía, pero siguió sus indicaciones, y hasta cruzó los dedos tras la nuca. Al segundo siguiente tenía las delicadas manos de Liliana acariciando su pecho, su cuello, su rostro... Introduciendo el dedo índice en su boca. Gimió y cerró los ojos con fuerza, notando que todo su cuerpo se endurecía.

—¡Jesús! ¡Lili, por Dios!

—Y ahora... que venga si se atreve. —Rio ella entre dientes, provocando que Patrick apretara

los suyos.

—Tesoro, van a vernos.

—Me gustaría besarte en medio de Hyde Park, para que todos sepan lo mucho que te amo.

—Atrevida —jadeó.

—Pero te gusto así —aseguró ella, mordisqueándole el mentón.

—Dos meses son una eternidad, mi vida. No sé cómo voy a soportar la espera hasta tenerte desnuda en nuestra cama.

—Podría dejar la puerta de mi cuarto abierta esta noche... —insinuó Lili con picardía. Estaba sonrojada por su atrevimiento, pero no le importaba; sería capaz de cualquier locura por aquel hombre.

—Desvergonzada.

—Por eso me amas.

—Con toda mi alma.

Ella desvió la mirada hacia el salón. Su tío, con cara de pocos amigos, parecía a punto de ir hacia ellos. Pero justo en ese momento una preciosidad de cabello rojizo y ojos verdes le acarició el rostro, haciendo que volviera la mirada hacia ella. Al vizconde de Maine se le olvidó Patrick, el honor de su sobrina y hasta el resto de los invitados. Ya no tuvo ojos más que para ella.

Lili sonrió al ver que su tío seguía a la muchacha hacia el interior, desde donde les llegaban las notas de un vals. Y continuó besando al hombre que pronto se convertiría en su esposo.

Patrick no pudo resistir más la tortura de sus caricias sin poder tocarla. Bajó los brazos para rodearla con ellos y buscó su boca para saciarse de ella.

«Alan, las normas de conducta y las posibles consecuencias pueden irse al infierno», se dijo.

—Patrick...

—¿Huum? —Los labios de Liliana eran un manjar.

—¿Crees que me admitirían como colaborada en los *runners*?

Pillado por sorpresa, Patrick se apartó de ella, la sujetó de los hombros y sus ojos despidieron enojo.

—¡¡Por encima de mi cadáver!!

—Formamos un buen equipo, ¿no te parece? Conseguimos apresar a Sanders. A fin de cuentas, lo atamos con mis medias. Y no veo por qué te alteras tanto. ¿Qué tiene de malo? Estoy segura de que una mujer puede ser una excelente investigadora.

—¡¡He dicho que por encima de mi cadáver, Liliana!!

—Lo discutiremos en otro momento —cedió ella, tímida, aunque a Patrick no consiguió engañarlo—. Ahora, sigue besándome, Weymouth; me encanta cómo lo haces.

FIN

Nota de autora

Tras la publicación de *Rivales de día, amantes de noche*, la primera entrega de *Un romance en Londres*, sois muchas las que me habéis pedido la historia de uno de sus personajes secundarios: Lili Chambers, hija del duque de Hatfield. Bueno, pues ya la tenéis. Entre tanta historia como se me pide, he sacado tiempo para escribiros esta novela corta, que con tanta insistencia me reclamabais. Espero que os guste saber qué ha sido de ese personaje y leer su romance. Poco a poco, intentaré escribir otras novelas cortas de los secundarios que os han gustado tanto.

Me he tomado la libertad de poner colorido a los fuegos artificiales que aparecen en la fiesta de los Rossington, pero quiero que sepáis que hasta el 1830, no llegó el color, y parece que fueron los pirotécnicos italianos quienes lo lograron. Para conseguir el rojo utilizaban estroncio, el verde lo conseguían con bario, con cobre hacían el azul, y el sodio lo ponían para el amarillo. Según he leído, aumentaban el brillo de los fuegos añadiendo clorato de potasio.

Por si alguien se pregunta qué son las Combination Laws: a finales del XVIII, en Inglaterra, los abusos de los capitalistas obligaron a los trabajadores a organizarse en asociaciones que, en casos de enfermedad, huelga, o paro, velaban por sus familias. Se llamaron sociedades de ayuda mutua, y perseguían mejoras laborales y salariales. Surgieron entonces las Combination Laws, que persiguieron a los trabajadores que se asociaban, tildándoles de revolucionarios y secesionistas. Sin embargo, fueron abolidas en 1824, facilitando que el movimiento obrero progresara con rapidez, y diera paso a los sindicatos de oficio.

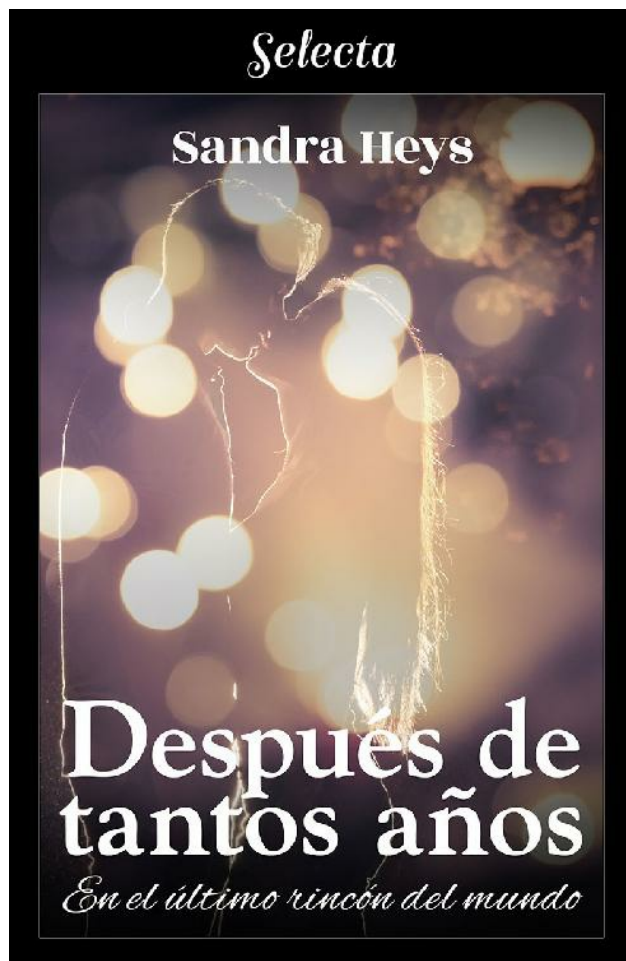
Ojalá hayáis disfrutado con esta historia. Ya sabéis que podéis poneros en contacto conmigo a través de las RRSS y de mi correo personal. Me encantaría conocer vuestras opiniones.

<https://www.facebook.com/escritoranieveshidalgo/>

<https://twitter.com/0rgullosaj0n>

nhidalgodelacalle@hotmail.es

Si te ha gustado
Lili, la intrépida hija del duque
te recomendamos comenzar a leer
Después de tantos años
de *Sandra Heys*



Capítulo 1

Faltaban tres días para Navidad y no tenía idea de qué hacer ese día.

En un año normal habría ido a la casa de Emilia, pero ella había viajado con su familia, por lo que estaba descartado. Eso sí que era extraño, pensar en Emilia casada y con una hija. Nunca imaginó que realmente iba a llegar tal día.

A pesar de los intentos desesperados de Emilia, para hacerles creer que era tan déspota y ambiciosa como su abuelo, a él no lo engañaba. Le recordaba a cierto oscuro personaje de una muy famosa historia de un niño mago. Claro que ella no tenía el pelo negro y grasiento, ni tampoco la nariz ganchuda.

«¡Ja!, Cristóbal», se reprendió, «parece que te has juntado mucho con Carolina». Hablando de lo cual, necesitaba revisar por milésima vez los antecedentes de su adopción.

Una media hora después, había hecho los cambios que los documentos requerían, aunque eso aún no solucionaba el gran problema de qué hacer en Navidad.

Con toda seguridad, Sofía y Marcos lo acogerían como siempre en la mansión. El matrimonio había criado a Emilia desde muy niña, después de la trágica muerte de sus padres. Y en muchos sentidos, también lo habían terminado de criar a él, especialmente después del segundo matrimonio de Alfredo, su padre, con una mujer que era todo lo distinta que se puede pensar a su madre.

Cristóbal siempre había buscado refugio en la casa de Emilia. A escondidas del abuelo de ella, claro. Y Sofía y Marcos lo habían tomado bajo su alero, como otro hijo.

Suspiró, recordando con envidia a los hijos del matrimonio. Adolfo y Miguel no tenían idea de lo afortunados que eran. Cristóbal habría dado todos los privilegios económicos con que contaba a cambio de una familia como la de ellos.

Tomó una carpeta y descubrió que era el informe semanal del detective contratado por Emilia para que siguiera cada uno de los pasos de Federico Mackenna, el odioso primo de la mujer.

¡Dios! A veces le parecía que toda su vida giraba en torno a Emilia. Se sentía como la Luna, dando vueltas alrededor de la Tierra.

Más del cincuenta por ciento del trabajo desarrollado por Cristóbal estaba relacionado con el grupo Mackenna, la empresa que Emilia presidía y de la cual sería propietaria en cuanto se oficializara la herencia del viejo Felipe.

También, casi todo tiempo libre del que disponía lo pasaba con la familia de Emilia. Iba a las competencias de Carolina, los sábados en la tarde veía fútbol con Matías, su esposo, y algunos días a la semana almorzaba con Emilia.

Había solo dos cosas que no compartía con ellos. El almuerzo dominical con Alfredo y su madrastra, Patricia, y las ocasionales salidas con mujeres que conocía casi de nada.

Hizo una mueca dirigida a sí mismo al pensar en las mujeres con las que compartía una que otra velada. No estaba diciendo que no le agradara su compañía, por el contrario, pero... En fin, el único criterio para invitarlas era que fueran de clase trabajadora, no niñas ricas. Y bonitas, por

supuesto, eso se daba por descontado. Lo que le importaba, lo único que de verdad le importaba, era que fastidiaran a Patricia.

Bueno, ahí tenía algo que hacer el día de Navidad. Todos los años compartía el desayuno con Alfredo, aunque nada le atraía menos que pasar la mañana en la casa familiar.

Varios casos después, llegó a otro asunto de Emilia. La directora de un asilo de ancianos, que era patrocinado por ella, solicitaba recursos para un viaje a Valparaíso, que se realizaría dentro de un mes. Sacó la chequera que administraba para ella, emitió el documento, lo puso en un sobre con la dirección del asilo y lo dejó en la bandeja de salida de la correspondencia.

¿Y Emilia todavía creía que lo engañaba? Además del hogar, apoyaba económicamente a familias de escasos recursos con hijos de excelentes antecedentes académicos. Y como si eso fuera poco, todos los domingos visitaba a los ancianos internos. Muchas otras obras de caridad se beneficiaban a través de la Fundación Mackenna, pero esto era algo que Emilia hacía en persona.

¡Eso! Podía imitar a su amiga y visitar un hogar u hospital. Un hospital, eso le gustaba. Él entendía lo que significaba pasar una fecha tan especial en un lugar tan triste.

Su querida madre había sido diagnosticada con cáncer de mamas en julio, dos meses antes de que Cristóbal cumpliera quince años, ya quince años atrás.

Y escasos cinco meses después, el día 28 de diciembre, Cristina había fallecido, después de agonizar cinco días.

Cristóbal, Alfredo y su tía Claudia, hermana de Cristina, habían pasado la Navidad junto a la mujer, viéndola sufrir, sufriendo con ella a medida que la vida abandonaba su cuerpo.

Estaba decidido, iría a algún hospital, visitaría el ala de los niños enfermos de cáncer, les llevaría algunos juguetes y dulces, para que disfrutaran del día.

La cuestión era qué hospital visitar. Con suerte conocía una clínica privada. Y eso no le interesaba.

Se giró hacia el computador, abrió un buscador y sacó una lista de los hospitales de Santiago y los correspondientes directores. Necesitaría autorización para entrar al hospital y la única manera de conseguirla sería usando su posición y nombre.

Cuando reconoció el nombre de un director, por ser hermano de un colega, lo llamó. Instantáneamente consiguió la autorización. Y otra idea. También podía visitar a personas adultas que estuvieran con alguna enfermedad terminal, o de gravedad extrema, llevarles revistas, *puzzles* y acompañar unos momentos a familias que estaban viviendo lo mismo que él había vivido.

Cuando terminó de revisar las carpetas que tenía sobre el escritorio, tomó la billetera y salió de la oficina.

—Voy de compras, Marta —le dijo a su secretaria.

—Bien, Cristóbal, ¿a qué hora vuelves? —preguntó la mujer.

—No sé. —Se detuvo un momento frente al escritorio—. Por cierto, necesito cierta información, tú sabes cuál, todos los años pasamos por lo mismo.

—Hay un disco nuevo. —Marta sonrió irónica.

—¿Tu cantante favorito?

—El mismo —confirmó Marta.

—Dalo por hecho. —Cristóbal volvió a caminar—. Nos vemos a la tarde, o mañana, si no alcanzo a volver.

—Claro, ningún problema. No te olvides del desayuno.

En el ascensor, Cristóbal sonrió. Lo que más le gustaba de Marta, lo que había hecho que decidiera contratarla, era que Patricia la odiaba. Era una excelente secretaria, una buena mujer, trabajadora y fiel. Amante de su esposo y madre devota. Es decir, todo lo que su madrastra no era, representaba justamente lo que Patricia aborrecía.

Además, le encantaba la música tropical y vestirse con colores muy alegres, casi chillones, pero que ella sabía llevar muy bien y que eran totalmente acordes con la manera en que Marta enfrentaba la vida.

Todos los años, Cristóbal le preguntaba qué quería para la Navidad y compraba dos regalos exactamente iguales, uno para Marta y otro para Patricia, que tenía que fingir frente a su padre que le gustaba mucho lo que Cristóbal le daba. Ese era el regalo que se hacía a sí mismo.

En Nochebuena, tal como lo había pensado, Sofia, Marcos y los suyos lo recibieron felices. Cristóbal conoció al nuevo integrante de la familia, un niño nacido unos días antes y que había sido nombrado Marcos, como el abuelo.

La cena fue exquisita, el calor humano mejor. Y Cristóbal olvidó por unas horas a su propia y triste familia y la casi inexistente vida personal.

A la mañana siguiente fue a casa de su padre. Lo seguía haciendo por él, no quería perder el contacto con la única familia que le quedaba, a pesar de los catorce años de guerra silenciosa que tenía con Patricia.

Sonrió al ver la cara que puso la mujer al abrir su regalo, pero después lo pagó con creces al tener que soportarla alabando las virtudes de varias jovencitas tontas que estaban invitadas a la fiesta de Año Nuevo, intentando convencerlo de que se hiciera acompañar por alguna de ellas.

—Son todas muy recomendables para un muchachito como tú, hijo —concluyó Patricia.

Cristóbal la miró entrecerrando los ojos. Odiaba que le dijera hijo. Odiaba que lo considerara un muchachito tontón y manipulable que no supiera cómo elegir una pareja. Se parecía a su padre, pero el parecido se limitaba al físico.

—Me imagino —dijo Cristóbal, apoyándose en el respaldo del sillón donde estaba sentado. El tapizado era horrible, floreado y estridente, que, literalmente, ofendía al que posara los ojos sobre este. Y Patricia se jactaba de su buen gusto. Todas las reformas que le había hecho a la preciosa, sencilla y elegante casa de Cristina eran espantosas—; por desgracia, ya tengo una cita para esa noche, aunque no sé aún si venga a la fiesta.

—¿Por qué, hijo? —preguntó Alfredo.

—Es que ella me invitó a una fiesta de disfraces en casa de un amigo —explicó Cristóbal.

—Encuentro tan aborrecibles las fiestas de disfraces —aportó Patricia.

—A mí me encantan —refutó Cristóbal con una alegre sonrisa—, fingir ser lo que no eres —agregó mirando fijamente a la mujer.

—Cuando eras niño, tu madre pensaba que no seguirías la tradición familiar y querrías ser actor —comentó Alfredo, nostálgico—. ¿Vas a ir a la misa el 28?

—Por supuesto, ¿a las siete? —Cristóbal miró a su padre para confirmar la información, pero no fue él quien le contestó.

—A las doce, querido —rectificó Patricia—, en la tarde tenemos un compromiso.

—Papá, tú sabes que al mediodía siempre voy a misa con mi tía Claudia —respondió Cristóbal sin mirar a la mujer— y después almuerzo con ella.

—Ella ya debería acostumbrarse a venir a misa con nosotros —replicó Patricia con un gesto de desagrado en el rostro—; después de todo, ya pasaron quince años —agregó, restándole importancia a la fecha que había cambiado a la familia Gumucio Echaurren para siempre.

—Nadie... pidió... tu opinión —masculló Cristóbal poniéndose de pie.

—¡Hijo! —exclamó Alfredo, imitándolo.

—Yo no voy a tolerar que nadie me hable de esa manera —exigió la mujer, cruzando los brazos y girando la cabeza hacia la pared.

—Mejor para mí, así no te hablo. —Cristóbal le dio la espalda y caminó hacia la puerta—. Padre, nos vemos en la oficina.

—Cristóbal, no te vayas así...

Cuando iba caminando, escuchó las últimas palabras de Alfredo, pero no se devolvió. Siempre soportaba estoicamente las tonteras de Patricia, pero no el día del aniversario de su mamá. ¡No, señor!

Había aguantado el matrimonio de Alfredo a menos de un año de la muerte de Cristina. En teoría, lo había entendido, pero cuando no hubo hermano, le había sentado bastante mal. Alegó un aborto espontáneo, pero no había ninguna evidencia de ello, por lo que Cristóbal solo podía llegar a una conclusión: había engañado a su padre con un falso embarazo y él había cometido un error gigante.

Y después, la nueva señora de la casa había reformado el lugar, haciendo desaparecer el maravilloso hogar creado por su madre para reemplazarlo por un lugar chabacano y vulgar, sin un estilo definido, excepto por ser un ejemplo de mal gusto.

Un tiempo después, habían comenzado las peleas y los gritos. Patricia gastaba demasiado y tenía amantes por doquier. Había amenazado y engatusado a Alfredo, hasta el punto de convertirlo en una persona sin voluntad. Ya ni siquiera había sido el mismo en el estudio legal de la familia. Por suerte, Abel, el abuelo de Cristóbal, aún vivía y ejercía, de manera tal que pudo llevar el peso del trabajo hasta que Cristóbal estuvo preparado para hacerlo.

Y más afortunado aún fue que, un par de años después de eso, el aletargamiento de su padre había llegado a su fin. Al menos en el plano profesional y algo en el personal. De a poco, Alfredo Gumucio volvía a ser quien era.

Emilia siempre se atribuía tal acontecimiento. Ella había insistido en ayudar a Cristóbal para que comprara su departamento y se fuera a vivir solo. Y cuando Emilia insistía en algo, estaba hecho en un par de días. Así, apenas Cristóbal decidió abandonar la casa familiar, tenía un departamento propio, completamente amoblado.

Eso había detonado en más discusiones en el interior del hogar Gumucio, porque Cristóbal había dejado muy claro que se iba, ya que no soportaba más a Patricia, que le había hecho la vida imposible, a tal punto que había conseguido que Elizabeth lo dejara sin decirle nada. Simplemente, había desaparecido.

Cristóbal hizo una pausa en sus pensamientos para darse dos segundos de nostalgia, solo para seguir hundiéndose en sus recuerdos.

Porque sin despedirse, ella se había ido de Chile. Unos días antes le habían otorgado una beca para especializarse en Cardiología en una universidad norteamericana. Aunque Cristóbal no hubiese podido acompañarla, de todas maneras no habría perdido el contacto con ella.

Es más, pocos días antes de cometer el error de invitarla a la casa de su padre, había visitado varias joyerías, buscando un anillo de compromiso, aunque al final había sido Abel quien había solucionado ese problema.

Si Elizabeth aceptaba, Cristóbal estaba decidido a casarse antes de que ella tuviera que ir a la universidad.

Pero Patricia había arruinado sus planes en un abrir y cerrar de ojos.

Nunca supo en realidad qué pasó, qué fue lo que le dijo a Elizabeth que provocó tal reacción. Y le encantaría saberlo. Más aún, le encantaría la posibilidad de volver a verla, de disculparse por la estupidez de su madrastra.

Y aunque no se hacía grandes ilusiones, le encantaría tener la oportunidad de volver a estar con ella.

Ninguna de las mujeres con las que había salido en los últimos años había significado nada para él. De hecho, a muchas ni siquiera las había invitado una segunda vez.

Claro estaba que sí había tenido una que otra relación un poco más larga y había disfrutado de una vida sexual bastante satisfactoria. Pero en el momento en que percibía que las cosas se ponían serias para ellas, terminaba la relación.

Ninguna podía reemplazar a Elizabeth.

Cuando llegó al estacionamiento del hospital, el enojo ya se le había pasado. Sacó las bolsas de juguetes y se dirigió a la entrada.

Por un par de horas rio, jugó y compartió con los niños del ala oncológica.

Fue una experiencia curiosa, por decir lo menos. Se suponía que él había ido a visitarlos y darles unos momentos de felicidad y habían sido ellos los que lo alegraron a él.

La verdad era que le encantaban los niños. Gozaba enormemente con su compañía. Le encantaba conversar con Carolina y jugar con ella.

«Si te gustan tanto los niños», le dijo Matías unos días atrás, «ten uno tú».

Claro que le gustaría, pero una imagen muy clara se formó en su retina. La nariz fina y alargada, los pómulos marcados y la piel morena. Los ojos negros como el azabache en los que se había perdido tantas noches en el pasado. El largo pelo, también negro, en el que había enredado los dedos al besarla.

Amaba a Elizabeth, esa era para él una verdad irrefutable. Se enamoró de ella la primera vez que la vio...

Era un atípico día de finales de otoño. El sol brillaba sobre su larga cabellera cuando la muchacha se inclinó a acariciar un perro vago. Por culpa de un grupo, que jugaba a unos pocos pasos de ella, perdió el equilibrio y fue a dar de trasero en el suelo, dejando caer los libros que tenía en la mano.

Ninguno de los jugadores se tomó la molestia de ayudarla.

—Me habría conformado con que me miraran —dijo ella, cuando Cristóbal le hizo ese comentario, después de ayudarla a ponerse en pie y recoger los libros.

—Ellos se lo pierden —respondió Cristóbal—. Cristóbal Gumucio. —Le tendió la mano, que ella tomó brevemente.

—Elizabeth Fernández —saludó ella.

—Elizabeth Gumucio —murmuró Cristóbal con una enorme sonrisa en los labios—, me gusta.

—¿Le vas a pedir a tus padres que me adopten? —Elizabeth elevó las cejas.

—No, estaba pensando en el nombre de nuestra hija.

La muchacha solo se rio y comenzó a alejarse de él.

—Elizabeth, espera —gritó Cristóbal, corriendo hacia ella—. ¿Cómo puedo encontrarte? —preguntó cuando llegó a su lado—. ¿Qué estudias? ¿Me darías el número de tu teléfono? ¿Tu dirección? ¿Quieres salir este viernes conmigo? Podemos hacer lo que quieras, dime dónde te paso a buscar y qué quieres hacer.

—Cuando acepte salir contigo, vas a tener que inventar algo tú —había replicado ella—. Así sabré qué tanto te intereso en realidad.

—¿Y cómo te ubico? ¿Cuándo tienes clases? ¿Dónde? —Le había dicho «cuando», daba por hecho que iba a salir con él... en algún momento. Cristóbal había saltado de felicidad.

—Si te interesa saberlo, averígualo. —Era evidente que Elizabeth se divertía, su sonrisa, casi mágica para Cristóbal, así se lo decía.

—Dame algo con qué partir.

—¿Sabes mi nombre, no?

—¿Y eres la única Elizabeth que estudia en todo el campus?

—También sabes mi apellido. Ah, me gustan las agujas.

Con esas palabras se alejó, más rápido de lo que él pensaba que fuera capaz. Y no pudo seguirla, se quedó como pegado en el césped. Elizabeth Fernández y le gustaban las agujas. No tenía mucho con lo que partir. Pero lo iba a averiguar.

Unos minutos después de su primer encuentro, se dio cuenta de lo que significaban esas palabras. Estudiaba Medicina. Su siguiente paso sería convencer a alguna secretaria de Administración para que le dejara ver la base de datos de la carrera.

Cuando llegó a las oficinas administrativas, supo que Dios existía. Y que Él lo amaba.

En el segundo escritorio estaba sentada una mujer, vecina de su tía Claudia y que había sido amiga de Cristina. Cristóbal, por cariño, le decía tía. Tía Marianela. Diez minutos después la había convencido de buscar a Elizabeth. Quince más y guardaba una carpeta con todos sus antecedentes personales y académicos, lo que incluía el horario.

Ese día no tenía más clases, pero al siguiente comenzaba una a las ocho de la mañana. Después tenía una ventana de diez a doce y más clases a las doce.

Llegó quince minutos antes de que la primera clase terminara. Esperó con paciencia; cuando todos salieron, reconoció enseguida la cabellera negra y su delgada espalda. Varios compañeros de clases la rodeaban y conversaban con ella. Le preguntaban cosas.

Evidentemente era muy popular. Y no le hacía ningún daño ser la mejor de la clase. Por lo que había visto en los antecedentes académicos recolectados, había entrado a la universidad un año antes de lo normal en Chile, es decir con diecisiete años recién cumplidos.

Y le había ido tan bien, que había avanzado un poco más rápido que el resto de la clase. En esos momentos tenía una mezcla de asignaturas de tercer y cuarto año y era una estrella en ascenso. Y solo tres meses antes había cumplido diecinueve años.

Cuando ella había comenzado a alejarse, Cristóbal gritó su nombre. Elizabeth se volvió enseguida a mirarlo y, con sorpresa, descubrió que era él.

—Vaya, sí que trabajas rápido. ¿Cómo conseguiste información en menos de un día? — preguntó acercándose a Cristóbal, con una enorme sonrisa en los labios.

—Eso es un secreto profesional —le dijo Cristóbal, sacando de la mochila una solitaria rosa roja.

—Gracias —murmuró ella al aceptarla. Pensó por unos momentos lo que le había dicho y luego su rostro se iluminó con el descubrimiento—, estudias Derecho.

—Premio para la señorita. Te demoraste menos que yo, incluso. Me tomó casi diez minutos darme cuenta de que estudias Medicina.

—¿Tanto? —dijo risueña—, yo me demoré unos pocos segundos.

—Lo reconozco, eres más inteligente que yo. No me molesta, con mi hermana Emilia es lo mismo.

—¿Ella es menor o mayor que tú?

—Es dos meses menor.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Es que no es mi hermana, en realidad. Es una amiga. Nuestras familias son amigas. Mi familia ha solucionado los problemas legales de ellos por tres generaciones.

—Entiendo. —Su gesto cambió inmediatamente—. Es una de esas cosas de niños ricos. Bien, Cristóbal, con tu permiso, tengo clases. —Se dio la vuelta y alcanzó a dar dos pasos antes de que él la detuviera.

—Espera. —Estiró la mano y tomó su brazo—. Sé que no tienes clases este bloque. Quería invitarte a tomar un jugo o un café y charlar un rato.

—No lo creo...

—Mira, tal vez hice algo indebido, pero sé cuál es tu situación. Sé que estás becada. Es decir, que tienes cada beca que existe en esta universidad. Tienes beca para la colegiatura, de vivienda, de alimentos, una beca especial de tu facultad, que te da los materiales de laboratorio, la beca Presidente, una beca destinada a los pueblos originarios. Asumo que es por la familia de tu madre, que pertenece al pueblo mapuche. Y también sé que eres la mayor de tres hermanos, que eres la primera en tu familia en llegar a la universidad, que fuiste una excelente alumna toda tu vida y que desde que estás aquí le has pateado el trasero a cuanto niño rico se te ha puesto en frente, incluso al hijo de un prominente cirujano. Pero hay algo que no sabes: no me interesa nada de eso. Excepto, por supuesto, lo que eso dice de ti, que eres una mujer inteligente y fuerte y mereces todo lo que tienes y mucho más. Ah, y que me encanta como el sol saca brillos azulados de tu pelo negro.

—Seguro es por la novedad, rubiecito.

—No lo creo... bueno, tal vez sí... no lo sé, pero me imagino que también sentiste la corriente que pasó entre nosotros recién, cuando tomé tu brazo.

—No creo que...

—Mira, tal vez te sientes en desventaja. Yo no tengo ninguna beca; sí, soy lo que se puede considerar un niño rico, pero estoy muy orgulloso de lo que mi familia tiene, porque es fruto del esfuerzo y del trabajo de varias generaciones, no siempre tuvimos dinero. No soy tan buen estudiante como tú, aunque estoy entre los mejores de mi clase. Tampoco me va a costar nada encontrar un excelente trabajo cuando salga de acá. De hecho, el trabajo y mi abuelo me están esperando. Soy hijo único, mi madre murió cuando yo tenía quince y mi padre se volvió a casar. Mi madrastra es una bruja, nunca la he visto volar en escoba, pero lo es. Emilia me dice «niño mimado», porque lo fui. Y probablemente lo siga siendo, no lo sé. Ah, y no pertenezco a ninguna etnia originaria, a menos que «niño rico» lo sea.

—No creo que mi abuela, que era machi, acepte que niño rico sea un pueblo precolombino.

—Te viene de familia, entonces.

—¿Qué? —Elizabeth frunció el ceño, no entendía a qué se podía referir Cristóbal.

—Lo de la medicina. A menos que mis lecciones de Historia estuvieran tan mal. O yo me haya enredado... ¿Machi no son las curanderas mapuches?

Elizabeth había reído y por fin aceptó tomarse el café. Había sido el comienzo de la mejor

época de su vida.

El golpe de una puerta al cerrarse en el automóvil que estaba a su lado lo sacó del mundo de los recuerdos. Tomó las bolsas que tenía preparadas en el maletero y volvió a entrar en el hospital.

Comenzó en el ala de las mujeres. Había llevado varias novelas románticas y revistas de moda, las repartió junto con los chocolates y algunos arreglos florales. Conversó, sonrió y dio aliento. El peor momento fue cuando llegó al lado de una mujer que tenía cáncer de mama. A su lado, dos muchachos trataban de mantenerse alegres, pero él sabía, mejor que nadie, que era una tarea titánica.

Luego fue al área de los hombres. Más de uno le preguntó si tenía cigarrillos, pero él no fumaba y no se le había ocurrido llevar.

Estuvo casi cuatro horas más en el hospital, cuando llegó a la última sala que iba a visitar. En ella había tres personas, a pesar de contar con cuatro camas.

El primer hombre estaba solo, le dedicó muchos más minutos que a los otros. No tenía familia, su esposa había fallecido un par de años antes y nunca tuvieron hijos, esperaba la muerte como a una buena amiga, que le traería por fin la paz y le devolvería a la mujer que amaba. Cristóbal prometió devolverle y dejarle todo lo que le quedara. Internamente, se prometió volver algún día a visitarlo.

Cuando llegó al lado de la última cama que estaba ocupada, vio a un hombre delgado y demacrado, su blanca piel estaba cenicienta y el pelo que debió ser castaño muy claro en otros tiempos, ya estaba casi blanco. Junto a él, una mujer muy morera sostenía en brazos a un pequeño niño rubio.

—Querido —decía la mujer—, yo pienso que es lo mejor, la niña sabe lo que hace.

—Y yo te digo que no pienso moverme de acá —respondió con porfía el hombre.

—Disculpen —interrumpió Cristóbal, con una sonrisa tensa—, buenas tardes y feliz Navidad.

—Feliz Navidad —respondió a coro la pareja.

—Disculpen que los interrumpa, mi nombre es Cristóbal y estoy visitando este hospital, dejándoles pequeños obsequios a los internos. —Se acercó al hombre y le mostró las revistas que tenía, ofreciéndole que escogiera la que deseara, lo mismo con los dulces.

—Muchas gracias, joven —respondió el hombre—, me viene muy bien tener algo con qué entretenerme.

—Me imagino que así es. —Cristóbal le sonrió al ver que no podía decidirse entre dos revistas—. Quédese con ambas, es usted mi última visita.

—¡Gracias! —Cuando seleccionó un chocolate, el niño se acercó y trató de tomar uno él—. No, Cristian, esto no es para ti.

—Déjelo que tome uno. —Cristóbal abrió más la bolsa.

—Saca uno. —La mujer levantó un dedo mirando al pequeño. —Pero no te lo puedes comer, le tienes que pedir permiso a tu mamá.

—¿*Mom*? —preguntó el pequeño.

—Sí, cariño, mamá. *Mom* —respondió la señora—, mi nieto nació en Estados Unidos y es muy tímido, casi no habla nada, menos ahora que volvieron a Chile y la gente habla distinto de lo que él está acostumbrado —explicó la mujer dirigiéndose a Cristóbal.

—No hay problema. —Cristóbal se giró para quedar de frente al niño—. *Hi, Cristian, how are you?* —El pequeño lo miró, pero desvió la mirada rápidamente y no dijo nada—. *Take a candy, Cristian.*

—¿Cómo se dice? —demandó la abuela, incentivando al pequeño a hablar, cuando ya tenía una barra de chocolate en la mano.

—*Thank you* —respondió el niño con una vocecita suave y tímida.

—Español, hijo —replicó una mujer a espaldas de Cristóbal, avanzando con pasos firmes y decididos—, se dice «gracias» —agregó al llegar al lado de la cama.

Cristóbal se giró para mirarla y por unos segundos pensó que estaba en un sueño. Las piernas no lo sostenían, la cabeza estuvo instantáneamente llena de ruido, casi no había aire para respirar. No tenía voz para decir nada, no podía despegar los ojos de la recién llegada.

—Elizabeth —consiguió susurrar con gran esfuerzo.

—¿Qué diablos haces acá? —lo increpó la recién llegada, con un gesto fiero en el rostro.

Cristóbal no pudo responder, su voz seguía sin querer obedecerle. Un minuto después, el hombre mayor salió a rescatarlo.

—No seas mal educada, Elizabeth, este amable joven vino a traer un poco de alegría a este lugar.

—Este hombre no tiene nada de amable, papá —replicó Elizabeth, mordaz—, si está acá solo puede ser por dos motivos: tiene una agenda secreta o está tratando de limpiar su mala conciencia.

—¡Elizabeth Antumalen! —gritó la mujer mayor, horrorizada por la actitud hostil de la joven ante un hombre que no conocía—, no le puedes hablar así a un desconocido. No sé cómo funcionan las cosas allá, en Estados Unidos, pero esa no es la señorita que yo eduqué.

—De partida, no es un desconocido, mamá —aseguró Elizabeth—, y las cosas funcionan tal como acá, tengo derecho a decir lo que pienso, sobre todo si es verdad.

—Pero, hija... —comenzó a decir la mujer, sin embargo no pudo continuar, recibió la más inesperada de las interrupciones.

—No se preocupe, señora Mailen. —Tanto el enfermo como su mujer estaban sorprendidos y no sabían decir qué era lo más curioso: si el insultado defendiendo a quien lo insultaba o que un total desconocido, en apariencia, supiera su nombre—. La verdad es que nos conocemos de hace muchos años. Y justamente por eso, cualquier persona podría pensar que tú, Elizabeth, mejor que nadie entenderías qué hago acá el día de Navidad.

Cristóbal hablaba calmado, tratando de que toda la gama de sentimientos que lo inundaban no

salieran a flote. No había que ser un gran genio para saber que Elizabeth aún estaba enojada con él, a pesar del tiempo transcurrido.

El sonrojo de Elizabeth le indicó a Cristóbal que ella había recibido el golpe, pero el brillo de sus ojos no podía ocultarse. Todavía quería pelea.

—Y dime, ¿te casaste por fin con Emilia? —Quiso saber Elizabeth, sin disimular el tono burlesco—. Me imagino que no querrías hacer esperar más al viejo sinvergüenza ese. Menos aún, a tu querida madrastra.

—Solo dos de tres buenas noticias en ese sentido. —Cristóbal no se iba a dejar amedrentar por ella, nunca lo había hecho y no iba a empezar ese día—. Patricia sigue casada con mi padre, lamentablemente. Cuatro meses después de que desapareciste, al viejo Felipe le dio un ataque al corazón, el médico le dijo que tendrían que hacerle un tercer *bypass*, pero antes de meterlo al pabellón le dio otro infarto y murió. Emilia se emborrachó para celebrarlo y para poder fingir que se sentía mal el día del funeral. Como buen amigo y empleado de confianza, la acompañé ese día. Y hace un par de meses, Berta y yo tuvimos que cumplir con nuestro sagrado deber de amigos y ser testigos en el matrimonio de Emilia, quien hoy disfruta de un viaje por Disneylandia y no sé dónde más con su marido, Matías, y con la hija de él, pronta a ser hija de ambos, Carolina. ¿Te parece bien el reporte o necesitas más información?

Elizabeth lo miró por breves segundos y, sin contestar, se giró hacia el hombre mayor.

—Hablé con tu médico, papá —dijo ignorando la presencia de Cristóbal—, y tengo todo listo para trasladarte mañana a una clínica privada.

—Hija, ya te dije que no pienso irme de acá —respondió el hombre.

—Papá, tú sabes que es lo mejor, te lo he explicado muchas veces, y si es necesario voy a obligarte de alguna manera.

—Entonces voy a recurrir a una corte o algo así —replicó el hombre cruzando los brazos y apoyándose en las almohadas—, tiene que haber algún recurso para impedirte que me obligues a ir a una clínica.

—¡Papá! —exclamó Elizabeth enojada.

—De hecho, don Óscar —mordiéndose los labios, Cristóbal intervino, girándose hacia el hombre, al tiempo que sacaba su billetera del bolsillo trasero del pantalón—, es ella la que tiene que obtener una orden judicial, demostrar ante una corte que es usted incapaz de tomar decisiones. Y para ello necesita un abogado que la represente.

—¿Yo también? —preguntó el hombre mayor.

—Así es. Tenga. —Sacó una tarjeta de su billetera y se la entregó—. Yo soy abogado y puedo ver que este caso es muy sencillo. La mía no vale como opinión profesional, necesitaremos un psiquiatra para eso, pero usted está en todos sus cabales, goza de una excelente salud mental. Elizabeth, por otro lado, nunca escucha a nadie y siempre cree que tiene la razón. Tampoco es una opinión profesional, pero tengo suficiente experiencia personal para atestiguarlo. Si lo requiere, simplemente llámeme, yo feliz lo ayudo. Pro bono.

—¿Pro bono? —Óscar frunció el ceño.

—Quiere decir que te va a regalar un par de horas de su tiempo —explicó Elizabeth—, piensa que eres un caso de caridad.

—Entiendo lo que quiere decir pro bono, hija, tan bruto no soy —dijo el hombre moviendo la cabeza de derecha a izquierda, ofuscado—. Lo que no sé es por qué lo haría —agregó mirando a Cristóbal.

—Ya te dije, piensa que eres un caso de caridad —replicó Elizabeth con saña—. Y seguro, quiere meter las narices donde nadie lo llama, como de costumbre. Eso lo aprendió de la querida Patricia.

—Con tal de hacerte la vida difícil, claro. —Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Cristóbal. Tal vez para un observador casual podría sonar falso, pero la felicidad que sentía era auténtica. Como siempre, disfrutaba mucho de sus discusiones y de llevarle la contra. Requería lo mejor de su ingenio y adoraba casi escuchar cómo sonaban los engranajes en el interior de la cabeza de Elizabeth. Dios, ¡Cómo la extrañaba!

La pareja mayor se miró, intercambiando su parecer. Si su querida hija estaba enojada, no era por la intromisión de un desconocido, sino de alguien que la conocía muy bien.

—Hijo, no te comas ese chocolate —dijo Elizabeth, reprendiendo al pequeño, que intentaba abrir la envoltura del dulce que Cristóbal le había regalado.

—No creo que le haga daño, falta mucho aún para la cena. —Mailen había criado tres hijos y a ninguno le impuso una disciplina tan estricta, no entendía por qué Elizabeth no podía relajarse.

—Te agradeceré, madre, que no me contradigas delante del niño.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo. —Cristóbal encogió los hombros, riendo—. Lo usual es que los padres se contradigan entre sí. De hecho, esto me recuerda mucho a papá y mamá discutiendo por la cantidad de dulces que papá me llevaba cuando yo tenía la edad de Cristian. Pero los abuelos también son buenos.

—Eso mismo opino yo —agregó Óscar—, o como dicen popularmente: «A falta de pan, buenas son las tortas».

El comentario del hombre mayor quedó botando por algunos momentos, hasta que Cristóbal frunció el ceño y se giró para mirarlo.

—¿A falta de pan?

—Sí, ya sabe —explicó Mailen mirando de reojo a Elizabeth—, mi hija quiere que creamos que Cristian es hijo del espíritu de la tierra. Si fuéramos chilotos en vez de mapuches, trataría de convencernos que es hijo del Trauco.

—¿El Trauco? —preguntó Cristóbal aún más confundido.

—Sí, ya sabe, el ser mitológico que se supone seduce a las mujeres solo con mirarlas y las embaraza en sus sueños.

—Tal vez usted pueda ayudarnos —continuó Óscar sin notar que Cristóbal no decía nada, no reaccionaba—; verá, mi nieto cumple cuatro años a fines de febrero...

—Papá —dijo Elizabeth, interrumpiendo al hombre.

—¿Qué, hija? —preguntó Óscar—. ¿Me vas a dar ahora la información que me has negado por tanto tiempo? Ni siquiera me dijiste quién era el padre antes de irte a Estados Unidos.

—Suficiente, papá. —Elizabeth hablaba apretando los dientes, con las mejillas de un tenue color rojizo y los ojos refulgiendo bajo sus gruesas pestañas negras.

Cristóbal la miró atentamente. ¿Sería posible? Se giró y miró al pequeño, que le devolvió la mirada de frente por primera vez en la tarde.

No había posibilidad de error, veía esos mismos ojos cada vez que se miraba en el espejo.

—¿Dice que su nieto cumple cuatro años en febrero? —Cristóbal habló con voz estrangulada. Todo lo rápido que pudo, sacó las cuentas y llegó a la conclusión de que Elizabeth debió estar embarazada cuando la llevó a casa. En un par de segundos recordó los días anteriores a su abandono—. Estabas enferma —agregó mirando a Elizabeth, levantó un dedo señalándola, acusándola—, ibas a ir al médico cuando terminaran los exámenes de ese curso que hacías. Me pareció ridículo en su momento, después de todo, trabajabas cuatro horas diarias en Urgencias, en este mismo hospital.

Elizabeth lo miró con sus enormes y negros ojos carentes de toda expresión. No evadió la mirada masculina, pero tampoco dijo nada.

Cuando se giró, vio que Mailen se había llevado una mano sobre la boca y sus ojos, idénticos a los de Elizabeth, hablaban de comprensión y descubrimiento.

Por unos segundos, todo fue silencio. El ambiente estaba lleno de energía, los cuatro adultos estaban en tensión. El niño era el único que estaba libre de nerviosismo y seguía tratando de abrir el chocolate que había tomado de la bolsa de Cristóbal.

—Tranquilo, hijo —murmuró Cristóbal cuando tomó el chocolate—, yo te lo abro.

—¡Dios mío! —susurró Óscar.

—No saques conclusiones apuradas —dijo Elizabeth, rompiendo su silencio—, no es lo que tú crees.

—Me parece que es exactamente lo que yo creo, Elizabeth —respondió Cristóbal, tratando de mantener la calma, pero perdiendo miserablemente la batalla—, ¡en forma deliberada me ocultaste tu embarazo y me has negado a mi hijo por cuatro años!

—¿Tu hijo? Estás loco —espetó la mujer sin perder la compostura—, ya te lo explicó mi madre. Cristian es hijo del Trauco. O de la versión norteamericana del Trauco, en realidad. Su padre no es chileno.

—Lamento mucho esto —se escuchó una voz desde la puerta, cortando de raíz la conversación, obligando a todos a mirar a la enfermera que había aparecido—, pero la hora de visita terminó y necesito que desocupen la sala.

—Esto no va a quedar así —dijo Cristóbal, dirigiéndose a Elizabeth—. Don Óscar, tiene mi tarjeta, si necesita ayuda legal o cualquier cosa, por favor, avísame.

Miró a Cristian, que tenía las manitas y el mentón cubiertos de chocolate derretido y sonrió. Lo

más probable es que fuera sin querer, pero Elizabeth había cortado el pelo del niño de la misma manera como Cristina solía cortárselo a él a esa edad. Revolvió un poco su cabello y el pequeño lo miró sonriente.

—Toma. —Metió la mano en la bolsa donde aún tenía algunos dulces y le entregó todo lo que el pequeño pudo tomar—. Esto es para ti. Don Óscar, señora Mailen, un gusto conocerlos por fin, lamento que las circunstancias hayan sido tan desagradables. Elizabeth, nos volveremos a ver —concluyó amenazante.

Agarró la bolsa con revistas y comenzó a caminar hacia la salida. Antes de retirarse, se dirigió otra vez al ocupante de la primera cama y le dejó ambas bolsas, despidiéndose con una sonrisa tensa y los mejores deseos.

Bajó muy rápido las escaleras, ignorando el ascensor donde había una enorme fila, llegó hasta su vehículo y lo puso en movimiento. Como si fuera autómatas, comenzó a manejar y no se dio cuenta de adónde se dirigía hasta que vio las familiares calles de su infancia.

Con algo de suerte, Alfredo y Patricia no estarían en casa y él podría entrar en la bodega a rebuscar los viejos álbumes de fotografías. Su madre tenía la costumbre de tomar una cada mes, el día exacto en que él había nacido, y ponerlas en orden. Además, tomaba muchas otras del día a día familiar, seguro cada una estaba marcada con la fecha en que había sido tomada, no tendría más que encontrar el álbum que correspondía a su tercer año de vida, específicamente cuando tenía tres años y diez meses, y podría estar seguro de algo sobre lo que no tenía ninguna duda. El hijo de Elizabeth era suyo.

Tal como había supuesto, no había nadie en casa, solo una empleada, que le permitió el paso a la bodega e incluso le ofreció ayuda, que Cristóbal declinó. Necesitaba estar solo.

Media hora después, seguía contemplando el álbum que había rescatado. Particularmente una fotografía en la que salía sentado en medio del *living*, con las manos y cara embadurnadas de chocolate y muchos envoltorios en torno a él. Tuvo un pequeño recuerdo de ese día.

Siempre había sido fanático del chocolate, por lo que Alfredo solía comprarlo en grandes cantidades, aunque Cristina los dejara oculto por diversos lugares de la casa, para que Cristóbal no se los comiera todos. Sin embargo ese día encontró uno de los escondites y, sin pensarlo dos veces, se sentó en medio del *living* y se devoró el botín, por lo que provocó la risa de Alfredo y el enojo de Cristina. La fotografía la había tomado su padre, orgulloso. «Ese es mi hijo», había dicho.

Y esa tarde, él había sido embargado por el mismo sentimiento de orgullo, al ver al niño batallar a escondidas contra el envoltorio del helado y prohibido dulce.

Tomó el álbum, junto a varios otros, y se dirigió al vehículo que lo esperaba en la calle, dio un bocinazo a modo de despedida y se fue al departamento.

Más que nunca, deseó que su madre estuviera ahí con él. Dándole consejos y guiándolo. Aunque se conformaría con Emilia, una hermana es casi tan buena como una madre. Pero, lamentablemente, ella tampoco estaba.

Cuando llegó al departamento, calentó la comida que le había dado Sofia el día anterior y cenó, mirando las fotografías y recordando viejos tiempos.

Pero no podía seguir evadiendo el tema principal. ¿Qué haría con Elizabeth? ¿Qué haría con su hijo?

Y pensar que unas pocas horas antes había pedido una segunda oportunidad con ella. Aunque fuera nada más para disculparse, aunque no fuera posible retomar su relación, para él era muy importante saber que ella estaba bien y era feliz, que había conseguido todos sus sueños.

Cuando la vio llegar, no podía creer lo afortunado que era, aunque saber que tenía un hijo implicaba que había otro hombre. O que lo hubo, muy pronto después de que se dejaran de ver.

Él no había sido un santo, no tenía ningún derecho de pedirle que hubiera estado sola todo ese tiempo, era algo con lo que podría lidiar después. Pero descubrir que en realidad no había otro hombre, que el niño era suyo, era otra cosa.

Elizabeth le había negado a su hijo, había coartado sus posibilidades de ser padre, de amar a una criatura que era parte de él mismo.

Por casi cinco años siguió creyendo que su única familia eran Alfredo y tía Claudia, pero no era así, tenía alguien que era más suyo que nadie, era parte de él, era fruto del amor inmenso que sintió y aún sentía por Elizabeth.

No sabía qué le depararía el futuro, lo único que tenía claro era que iba a formar parte de la vida su hijo, ya lo quisiera Elizabeth o no.

Lili, la intrépida hija del duque



1818. Una mujer no debe ejercer ciertas actividades, sobre todo si pertenece a la burguesía y es hija de un duque. Pero Liliana Chambers no está de acuerdo ni con las estrictas normas sociales que constriñen a la mujer, ni con el modo de actuar de un Gobierno que no tiene en cuenta a los desfavorecidos de la sociedad. Y se rebela emitiendo octavillas de carácter subversivo que ponen al regente, a los pares y a todo Londres en estado de alarma.

Desconocedor de sus actividades, pero sabiendo que visita las zonas peligrosas de la ciudad para ayudar a los necesitados, el duque de Hatfield pide al vizconde de Weymouth, un buen amigo de la familia, que haga de guardaespaldas de su hija.

A Liliana le incomoda estar vigilada.

A Patrick no le gusta tener que servir de niñera; tiene otros asuntos que resolver, como encontrar a P, que es quien firma los pasquines subversivos.

Ella ignora que él quiere descubrirla. Él, que es justo su protegida la que actúa en las sombras.

¿Qué pasará cuando salga a la luz toda la verdad?

Nieves Hidalgo es madrileña de nacimiento y devoradora impenitente de lectura. Escribe desde siempre por simple afición y durante años lo compaginó con su trabajo. En la actualidad se dedica en exclusiva a escribir. Comenzó escribiendo novelas románticas a principios de los 80, para el disfrute de sus amigas y compañeras de trabajo. En el 2007, movida por la insistencia de su más querida amiga, envió a varias editoriales algunas de sus novelas, y pronto tuvo respuesta de uno de los más importantes sellos de novela romántica en nuestro país: Ediciones B. Su primera novela publicada, *Lo que dure la eternidad* vio la luz en Marzo del 2008 de la mano del sello Vergara, que ha seguido apostando por sus novelas. Ha publicado también con Esencia y Booket, ambos sellos de Planeta.

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Nieves Hidalgo

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-70-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 1

[1] Puedes conocer esta historia en Rivalés de día, amantes de noche.

Capítulo 3

[2] Frankenstein, de Mary Shelley, aunque en 1818 se publicó sin el nombre del autor.

Capítulo 10

[3] Puedes conocer su historia en Días de ira, noches de pasión, que se publicará próximamente.

Capítulo 20

[4] Normas aprobadas por el Parlamento, que prohibían las asociaciones obreras. Acabaron por ser derogadas en 1824.

Índice

Lili, la intrépida hija del duque

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Nieves Hidalgo

Créditos

Notas